



Iván Lorenz

# DESEOS DE CRUDO Y QUESO

Y otros cuentos de jugadoras mundiales

Prólogo de Tatiana Milani





# DESEOS DE CRUDO Y QUESO

Y otros cuentos de jugadoras mundiales

**Iván Lorenz**

## **Deseos de crudo y queso**

*Y otros cuentos de jugadoras mundiales*

Ivan Lorenz

Edición: Tatiana Milani

Diseño y diagramación: Pablo de los Santos



Atribución – No Comercial – Sin Obra Derivada 4.0 Internacional

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

# Índice

Prólogo . . . . .	XI
Una charla en la Torre Eiffel . . . . .	1
Cartas a Ji So-Yun . . . . .	7
Ada sí que baila Twerk . . . . .	13
Delantera halcón . . . . .	19
Ángela guardiana . . . . .	27
Un penal de preguntas . . . . .	33
La noche de los estadios . . . . .	39
Presagios de una taza de café . . . . .	45
Goleadora canguro . . . . .	53
Deseos de crudo y queso . . . . .	59
Naranjas . . . . .	65
Patear fuerte . . . . .	71
Las hijas de Nettie Honeyball . . . . .	79
Las niñas perdidas . . . . .	85
La diez no baila sola . . . . .	89
Llorar no es olvidar . . . . .	95
Jugadora perenne . . . . .	103
Ojos que no ven, corazón que sí siente . . . . .	109
Sonrisas matutinas . . . . .	115
Arte de seducción . . . . .	121
La maldición de la Calle Olvera . . . . .	129
De tres dedos . . . . .	135
Una arquera de ensueño . . . . .	141
30 segundos . . . . .	147
Jugadas finales . . . . .	153



# Historias que contar

*Tatiana Milani*

**E**l fútbol une a las personas, genera pasiones inexplicables y mueve fronteras. Pero para las mujeres es mucho más que todo esto (que ya es un montón). Es romper con los mandatos que te impone una sociedad, es arremeter contra cualquier obstáculo y, a pesar de todo, jugar al fútbol. Este libro relata aquellas historias, la de las futbolistas que se animaron a practicar este deporte y lograron vestir la camiseta de su Selección para representarla a través de todo el mundo y generar otras historias que contar...

Como **Wendie Renard**, a quien de pequeña le preguntaron qué querías ser cuando sea grande, ella contestó futbolista (obvio), pero una persona mayor le afirmó que eso no existía. A su buena fortuna, Wendie no le creyó y aquí está ahora, multacampeona con el Olympique de Lyon y a punto de disputar un Mundial con la camiseta de Francia en su país. O como **Ji So Yun**, aquella coreana que hace delirar a los hinchas del Chelsea. O como **Ada Hegerberg**, que al ganar el Balón de Oro tuvo que seguir gambeteando comentarios machistas desde arriba del escenario con el trofeo en sus manos y, además, se negó a representar a Noruega en este torneo por las desigualdades que tiene la federación en el trato de ambas selecciones.

También está **Asisat Oshoala**, quien dejó Nigeria, su país natal, para llevar al Barcelona a su primera final de Champions, o **Ali Riley** y **Miranda Nild**, quienes, a pesar de haber nacido

en Estados Unidos, decidieron representar a Nueva Zelanda y Tailandia, respectivamente, los países de sus padres. O **Sun Wen**, la máxima goleadora de la Selección de China con 106 tantos en 153 encuentros y nombrada la mejor futbolista del Siglo XX junto a **Michelle Akers**, la primera gran estrella del fútbol femenino y quien consiguió ganar los primeros dos Mundiales con Estados Unidos.

Hay otras que, luego de pelearla, le ganaron al anonimato y sus historias son reconocidas por el mundo por lo que son: futbolistas. Una de ellas es **Marta**, la brasileña ícono para cualquier mujer que alguna vez se le cruzó por la cabeza patear una pelota, o **Vero Boquete**, la gran referente española que rompió con los prejuicios del Viejo Continente.

Sin embargo, también están las que su historia está oculta, pero merece ser contada en los colegios de todo el planeta, aunque nadie les hace el honor. Como la gran **Nettie Honeyball**, fundadora del primer equipo femenino de fútbol en 1894, cuando las mujeres, en algunos países, ni siquiera podíamos trabajar, votar o juntarnos con nuestras amigas a conversar. O como **Homare Sawa**, quien en 2011 cuando Japón fue azotado por la peor catástrofe natural de su historia decidió darle, por lo menos, una alegría al pueblo nipón y junto a sus compañeras del seleccionado levantaron la tan deseada Copa del Mundo. U otras, como la sudafricana **Janine Van Wyk**, que fundan escuelas para que estas historias sean contadas y ninguna otra niña crea que no puede ser futbolista.

No obstante, también están las que cumplieron sus sueños desde pequeñas como **Jody Brown**, la joven de 17 años que va a disputar Francia 2019 representando a Jamaica, o **Sam Kerr**, quien se estrenó con la camiseta de Australia a los 15 años y nadie de su familia fue a verla porque no lo creían cierto, como también lo hizo **Lieke Martens** que, antes de estar representando a Barcelona en la final de la Champions o a cualquier otro club, jugó para la Selección de Holanda, o **Erin Cuthbert**, la



delantera estrella del Chelsea y quien llevó a Escocia a jugar su primer Mundial con tan solo 20 años.

Otras que hicieron los goles que tenían que hacer. Como **Barbara Bonansea**, quien anotó el primer tanto en la historia de la Juventus y estuvo en el equipo que logró jugar un partido en el Allianz Stadium rompiendo con toda norma, o **Christine Manie**, la defensora camerunesa quien solo tiene tres goles en su cuenta personal, pero todos ellos fundamentales para clasificar a su selección a los Juegos Olímpicos de Londres 2012 y los Mundiales Canadá 2015 y este que está por delante.

Y otras que pararon los que tenían que parar. Como **Christiane Endler**, mejor arquera de la liga francesa y pieza fundamental en la Selección de Chile, o **Nadine Angerer**, la número uno que disputó 146 partidos con la camiseta de Alemania y consiguió dos Copas del Mundo, cinco Campeonatos de Europa, tres medallas olímpicas y un premio a la mejor jugadora del mundo.

También están las que, contra todo pronóstico, rompieron récords: como **Christine Sinclair**, segunda máxima goleadora de selecciones femeninas y masculinas con 177, solo superada por Abby Wambach con 184, pero Francia 2019 podría ser su escalón hacia el primer puesto. O **Lena Videkull**, la autora del gol más rápido en la historia de los Mundiales, tan solo usó 30 segundos de su tiempo para poner a la Selección de Suecia por delante en el marcador.

Y casi me olvido de la más importante, o por lo menos para mí, **Estefanía Banini**, aquella que se le plantó a la Asociación de Fútbol Argentino en la Copa América y posó frente a las cámaras con una mano detrás de su oreja reclamando ser escuchada o la que demostró a más de 11 mil personas en la cancha de Arsenal que es mucho más que “la Messi del fútbol femenino” o la que nos ilusionó y continúa ilusionando con la participación de Argentina en una nueva Copa del Mundo. Nuestra capitana, nuestra líder, nuestra modelo a seguir.

Aunque algunas anotan goles y otras los atajan, unas marcan más de cientos y otras tan solo tres, otras rompen récords y otras fundan escuelas, todas saben lo que es superar los obstáculos para tan sólo (o tanto) poder jugar al fútbol.



Francia  
República de Corea  
Noruega  
Nigeria



**Grupo A**



# Una charla en la Torre Eiffel

Grupo A | FRANCIA

**M**iré para abajo y casi vomito, me dan un poco de miedo las alturas, pero miré de vuelta porque quería ver si mi escupitajo llegaba a tocar el piso. No tenía chances, sin embargo en la vida hay que creer. Cargué saliva por alrededor de 47 segundos para que tenga una buena consistencia, arquí el cuello, contraí la garganta y lancé. Arrancó medio desprolijo, pero aceleró como una Ferrari y se deshizo a nueve centímetros de mi boca. Fue como un empate 0-0, de esos que el equipo en desventaja labura y labura y que se resuelve a los 93 con gol de la figura rival. Un cachetazo. Una mojadita en realidad, porque una parte de las partículas salivales se fue para mi cachete izquierdo y el resto regó a los pajaritos que estaban a dos metros de mí.

Insulté en español porque nadie me iba a entender –o eso esperaba– y porque mi francés es básico. Si hubiese cumplido la proeza me habría encantado que la segunda plataforma de la Torre Eiffel estuviese repleta. Pero como fue un auténtico papelón, agradecí que las únicas personas cerca mío fuesen chinos que, como todo asiático turista insufrible, no paraban de sacarse selfies y decir cosas a velocidades inhumanas que yo no podía comprender. Mientras me limpiaba la baba con una porción de mi bufanda se acercaron y me pidieron no solo que los fotografíe si no también que posara con ellos.

Tampoco fue para tanto. Es más, les pedí con un gesto hábil que también saquemos una con mi teléfono para mis me-

morias. Recién al cuarto intento me entendieron la seña y fue porque imité el pedido de VAR de las jugadoras; el fútbol es un lenguaje universal. Salió linda, la verdad. Mi cachete izquierdo brillaba, uno de los chinitos destacó ese detalle y me preguntó cómo conseguía que me quedase así –o eso entendí–. Imposible. Me limité a hacer el gesto de silencio de la lechuza, ese ritual enfermizo e hipnotizante que te enseñan en el jardín para que no molestes más y te duermas. Pero funcionó, porque comprendió que era un secreto que no quería revelar.

Creo que eso es lo que más me gusta de viajar solo. Me encanta conocer personas diferentes, con otras costumbres y escuchar qué tienen para contar. Soy hincha fanático de las buenas historias. Me empapo de mis alrededores y pido explicaciones. Pregunto mucho. Me cuesta largarme a charlar, pero hacerlo es la decisión más acertada. Tengo que admitir que subido a la Torre Eiffel, habiendo optado –¿por qué?– por los casi 1600 escalones en lugar de los ascensores, rodeado de chinos y practicando lanzamiento de saliva, no es el contexto más favorable para hacer amistades. Aunque es un paisaje particularmente lindo, parece que estás volando, las casas se ven diminutas y el viento hace música cuando roza el hierro pudelado.

Me despedí de los fanáticos de la selfie y volví a mirar para abajo. Casi me caigo, pero me encontré con una cancha de fútbol. De todas las cosas que podía ver desde la torre de 324 metros me vengo a topar con una canchita de esas que alquilamos con mis amigos en Buenos Aires. Y con personas jugando. Así cualquiera. Hasta yo, que me dicen Mentirita, el 9 sin gol, la emboco. Le errás a los tres palos y la ponés en los arcos de la Eiffel. La de no hacerle ni un gol al arco iris queda vieja acá. Si sos todavía más desastre para patear, quizás que la clavás en el Arco de Triunfo.

Jugaban bien. Me sentía un dron y entendí por qué los analistas de video insisten en usarlos para hablar de táctica. Era un partido mixto y los jugadores y las jugadoras parecían fichines

de damas, hasta te da la sensación de que los podés mover a tu placer. Pero lo veía como por *streaming* con mala conexión porque el viento soplaba y me sacaba lágrimas, tenía que cerrar los ojos y recién ahí volvía el fútbol. En una de esas siestas súper efímeras, una mujer de casi dos metros se acomodó al lado mío, como si estuviésemos en una barra de un bar y charlamos mientras esperamos nuestro alcohol. Me marié cuando alcé la vista para observarla porque yo soy un poco petiso.

Tenía una campera negra con una capucha bordeada por pelo vaya a saber uno de qué. La postura era relajada, pero firme, espalda ancha y pelo negro, frondoso, peinado para atrás, seco y hasta los hombros. Ahí le empezaban los brazos que a pesar del abrigo me imaginé que eran fornidos, potentes. Como sus piernas, que además eran bien largas. Sus crestas ilíacas me llegaban a la boca del estómago y el rojo intenso del pantalón brillaba con el sol, tanto que me mataba los ojos. Me quedé un rato mirándole las orejas, tenía unas argollas doradas que hacían juego perfectamente con su piel morena. Como se dio cuenta de que no entendía por qué estaba tan cerca mío, rompió la tensión.

Me preguntó cómo iba el partido. Era francesa pero con un acento extraño que me gustó porque mi oído lo entendía bárbaro. Claramente no tenía idea del tanteador y opté por interrogarla y descubrir qué planeaba. Me contó que le llamó la atención que, de todas las cosas que había para ver desde ahí, me hubiese fijado en la canchita de fútbol. Fantaseando un poco le repliqué que era argentino y que la pelota me hacía acordar a mi casa. Paró mi pase con la calidad de Amandine Henry y se ofreció a hacerme un recorrido turístico desde las alturas.

Yo no tenía apuro y la tarde estaba hermosa, lo único que arruinaba un poco el asunto era el viento que hacía mover a la Torre Eiffel. Me empezó a señalar el Arco de Triunfo que se veía perfecto. Me hizo dar media vuelta y tuve que achinar los ojos para ver el Jardín de Luxemburgo, que todavía no había visi-

tado. Me corrió un poquito hacia la izquierda y me indicó que por allá lejos estaba el Louvre y que mirar a *La Gioconda* desde donde estábamos era prácticamente lo mismo, porque en el museo se amontonan multitudes para admirarla y resulta imposible acercarse. Me hizo respirar profundo para tratar de sentir el olor a comida de los restaurantes, me mencionó *Ratatouille*, la película de *Disney* y me deleité con lo gráfica que había sido.

Me descolocó completamente cuando estiró su brazo que se unió con el Río Sena y me dijo que en esa dirección, pero como a 8 mil kilómetros, estaba Martinica, territorio de Francia en el Caribe. Le pedí que me repita porque quizás había entendido mal con mi básico francés. Pero no, me había dicho eso. La miré con una cara incrédula y le pregunté qué tenía que ver esa isla con París. Y me contó que una futbolista francesa, defensora talentosa, había nacido allí. Me dio un escalofrío, había olor a historia. Me senté en el piso y ella me acompañó.

Los isleños le dicen el fin del mundo. Miran para atrás y tienen el *Monte Pelée*. Giran sobre su eje y lo único que hay son kilómetros y kilómetros de océano. Me pidió, si no entendí mal, que me imagine una nena futbolera, una única nena futbolera. La madre había jugado un poco y miraba partidos con ella, su tía era árbitra y sus hermanas la esperaban cuando se quedaba peloteando en la playa hasta tarde. Pero mujeres que gambetearan, y a su edad, ella solita. Tenía que regatear y demostrarle a los varones que estaba a la altura. Ella era feliz. La cabeza la tenía esférica como la pelota de tanto pensar en ser futbolista. Mamá y papá la mimaban mucho.

Aunque el padre no la mimó para siempre. Cuando ella tenía 8 años, falleció de cáncer. Sinceramente no podía diagramar en mi cabeza que una nena tan chica entendiese la situación, pero la torre narradora que tenía enfrente me dejó clarito que superó la situación madurando de golpe. La delató el semblante serio que puso cuando me lo contó. ¿Qué la ayudó a resolver la cuestión? Y sí, su más grande ambición y obsesión: el fútbol.



*Ambition* la entendí clarito, suenan parecido en español y en francés. Fue la palabra acertada: viendo un partido de las francesas en la tele, le dijo a la mamá que algún día iba a vestir la camiseta azul. Algo parecido le contestó a una profesora que le preguntó de qué iba a trabajar cuando sea grande. “*Footballeur*”, le dijo. La morena se rió cuando vio mi cara. La maestra le había dicho a la pobre nena que esa profesión no existía. ¡Que no existía! ¡A una niña! ¿Cuándo nos olvidamos de soñar?

Ambición, esa palabra usó. Lo que tuvo la nena cuando a sus 14 años la mandaron a volar a París para entrenarse en *Clairefontaine*, la academia en donde forman a los y las futbolistas de Francia. No quedó y lo supo desde el principio porque no había dado lo mejor. Sin embargo, la jugadora creía en el destino y cuando el hombre que la había llevado le dijo que le iba a conseguir otra prueba, se quedó en París, se tomó un tren para Lyon y la ficharon en el Olympique. Voló a Martinica para buscar sus cosas y despedirse de mamá, había encontrado su lugar. En esta parte de la historia se sacó la capucha y pude ver una sonrisa gigante que brilló con los aros dorados.

Me aplaudió –porque lo había dicho muy bien– cuando le pregunté qué había sido de la nena y cómo se llamaba. Me encantó el nombre y su guarnición. Wendie Renard, capitana del Lyon en ocasiones y de Francia en otras. Impasable, bravísima, barredora exquisita, cabeza goleadora, diestra de francotiradora para poner pases precisos a las delanteras y una coleccionista de trofeos que iban desde la Copa de Francia hasta la Champions League. Estoy seguro de que le entendí bien. Las personas superamos cualquier obstáculo con tal de contarnos historias. Comprendí y nos abrazamos porque es imposible no emocionarse cuando a alguien se le cumplen los sueños. No sé si era para llorar, aunque para la morena aparentemente sí. Me dejó pensando.

No me di cuenta, porque a París le dicen la ciudad de las luces, que había oscurecido. Los partidos de Wendie en la pla-

## Grupo A

ya, contados en un francés que me hicieron dar cuenta de que entendía más de lo que pensaba, me atraparon durante toda la tarde. La arena y la iluminada ciudad francesa me parecieron igualmente hermosas. El corazón me sonreía y la panza me crujió. Nos despedimos porque ella tenía que irse a no sé donde y yo quería comer. Cuando estoy shockeado con un tema me olvido de preguntar las cuestiones básicas. Me di cuenta en el momento que ella estaba demasiado lejos como para preguntarle gritando cuál era su nombre y el olor a comida me seducía.

Me senté contento y enojado en un bar por haberme olvidado de una pregunta tan esencial. Pedí un vino para ponerme pipón mientras comía ratatouille. Y les aseguro que no fue por lo entonado que estaba ni por mi básico francés. Pero cuando vi la tele me di cuenta de que había estado desatento. Que tenemos que ser vivos. Que no nos tenemos que poner mal por no saber sino por no querer saber. Que me habían dejado pintadísimo. No me siento culpable porque de alguna manera nunca me lo habían contado. En el programa llegué a escuchar que Wendie Renard podía obtener su quinta Champions League y de esa forma igualaría el récord de tres finales consecutivas ganadas del alemán Franz Beckenbauer. Y otro periodista, con la locura en sus ojos, afirmó fehacientemente que lo iba a superar, no sólo porque su equipo lograría la victoria, si no también porque el Olympique de Lyon es de los más fuertes de Europa y el resto de los equipos se pelea por quién le hará frente en la última instancia.

Juro que no era porque estaba entonado y que mi oído francés no falló. Habían dicho Wendie Renard. En ese momento, me percaté de que no conocía su cara. Así que imagínense la mía cuando me dí cuenta de que era idéntica a la mujer con la que había charlado durante toda la tarde en la Torre Eiffel, a la defensora que me enseñó que, aunque las mantengan ocultas y no las muestren, las historias están. Pero hay que ser ambiciosos y animarse a perseguirlas.

# Cartas a Ji So-Yun

Grupo A | REPÚBLICA DE COREA

*Queridísima Ji So-Yun:*

*Me llamo Suni tengo 9 años y nací en Seúl como vos. Y también me gusta el fútbol, pero tengo un problemita. Mi papá no me apoya no me ve no me cree y yo no sé en dónde jugar. Ni siquiera le interesa la pelota menos desde que mami se fue. Nunca volvió y no sé por qué y ni chau me dijo. La extraño porque ella sí que me quería ver patear. Me decía que tenía una buena derecha, pero que tenía que practicar la izquierda. Así como vos que le pegás con las dos ¿viste? Es que vos sos genia. Le mostré videos tuyos a papi, pero no cree en los compilados de Youtube. No cree que yo pueda jugar, no entiendo por qué! Siempre trato de hablarlo con él pero qué se yo.*

*Cumplo años y ¿qué pensás que le pido? Unos botines, una pelotita, una camiseta tuya. ¿Qué pensás que me regala? UNA MUÑECA. Pero pará ¿sabés qué hago? Le arranco la cabeza y me pongo a practicar. Quiero jugar quiero pisarla como vos.*

*Para mi es que está triste porque mami no está yo le digo que va a volver, que mientras miremos fulbito. Pero no. ¿Y Sabés qué le mostré? Tus tiros libres!!!! Ojalá le pegase así. La árbitra dice falta y vos ya te parás ahí y la mirás a la arquerita y te acomodás la vincha y PUM y golazo. Vio uno que hiciste con la camiseta de la Selección que pateaste*

*de derecha uno que era para zurda. Abriste el pie y ¡casi que se te sale el tobillo! Pero no le importó mucho.*

*Cuando te vi jugar por primera vez terminó el partido y me puse a buscar cosas sobre vos. Hice una tarea para la escuela y conté que jugaste en la Liga Nadeshiko con el INAC Leonessa. Hiciste una de goles ahí... ¡Tres veces saliste campeona!*

*Pero me gusta más cuando jugas en la Selección y en el Chelsea. Fuiste la segunda goleadora del Mundial sub-20 en 2010. OCHO goles hiciste. Faaa... y encima jugaste un Mundial. Qué envidia. Si tan solo papi me ayudase a jugar. Capaz que puedo ser como vos, jugar en el medio pero también de delantera. Es que me encantan los goles. El otro día hice uno tremendo mientras dormía te lo copié a vos. Uno que le pegaste re re re fuerte en vez de tirar un centro. Nadie se lo esperaba. Yo sí je je je.*

*Bueno Ji, entonces te digo. Pensé mucho en escribirte no lo iba a hacer, pero yo sé que el fútbol es mágico a veces. Cumplo años en dos días y convencí a papi de que vea un partido tuyo conmigo como regalito. Chelsea contra Manchester City elegí. ¿Bueno no? Creo que si vos hacés un partidazo papá me va a apoyar y me va a ayudar a encontrar equipo y todo. No me va a regalar más muñecas jajaja.*

*Besos, Suni.*

*Pd: uso el pelo cortito como vos.*

Ya se había hecho tarde, las estrellas brillaban y la luna iluminaba los pliegues del avioncito de papel que Suni estaba haciendo con la carta que acababa de escribir. Después del tutorial número 37 de origami para fabricar vuelos de larga distancia, ya estaba lista para hacerlo despegar. Hasta Inglaterra tenía que

llegar. Abrió la ventana y sintió el viento fuerte pero favorable. Tomó siete pasos de impulso y volvió a recorrer la distancia, pero, esta vez, corriendo. Cuando se acercó al marco frenó el pique, clavó su pie izquierdo y catapultó su nave hacia el infinito y más allá. Se la quedó mirando hasta que se hizo un puntito chiquito en el horizonte. Allá fue su sueño.

A dos cuartos de distancia, su papá también escribía una carta.

*Para Ji So-Yun, la idola de mi hija:*

*No te das una idea de lo que te quiere mi nena y no te das una idea de lo que la quiero yo. Pero yo soy un desastre, creo que vos la hiciste más feliz. Me averguenzo, sí. Ella no sabe que su mamá falleció, ¿cómo se lo digo? Imposible. Se fue y listo. Pero yo no puedo ser papá, o por lo menos lo hago muy mal; me destruyó la muerte de Soo. Estoy muy despistado, lo sé. Ella me muestra tus jugadas Ji, pero tengo la cabeza en cualquier parte. Cuando hay que regalarle algo, me olvido de sus gustos y voy a lo de siempre: muñecas. ¡Y las decapita para jugar a la pelota!. ¿Cómo no me voy a dar cuenta? No veo muchas mujeres patear la pelota, por eso me cuesta, creo. Si Soo estuviese acá... Me diría que hay muchas, ja.*

*Ella me ayudaba, me organizaba. Si no la entendí mal a Suni, Soo era como vos, digamos. Manejaba el partido, distribuía, era criteriosa. Creo que se dice así. Soy escritor pero nunca escribí de fútbol. Y te dedico estas letras, aunque no sea mi tópico favorito, porque creo que las palabras sanan y lo necesito. Y creo que me podés dar una mano con mi nena. Me acuerdo cuando me mostró un tiro libre tuyo: el pie se te fue a cualquier lado, no sé cómo hiciste. Pero creo que se enojó porque puse cara de nada, estaba muy triste.*

*En fin. Me pidió que como regalo vea un partido tuyo con ella. Creo que jugás de azul vos, Chelsea se llama, y usas la diez. Espero que estés a la altura del cumpleaños de Suni, ja. Si a vos te va bien, ella es feliz. Te lo voy a agradecer mucho. Igual, para no ser tan un desastre, le compré una pelota. Te diría que te toca a vos, pero la realidad es que me diste el pase hace mucho tiempo y yo no lo pude aprovechar.*

*Saludos, Minho.*

Metió el escrito en un sobre, se puso un tapado negro y bajó la escalera sin hacer ruido. Eran pocas cuadras al cementerio, no iba a haber problema con dejarla sola unos minutos. Sintió una fuerte brisa y a lo lejos le pareció ver volar un avioncito de papel. Agarró unas *rosas de sharon* que encontró en el camino y se fue directo a la lápida de Soo. Se quedó parado unos segundos, hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas, y dejó la carta.

En casa nuevamente se fue a dormir. Le pareció escuchar ruidos en el cuarto de su hija, pero no hizo caso. Mañana sería otro día. Y pasado sería el partido. Ya en el desayuno Suni estaba súper ansiosa y él trataba de seguirla. Incluso buscó información sobre fútbol femenino para aprovechar al máximo los 90 minutos y también por si se le ocurría algo para escribir. Quizás le surgía una buena idea para un cuento. Pero se enteraría al día siguiente.

El fútbol tiene esa mística, ¿No?

*Otra vez, queridísima Ji So-Yun:*

*¡Dos goles hiciste loca! El mejor cumpleaños de todos fue. Encima arrancaste perdiendo y en uno de los dos tantos tuviste casi toda la culpa. Te quería matar!!! Pero yo te dije que sos genia. Menos mal que leíste mi cartita eh. Quizás no hacías lo que hiciste si no. Uno medio sucio*

*y otro de tiro libre obvio pero usaste la cabeza de una de las rivales para confundir a la arquera. Estás loca, lo empataste solita.*

*Pero eso no es lo más increíble. No sé qué hiciste, pero no sabés cómo lloraba papá. No me escuché gritar el segundo gol porque él sacudió la casa. Si mami nos hubiera visto... Ya me imagino el reto. Encima antes de que patees papi me dijo que estabas casi en la misma posición que el otro que le había mostrado. Sí que le importó!*

*Pero pará pará. Eso no fue lo mejor. Ni bien se limpió las lágrimas subió corriendo las escaleras y al ratito bajó a los saltos... CON UNA PELOTA. Es hermosa y roja y con destellos azules como alguna camiseta de la Selección. ¡Y me llevó a comprar botines! Estoy tan contenta.*

*Me gustaría escribirte más, pero me tengo que ir a entrenar. El día después de mi cumple papi me llevó a buscar un club. Fue difícil casi todos eran de varones, pero encontramos uno muy lindo y ¿sabés qué? Me dejaron la 10. Me tengo que apurar, si me pongo en serio quizás pueda debutar a los 15 años en la Selección y ser una guerrera Taeguk igual que vos.*

*Gracias gracias gracias y gracias Ji, te quiero. Besos y unos pases, Suni.*

Y ya tengo la idea para el cuento, Ji. Hizo rapidísimo el avioncito, le quedó algo defectuoso, pero igual va a volar muy lejos. ¿Sabés por qué? Porque Suni es la mejor piloto del mundo y ahora lo entiendo, y ahora la puedo acompañar y estar ahí. No sabés cómo juega. Si tan solo la vieras Soo... Estarías orgullosa. Es zurda pero le pega con las dos, como vos le dijiste que entrene. Y yo en esto de ser papá voy mejorando, hablamos todo el día de fútbol, le doy una mano con la escuela. Ella

## Grupo A

es una genia, está re grande. Me encantaría escribirles un millón de caracteres más, pero Ji, Soo, me tengo que ir a llevarla a entrenar, ahora tiene club. Ahora va a jugar por sus sueños. Y yo la voy a ayudar.

Las amo a las dos, a las tres. Besos, abrazos, pases y goles.  
Con pasión, Minho.



# Ada sí que baila Twerk

Grupo A | NORUEGA

¿Te pusiste a pensar cuándo fue la última vez que te acordaste de soñar? Esa vez que estabas tan triste, tan frustrado y desmotivado que no sabías qué hacer hasta que la magia ocurre, los ojos te vuelven a brillar y las ideas empiezan a salir.

El 3 de diciembre de 2018 Ada Hegerberg me hizo volver a soñar. Eran las 17 y comenzó la gala de la entrega del Balón de Oro. El calor que hacía en mi cuarto me tiraba más hacia abajo de lo que ya estaba y ni siquiera el brownie que había cocinado me ayudaba a salir del pozo.

De golpe, algo me llamó la atención. La noruega de 23 años se subió al escenario para recibir el premio y yo me quedé pensando porque tenía entendido que la mejor de las mejores era la brasileña Marta. Al segundo entendí que el motivo no era meramente futbolístico y Ada hizo el primer golazo que le vi convertir: invitó a las jugadoras más pequeñas, a aquellas que todavía no jugaron en las grandes ligas, a animarse a soñar.

En ese momento, decidí que tenía que investigar a esa jugadora, pero luego de la ceremonia porque no me quería perder nada del show. Mientras pensaba en las maravillas que podía llegar a encontrarme, el Dj francés Martin Solveig le preguntó a la reciente primera ganadora de la historia del Balón de Oro si sabía bailar *Twerk*. La noruega le respondió que no. Se la notaba indignada, incluso gambeteó a irse.

Luego de horas y horas de ver compilados de la crack en Youtube, entendí por qué le había puesto la cara que le puso: ¿Cómo no se iba a indignar después de la obviedad que le preguntó? Mirá si Ada no va a saber bailar ¿no vio lo que hace en el área? Menos mal que al cierre de la gala fue, avergonzado, a disculparse por su ignorancia.

Mirá si Ada no va a saber bailar. Vestida de dorado, con el Balón de Oro en brazos, su pelo suelto y rubio, casi blanco como los fiordos *Fannefjord* y *Moldefjord* que rodean Molde, su ciudad natal, seguro que no.

Pero la tenés que ver cuando se calza la remera de Noruega o la del Olympique de Lyon, se ata el pelo, se arma una trenza que hace de vincha, se pone los botines y sale a la cancha. Ahí seguro que sí la vas a ver bailar. Y cómo.

Cada vez que agarra la pelota hay peligro. Quizás no rompa su cadera como la cantante Miley Cyrus o la bailarina californiana Lexy Panterra, pero sí que destruye redes cuando la mueve. Destruir puede implicar un comienzo, y un gol de Ada es abrirle la puerta a los sueños.

Entonces la pregunta que retumbó en mi cabeza, después de acordarme yo, fue cuándo esa futbolista de un metro setenta y siete había empezado a soñar. Me encontré con que había comenzado donde se originan todas las ilusiones: de pequeña. Ada veía jugar a Andrine, su hermana dos años mayor que ahora milita en el Paris Saint Germain y con quien compartió equipos, canchas y hasta la Selección mayor. Desde afuera observaba a la capitana del equipo de varones con su juguito y su libro y pensaba que ella no sería futbolista, que ella tendría un trabajo “de verdad”. Hasta que probó el fútbol y, como Solveig, se retractó y empezó a vivir su propio cuento.

Ada me enseñó que podés enamorarte tan intensamente de tu sueño como para entregarte por completo y cumplirlo. Se subió al barco con su hermana y desde entonces no paró de fantasear. Tenía 15 años cuando debutó en el *Kolbotn Fotball* de

Noruega junto a su hermana. ¿Cómo no te va a empujar a soñar, si un año después de ingresar, ya demostró que podía mover las caderas a la velocidad de las mejores bailarinas de *Twerk*? Hizo un hat-trick en siete minutos ante el *Røa IL*. Con 16 años fue la jugadora más joven en llevarse la pelota en una temporada del *Toppserien*. 30 partidos jugados, 15 goles para Ada. Pero no, ella dijo que no sabe bailar.

Si Ada no soñase a lo grande, nunca podría inspirar a uno a lanzarse a pelear por sus anhelos. Y volvió a bailar: 24 goles en 18 partidos para Hegerberg en el *Stabaek FK* de Noruega, levantó la copa del país nórdico y encima hizo lo imposible: cinco goles en un tiempo ante el *Fart*, para sumarle otro detalle fantástico a su cuento.

Ada es ambiciosa y luchadora, porque el Balón de Oro lo obtuvo por ser una perseguidora de pasiones. Como siempre va por más, se sumó al *Olympique de Lyon*, de los mejores equipos de Europa y el mundo. Si desde el 2014, cuando firmó con el conjunto francés, hasta acá no se despertó, no lo va a hacer jamás, porque decidió que vivir el sueño es la forma que tiene de disfrutar cada paso de baile. Y qué pasos: cuatro Champions League, cuatro Copas de Francia, cinco Division 1 y, en 2015, el premio a la mejor futbolista de Noruega, galardón que no recibía una mujer desde 1995, cuando lo ganó la campeona del mundo Hege Riise. La pelota sigue rodando y el cuento es cada vez más fantástico.

Veo y re veo los compilados y pienso nuevamente: Qué obviedad la pregunta del DJ. ¿En serio nunca había visto a Ada ir hasta abajo en el área chica para cabecear? ¿no la vio patinar por el pasto después de hacer un gol? Pero no importa cuánto rejunte mire, nunca va a poder dilucidar cuál es su pierna más hábil para el baile. Patea con las dos indistintamente, mientras rompa la red, todo será bienvenido.

Ada es dueña del área y la respuesta a todo lo que pasa ahí. ¿Gol? 15 veces Hegerberg en Champions League ¿rebote? Y gol

de Hegerberg ¿dudas? Ya no más, gol de Hegerberg. Shakira canta que las caderas no mienten. Se equivoca. Alcanza con ver a Ada moverse para patear un penal: ¿Para este palo? No. ¿Para el otro? Tampoco. ¿Al medio? No, impredecible. ¿Y entonces? Gol de Hegerberg. Y así casi 160 veces, porque esa es la cantidad de sueños que ya abrió en clubes y vaya a saber uno cuántos más será capaz de abrir.

Yo aprendí que lo más lindo de Ada son sus goles, y no por una cuestión de estética, sino por lo que generan.

Ella me hizo entender que sus goles significan perseguir los sueños, no dejar que te corten las piernas, pararse firme siempre, tener ideales, desear con la fuerza de esa nena que quiere ser jugadora, llorar con cada derrota porque de verdad duele, pero levantar la cabeza y volver a jugar, correr tras la pasión hasta el último aliento y más porque nadie, pero nadie, puede apagar el fuego de hacer lo que uno ama.

Ada Hegerberg prendió mi llama de vuelta y la mantiene viva, latente.

¿Quién se anima a vivir el cuento de Ada? Los cuentos son como los sueños. Por momentos parecen ficción, por otros son tan reales que rozan lo fantástico. A veces se hacen goles y en otras se elige no bailar. Son decisiones que cambian el curso de la historia. Vivir sin cuentos, vivir sin sueños, es tener una vida vacía. Por eso yo me animo.

Y las jugadoras de la Selección de Noruega también eligen arriesgarse a vivir un cuento de Adas y fantasear con repetir algún día la hazaña de Suecia 1995. Pero no por contar con ella en el plantel, sino por otro de sus golazos. La historia con el combinado nacional quizás no esté conformada por sus tantos. Pero sí por sus gritos. Porque no ir a un Mundial, el sueño del amante de la pelota, para hacerle marca personal a las desigualdades que sufren las futbolistas de su país, también es un derecho, un zurdazo o un cabezazo al ángulo. Hay que saber bailar para salirse de escena, dar un mensaje y pisar fuerte.

Sus compañeras sí saben cómo baila, y cómo con cada paso Ada enseña a seguirle ritmo. Como también saben que el camino de los sueños está lleno de defensores que te van a moldear las piernas a patadas. Pero lo más lindo de perseguir un sueño es que no tenés idea de cómo va a terminar y siempre vas a tener la satisfacción de haberte animado, de haberlo intentado. En el camino te van a empezar a surgir preguntas y una de ellas será, seguramente, la que se cuestione cuál va a ser el final del recorrido. Entonces, la número 14 va a mover la cadera cerca del área, el estadio temblará y el cuento, el sueño, la historia, tendrá un final feliz.

¿Todavía no lo adivinaste? Y sí, será gol de Ada Hegerberg.



# Delantera halcón

Grupo A | NIGERIA

Los animales no están exentos del fútbol, aquellas personas que piensen eso tienen ojos que no sirven. La pelota tiene la ventaja de atravesar a todos los seres vivos del planeta y por eso es el deporte más multitudinario, apasionante y atractivo del mundo mundial. “Son 22 corriendo atrás de una pelota”. Mentira. Es muchísimo más que eso, los bichos odian la tendencia al reduccionismo de los seres humanos y que crean que es de uso exclusivo. Los habitantes del reino animal se mueven para que vean su despliegue, porque serpientes, elefantes, tigres, cisnes, ardillas, tiburones, canguros y hasta halcones tienen el talento de dominar el planeta.

Son grandes observadores, le sacan el jugo a lo que ven en los estadios y entienden perfectamente que tantas personas contemplan desde una tribuna, lloren, amen y odien por el fútbol. Así aprenden. El problema es que reinciden en los mismos errores de los seres humanos y contaminan el juego. Hoy por hoy los halcones son detestados en el reino animal, en especial por los canguros. Los marsupiales de Australia son sumamente futboleros, organizan contiendas extraordinarias entre la raza roja y la gris que paralizan el reino animal.

Los bichos de zonas aledañas se apretujan para sentirlo bien de cerca y el resto del globo se las ingenia para transmitirlo por *streaming*. Las jirafas estiran los cuellos a tal punto que parecen periscopios con un aumento espectacular de alta definición, los

monos se trepan a los árboles más altos y relatan los partidos de acuerdo a la información que le pasan los koalas a través de la red de raíces, las ballenas son como esas cámaras especiales que ponen los humanos en las canchas y miran el partido desde abajo con su visión que atraviesa la materia. Por suerte, los halcones tienen sus órganos visuales sincronizados: lo que ven los de Australia lo ven todos, es una habilidad especial que les viene bárbaro para tirar el *offside*.

Los halcones no siempre fueron nada más que observadores. De tanto en tanto organizaban partidos con los canguros, una especie de Copa Interespecies que terminó siendo más show que fútbol. Y la última función fue una tragedia. El halcón marrón de Australia es ingenioso, bien vivo. También es conocido como el halcón de fuego porque aprovecha los incendios que se producen en las épocas de sequía del país continente para cazar y llenarse el estómago. Las presas salen de sus escondites por miedo a morir incineradas y allí las esperan las aves, oportunistas, listas para saciar su necesidad. Eso no es lo más terrible: cuando el fuego amaina, los pájaros van y tiran ramitas para que reviva, o bien se llevan madera prendida para quemar otras zonas y continuar con el festín.

El problema fue que se les ocurrió aplicar ese método para suspender un partido que los halcones iban perdiendo 2-0 contra los canguros que eran locales. Una artimaña tan cobarde como apagar la *Playstation* para los humanos. No dañaron a nadie, pero el árbitro cocodrilo decidió cancelar inmediatamente, la pelota dejó de girar y el fuego conmocionó al mundo de los bichos que pensó que una tribu de emús había desaparecido a causa del incendio. La investigación que llevaron a cabo los monitos Jorges curiosos dictaminó que el desastre no se había producido de manera natural y que las culpables eran las aves rapaces. El jurado todopoderoso del reino animal decidió prohibirles para siempre la participación en los encuentros contra marsupiales.



La familia de los halcones fue humillada, pero a sabiendas de que se habían equivocado. Querían desaparecer, pero como la extinción no era una opción, dispararon para distintas partes del mundo. Así nació la clase peregrina de las aves rapaces. Se volvieron viajeras en busca de un lugar donde no sean miradas con desprecio, en especial las generaciones futuras, porque al fin y al cabo ellas no tenían la culpa. Pero el planeta es prejuicioso. No lo soportaban, y eso que recorrieron casi todo el globo. Sin embargo, no había caso. Lugar al que volaban, lugar del que querían huir. No se sentían bien jugando al fútbol.

Pero se cansaron de escapar. Tenían que reivindicarse. Ellos sabían que los canguros contrataban humanos para darle más sabor a sus encuentros. Entonces se les ocurrió: “¿Por qué no dejar nuestros conocimientos a un grupo de personas? Si nosotros no podemos jugar, por lo menos que nuestra escuela trascienda”. Volaron, volaron y volaron y por fin encontraron una tierra en donde no eran juzgados y podían sentirse cómodos: ser halcones sin que el pasado pese más que el presente de cambio por el que tanto habían trabajado. Llegaron a Nigeria.

Volar por cielos africanos los ayudó a sentirse un poco mejor con ellos mismos y volver a participar en el fútbol. Empezaron por las comunidades aborígenes, con tal éxito que rápidamente llegaron a las ciudades. Eran entrenamientos intensos porque querían adaptar el cuerpo humano al de las aves rapaces: los peregrinos son el animal más rápido del mundo. Tenían que lograr mezclar fortaleza con velocidad, el tiempo tenía que ser perfecto para explotar al máximo sus posibilidades. La escuela balompédica de los halcones fue muy importante para el desarrollo de la pelota en Nigeria: la Selección femenina de fútbol del país se hace llamar las Súper Halconas. Ganaron 11 ediciones de las 13 totales que se realizaron de la Copa África. Su hermoso juego las llevó a estar en el grupo de los siete equipos que disputaron todos los Mundiales de Fútbol.

Llevar a los halcones en su escudo y las aves se enorgullecen, saben que ese es el camino para dejar de ser vistos con desprecio. Y como las gestas épicas requieren de seres excepcionales, aprovechan su distribución cosmopolita para cazar talentos. El esfuerzo está puesto casi exclusivamente en tierras nigerianas porque son animales leales y de buena memoria. Matímpula es el que será recordado por siempre en el pedestal de los próceres del género Falco porque es el culpable del descubrimiento más gigante hasta el momento.

Una tarde calurosa, Matímpula estaba volando por la ciudad de Lagos, alto, bien alto. Bajó la vista y se encontró con un partidito en calles arenosas. Largó en picada como si fuese a cazar para comer y se llevó una sorpresa: rodeada de chicos, una muchacha gambeteaba, no se la podían quitar, en sus ojos ardía la pasión por la pelota y esas ganas egoístas de que no le quiten nunca su objeto tan preciado. Estaba sola, pero era rapidísima, fuerte y ágil, el combo completo. El halcón interrumpió el encuentro y le preguntó su nombre. Ella respondió: “Me llamo Asisat Oshoala, un gusto señor ave”.

Matímpula salió disparado a contarle a sus colegas que creía haber encontrado a la razón de su peregrinaje, una jugadora que podría ayudarlos a cicatrizar la herida que habían abierto en el fútbol. Lo ratificó en el momento en el cual se decidió a entrenarla, porque se dio cuenta de que ella era la que les iba a enseñar y no al revés. Se posó en el hombro de la niña y se comprometió a vigilarla y cuidarla de los malos bichos. Era una tarea complicada, tenía que guiar a una jovencita que aguantó la ira de su padre y su madre, enojadísimos por su decisión de dejar la escuela. Pero ella quería jugar al fútbol, lo quería con tanta fuerza porque la pelota la hacía feliz y para el halcón no había fundamento más hermoso y genuino.

Asisat corría y Matímbula imitaba sus trazos en el cielo, casi como un espejo. Gambetearon en tierras inglesas: primer halcón y primera africana en jugar en la liga británica. El

Liverpool y el Arsenal los disfrutaron efímeramente. Habían llegado como campeones. En el Mundial Sub-20 que se jugó en Canadá en 2014, salieron goleadores y subcampeonas. Siete goles, siete bailes en el córner y en el cielo para elevar a Nigeria a donde están los nombres que serán recordados. Jugaban por ellos mismos y por todas las jóvenes del país africano, para todos los halcones, para dar a conocer: “Acá hay talento y del bueno”. Enloquecieron al público canadiense cuando en la Copa del Mundo de 2015 anotaron el segundo tanto del empate 3-3 con Suecia. Tras un pase fenomenal, Asisat usó toda su velocidad, le ganó a la defensora y con la viveza de un halcón la tiró al primer palo y la arquera voló al otro.

Pero en Inglaterra no encontraron la comodidad que necesitaban. Lloraron por una lesión y vieron cómo la pelota giraba. Otra vez sin jugar. Pero no podían rendirse. El fútbol chino llamó y salieron disparados para representar al Dalian Quanjian. Goleadora de la Liga, otra vez en lo más alto. Los ojos españoles sintieron curiosidad, la potencia, velocidad, despliegue, la posibilidad de jugar de volante o delantera a sus 24 años, la hicieron volar junto a Matímbula directo a la Península Ibérica. Y es allí, con la camiseta del Barcelona, donde ocurrió la magia, el comienzo del cierre de la herida.

Había 60.739 personas presentes en el Wanda Metropolitano. El mundo tenía los ojos en el récord de las mujeres y no se dieron cuenta de que todos los halcones del planeta estaban revoloteando por el aire para ver a Asisat. Era el momento de demostrarle al reino animal que sabían más de fútbol que de trampas. Era la hora de que las niñas de África se vean reflejadas en esa jugadora que desde el comienzo dio todo.

El área donde iba a llover el córner para el Barcelona estaba bañada en sombra porque la bandada de halcones estaba casi a la altura de las gradas para ver si el 0-0 se rompía. La pelota cayó en el área y la arquera del Atlético voló para descolgarla. A la velocidad de un ave peregrina, Asisat se coló entre sus ma-

## Grupo A

nos, tal como le había enseñado Matímbula en una ocasión, y con la frente mandó la pelota adentro. La nigeriana nunca había temblado tanto. Gritaron las casi setenta mil personas. Los halcones cortaron el aire y sacudieron a todos los animales. Las jugadoras del Barcelona la abrazaron, la calidez que provocó el llanto de gol la obligó a mirar para arriba y encontró una danza de aves que dibujaba fintas irregulares en el cielo. No sabía si había conseguido que dejen de mirarla mal, pero en ese instante, sintió que allí era donde quería estar. Donde les correspondía estar.



Alemania  
República Popular China  
España  
Sudáfrica



Grupo B



# Ángela guardiana

Grupo B | ALEMANIA

*A Luky*

**L**es voy a contar una historia. Desde ya les aviso, por si no quieren seguir y decepcionarse, que no tiene nada de extraordinaria. Quizás el mejor motivo que puedo encontrar para escupir estas palabras sea la pregunta que una muchacha me hizo alguna vez: “¿Para qué vivir si no se lo vas a poder contar a alguien?” Poco importa la vida del niño periodista en cuestión, pero me gusta pensar en cómo llegó a conocer a su ángela guardiana, un refugio que encontró cuando su pluma —o bien el teclado en esta época *millennial*— se encontraba trabada, atemorizada por uno de los cucos del periodismo: la hoja en blanco.

Se preguntarán, entonces, ¿por qué contar a la ángela guardiana de ese pibe? ¿qué tiene de especial? O bien no llegarán a planteárselo porque abandonaron en el párrafo anterior. Pobres, si fuesen como ella, todavía estarían aquí, porque lo cierto es que esta mujer no deja un partido sin terminar y menos que menos dará uno por perdido.

El niño periodista sufría de lo que un joven rapero explicó a la perfección en una canción: se dedicaba a las palabras pero no sabía qué escribir. Los motivos no importan, pero entiendan que el purrete estaba triste, desesperado, con el deseo de escapar, en crisis, con ganas de dejar lo que hacía, sin rumbo fijo, se sentía solo y con la imposibilidad de convivir con sus propios errores.

Es muy difícil reaccionar cuando no sabes qué escribir y te mandan a redactar con fecha, hora y lugar de entrega. Más por

necesidad que por gusto –como hubiese preferido– se decidió a investigar una historia que, en su momento, lo había pinchado un poco. ¿Las protagonistas? Mujeres futbolistas. A través de Twitter contactó a una jugadora que entre plumas y fintas recuperó un Mundial de fútbol femenino desconocido. “¿Dónde consiguió tanta información?”, se preguntó el pibe y decidió jugársela con un mensaje al inbox de la crack.

Contestó, pero lo que el niño no sabía es que esos diez dígitos eran un número de teléfono y no cualquiera: era el particular de su ángela guardiana. Él no tenía la más lejana idea de eso. Y ella tampoco. ¿Por qué habría de saberlo? Ni que fuesen los tres palos, aquel lugar que se conoce de principio a fin.

*Spoiler alert:* la ángela guardiana es arquera. Y si hablamos de porteras es imposible no asociar con Alemania. Y si decimos Alemania, pensamos en Nadine Angerer, la guardameta del sombrero, apodo que se ganó por usarlo hasta para dormir, o bien, la *number one* de oro. Qué título, ¿no?

Ahora se preguntarán qué tienen en común la ángela y Angerer. Empecemos desde el principio. Ambas son arqueras, es decir, tienen todas las condiciones para ser guardianas: son las jugadoras que siempre te van a cuidar, te van a gritar desde el fondo, te marcarán errores, te aplaudirán las virtudes y te atajarán en tus peores momentos. Pero el origen es también su primera diferencia: Nadine comenzó como delantera. Aunque pensándolo bien y tironeando un poco, la portera del niño periodista también es polifuncional, porque si fuese por ella jugaría en cualquier puesto con tal de ayudar al equipo.

Una es alemana y la otra es correntina. Si Nadine es la arquera del sombrero, entonces la portera oriunda de Saladas debería ser conocida como la arquera del mate, porque lo saca a pasear a todos lados.

Pará, pará y pará. ¿Y el niño periodista? Está igual que ustedes, no se preocupen. Estaba buscando información y tratando de encontrar de vuelta el camino y para ello empieza por una pre-



gunta diabólica, luciferiana, endemoniada: “¿Por qué escribo?”. Sin embargo, se dio cuenta de que era un mal arranque, pues las respuestas a los interrogantes introspectivos tardan en madurar. También se avivó de que lo increíble está en las cosas que uno hace en el intento de resolver el enigma. Para eso hay que vivir y le gusta hacerlo acompañado, con su ángela que lo cuida.

Volvamos a aquel mensaje de Twitter. ¿Por qué le pasó ese número la jugadora? La respuesta a la búsqueda de una historia resultó ser un celular que desató el comienzo del verdadero viaje. Es ahí cuando el niño periodista descubrió que, si bien a diferencia de Nadine su ángela no había realizado la enorme proeza de atajarle un penal a la brasileña Marta en una Final del Mundo, su arquera guardiana se había estirado tanto, tanto, pero tanto para sacarla del ángulo, que en su esfuerzo había recuperado la historia de las jugadoras de fútbol de aquel Mundial desconocido realizado en México 1971.

La ángela guardiana empezaba a ser guía del adolescente. Lo llevó a pasear por cada recoveco de la historia del fútbol femenino. La pasión con la que contaba lo enamoró. Pasó de no saber qué escribir a sentir un fuerte impulso por contar. Se perdía a veces, porque la arquera hablaba muchísimo, como en las épocas en las cuales se especializaba, por sobre todas las cosas, en gritar bajo el arco.

El niño periodista se encariñó con las arqueras. Hacen cosas impresionantes. Su angelita guardiana no tiene el récord de 622 minutos sin recibir goles en Mundiales que posee Angerer, pero sí que sabe eternizar momentos. No es kinesióloga como la alemana, pero no traten de correrla en el mundo de los masajes, porque para atender deportistas, ella tiene un talento sin igual. No se coronó cinco veces campeona de Europa, pero su casita está llena de títulos importantes: fotos con sus compañeras, credenciales, chapas, medallas, camisetas, homenajes, pelotas, recortes de revistas con la historia del fútbol de mujeres, libros, gatos, vino y muchos recuerdos.

Atajan parecido. A su arquera guardiana no la vio jugar nunca, pero como le mostró que para alcanzar los sueños hay que volar altísimo, entiende que nada tiene que envidiarle a Nadine. Y el salto no lo puede pegar sola. Cada vez que le destacan a Angerer sus logros personales, como por ejemplo el premio FIFA a la jugadora del año en 2013, ella dice que no podría hacerlo sin su equipo. La ángela del niño tampoco va sola y no le interesan los galardones personales. Le mostró al pibe que de nada vale el reconocimiento vacío, es absurdo y más aún si uno cree que lo obtiene en soledad y va pisando cabezas en el camino. Lo esencial, pues, es rodearse de las jugadoras indicadas.

No se nace ídola, se hace. Es que quizás lo más increíble de esta arquera es que atajó al niño periodista cuando este más lo necesitaba y las heroínas tienen esa característica: aparecen en el momento exacto, ni muy temprano ni muy tarde. El joven busca copiar algunos de sus movimientos para buscar respuestas y, como la arquera, debería aprender a darse el lujo de cerrar los ojos y lanzarse en busca de las pelotas que debe atrapar.

Las porteras como ella y Nadine te empujan. Con su mano elevan la pelota y te dan un motivo. Con su pierna, opuesta al brazo lanzador, te pegan un voleo tan tremendo que te da un propósito. Cuando la hoja en blanco se transforma en monstruo, creo que como este niño desearían tener una arquera que esté dispuesta a embolsar cada remate junto con ustedes. Angerer demostró en China 2007 que te puede atajar un Mundial entero que no la van a romper y no le van a gritar ni un solo gol.

Pero la ángela guardiana no siempre es invencible. El niño periodista la vio llorar en incontables ocasiones y largó lágrimas con ella. Pero no de tristeza, por más de que a veces valgan la pena. Las historias fascinantes suelen requerir de personas admirables que le den un sentido. Y llorar es como esos sentimientos tan humanos que no se pueden describir con palabras pero que sintetizan un estado de ánimo inexplicable. Lo cier-

to es que si te estirás tanto como esta arquera en busca de recuperar historias, seguro llores en algún momento, porque las emociones infinitas que vas a encontrar te desbordarán, la vida misma te excederá. Y está buenísimo eso, hay que aprender a ceder como Nadine en la Eurocopa de 2013, que salió campeona y concedió un solo gol en contra.

¿Ustedes tienen su ángela guardiana? Yo les recomiendo que si todavía no la encontraron, deseen con fuerza que ataje. O no, pero que los ayude a darle un sentido a lo que hacen, que les mueva el piso rompiendo la escala Richter. Y, ya que llegaron hasta acá, les voy a confesar algo: esta arquera rescató mi vida.



# Un penal de preguntas

Grupo B | REPÚBLICA POPULAR CHINA

**M**ei comenzó la larga caminata que al final se bifurca y se abre en nuevos caminos posibles: la gloria o el fracaso. Se despidió de sus compañeras que la palmearon en la espalda, le gritaron cosas que no llegó a escuchar y ahora la esperan abrazadas y expectantes en la mitad de la cancha. Ella nunca disfrutó ser verduga, pero le toca patear el último penal, el que lo decidirá todo. La víctima está en frente, una arquera de un metro ochenta que estuvo a punto de sacar todos los remates. Mei sabe perfectamente que los roles pueden invertirse y pasar de victimaria a castigada en lo que dure el trayecto de su patada.

Las tribunas están repletas, por lo menos para ella. Está su papá, su mamá, su hermana, su mejor amiga, su mejor amigo, su abuelo, su abuela, su tío, sus tías, la banda de la escuela y una bandera de China gigante que tapa al resto de las personas que no conoce. Observa el resto del alambrado y apenas hay gente, ¿a quién le puede importar un partido de un pueblucho como Baigorrita? La árbitra de turno le advierte que se apure que se tiene que ir a comer y el partido se extendió más de lo previsto. Mei la mira, le dice que sí, pero es mentira, porque no acelera el paso, sigue igual de lenta y el arco parece todavía más lejos que antes. La que va a mil revoluciones por segundo es su cabeza que no para de correr.

¿A dónde pateo? A la derecha no, me la ataja, tiene buena potencia de salto para ese lado. ¿Y si el pajarito ese me hace sa-

car la vista de la pelota? No vi el pozo, capaz sale como cohe- te a la luna por el rebote o quizás le doy más mordido que la bondiola que se está comiendo Ana detrás del alambrado. Mirá si le pego a la tierra. ¿No podían cuidar el pastito ni siquiera para hoy? ¿A quién se le ocurre usar la canchita de corral para las ovejas una semana antes del partido? Bueno, a la izquierda entonces. No, pará, si abro el pie la cago, le vuelo la cocucha a Tatiana que se va a pegar terrible susto.

Carajo, encima si lo erro van a decir que la china del pue- blo es malísima. ¿Qué van a seguir diciendo de mi? No, tiene que entrar, va a entrar. ¿Pero a dónde le pego? Fuerte al medio. No, mirá lo que mide, es enorme. Pará, ¿qué me importa eso a mí? La voy a mandar para adentro igual. ¿Pero cuánto falta para llegar al área? Encima la árbitra esta que está apurada por ir a comer ¡por ir a comer! ¿Sabés el calvario que estoy vivien- do? ¿Soy zurda o diestra? No me acuerdo. Papá dice que le pego con las dos igual de bien. ¿Cuál uso? ¿Por qué tantas pregun- tas? Es un penal nada más Mei, no hinchés los ovarios. ¿Y si lo erro? Pero si lo meto me van a querer todos. ¿Por qué razón me ofrecí para patear? Encima me tocó el más jodido.

Listo, nos vamos a quedar sin la coca y el chori. Qué boludas que son las de mi equipo. ¿Para qué me dicen que sí? ¿Cómo se me ocurrió presentarles a Sun Wen? Es la mejor china de la historia y con lo bobas que son se piensan que juego igual por haber nacido en Shanghai como ella. Qué las parió, si tomo mate todo el día, no como perro. ¿Qué pensaría Sun Wen de todo lo que me pasa? Ya te dije que voy, árbitra, pará, ¿no ves lo lejos que queda el arco? Dale Sun Wen, ilumíname mujer. Bue, estoy loca. Le estoy hablando a una exjugadora que está haciendo vaya a saber qué en vaya a saber dónde.

¿Sun Wen dudó en cada uno de sus 106 goles con China? Ni en pedo. No podés dudar si sos la goleadora histórica de las Rosas de Acero. Bueno, tuvo 152 partidos también che, este es mi primer penal y debe ser mi sexto fulbito completo. Bueno,

pero, ¿y si hubiese dudado? ¿Y si no jugaba nunca al fútbol? ¿Cómo sería la vida sin Sun Wen? Na, me muero. Se nos cae el Salón de la Fama, Michelle Akers y Mia Hamm se mueren de la soledad entre tanto tipo y sin su chinita. ¿Ellas a dónde la pondrían? Arriba supongo, si son eternas. No, abajo capaz. Uy, no, ya sé, fuerte al medio. Bueno esta árbitra está insoporable. No llego más. Ja, había parado de caminar. ¿Sos boluda Mei? Arrancá, se te están cagando de risa.

Bueno voy. Dale boluda, tenés 17 años. ¿Sabés lo que hacía Sun Wen a esta edad? ¡Jugaba un Mundial la turra! Encima de local. Y el primero. Y creció y jugó otro y otro y unos Juegos Olímpicos. Bueno loco, no subestimemos el chori y la coca. ¿Hace cuánto no como chori? Encima tiene un gustito a gol tremendo. Ah, claro, la jueza quiere ganarnos de mano. Mientras festejamos, sácate. ¿Festejamos? No cantes victoria. Listo, la mufaste. Sos tarada. Si hubiese jugado desde los 8 como Sunny no me preguntaría tantas cosas. Bueno che, estaba dejando China para cumplir el sueño de papá de abrir un supermercado. Se comió toda la historia el tonto. Pero está contento. Dejé de desconcentrar a la arquera con las ofertas viejo, ¿no ves que ni siquiera llegué a la medialuna?

Mierda, está acá. Uy, es gigante el arco. Claro, no sos tan viva Sun Wen. Así cualquiera hace siete goles en un Mundial. Na, mentira, chiste. ¿No ves lo que me cuesta patear un penal? ¿Vos dudaste? Basta Mei, no te va a escuchar. Pará árbitra, pará, no molestes más. Ya voy, te comparto chori. ¿Dos veces subcampeona, no? En 1996 y en 1999. Dos veces te ganó Estados Unidos. Mirá si yo también quedo segunda. ¿Es malo? ¿Cómo hacés? Encima eras la capitana. ¿También sentías toda esa presión de que las cosas dependan de vos? Bueno pero a vos no te bardearon, aparte en 1995 le tocaste la puerta a la final.

No aguanto más, ¿cuánto falta para llegar? Ah no, ¿qué hacés con la pelota en la mano arquera? ¿Me estás boludeando? Listo, ya verás, aquí voy. Dale Sun Wen, ¿a dónde carajo pa-

teo? Un mano a mano me hubiese gustado más. Pará de hablarle Mei, tenés que patear. Uy, ya sé. ¿Viste que contesta? Como en la final de los Juegos Olímpicos del 96 pero sin jugada. En vez de un tremendo bochón, está esta terrible caminata y en vez de bancarme a la defensora me tengo que fumar a la jueza que me apura de nuevo. Y encima más cerca estoy, más fácil. Listo, hago como Sunny, la pico. Tuqui, golazo, *chapeau*. No, pará, se va a dar cuenta, si no engañás a nadie. Mirá como te mira, ya se dio cuenta. Descartado.

Bue piernas, no molesten, ¿en serio van a temblar? ¿O yo estoy temblando? No, es todo psicológico. Voy a poner cara de mala por las dudas. ¿Y si Sun Wen hubiese temblado en la final de 1999? Pero obvio que lo hizo, si la estaban mirando como 90.000 personas en Los Ángeles. Jugó igual, se tuvo que decir a sí misma que tenía que respirar. Respirá, Mei, no te olvides, no seas gila. ¿Si ella se animó, por qué vos no? ¿No se trata de eso la figura de las idolas? ¿No debería inspirarme de alguna manera? No es tu culpa Sun Wen, soy yo que soy una cagana, pero vos me empujaste. ¿Sabés las preguntas que me hago gracias a vos?

¿Y si no me hubiese animado a escribir? El poema que le dediqué al fulbito no existiría. Y si a Sun Wen no le hubiese gustado la poesía, ¿se hubiese retirado en 2003? Y bueno, mirá lo que es patear este penal. 13 años de carrera, ¿así de intensos? Me muero. Hay que hacer otras cosas para despejar. Ella estudió inglés y se mandó a leer un montón de cosas. ¿Habrá leído sobre cómo se patean penales? ¿por qué yo no encontré nada de eso? ¿sabés lo bien que me hubiese venido? La clavo al ángulo, listo. Pará árbitra, ya voy. Fijate que te está sonando el teléfono.

¿Y si Sun Wen no le atendía al entrenador Ma? ¿Y si no lloraba cuando le dijo que la necesitaban para el Sahnaghai SVU? ¿hubiese vuelto a jugar en 2006 a pesar de haberse retirado? ¿y si le decía que no? Debe ser como patear un penal. ¿Y dejar el fútbol? ¿Es tan complicado como ver a dónde hay que de-



finir? Bueno, igual ella fue elegida con Michelle Akers como la mejor jugadora del Siglo XX. Con esa chapa que dice para siempre no se va a ir nunca. Aparte, ni que tuviese que dejar el chori y la coca, ¿qué se hace? Si es fútbol. Mentira y mentira. ¿No ves todo lo que te pasa por la cabeza? ¿Segura que el fútbol es fútbol y listo? La vida es patear un penal, no me jodan. Dale Mei, ¿vas a patear alguna vez? No pierdas el foco, estás por sacarle la pelota de las manos a la torre esa que se dice arquera. Sí, la verdad que si me sonaba el teléfono como a Sun Wen también hubiese llorado.

Sí, tengo ganas de llorar. Pará, tenés que patear. Mierda que suena fuerte el silbato. Uy, ¿eso quiere decir que llegó la hora? Mierda, no sé a dónde carajo apuntar. ¿Por qué hago esto? ¿Y si lo dejo y que pateo otra? No, ya es tarde. ¿Por qué tanto miedo? ¿Por qué tanta inseguridad? ¿Por qué no confiar en vos? ¿Qué pasó? ¿Cómo tengo que rematar? ¿Y si la meto que sigue? Y si no la meto, ¿fracasé? ¿Qué es fracasar?

El silbato marcó el inicio del silencio espectador y Mei, antes de dar el último paso para impactar la pelota, recordó una enseñanza que su tío Ariel le había dejado en una mateada de domingo: “Fracasar, chiquita, es no intentar”. Tiró la pata para atrás, remató y el chori, la coca, el abrazo entre compañeras, rivales, la árbitra, el reencuentro con la hinchada, la tarde que compartieron entre todas después y ese penal, nunca antes le habían dado al fútbol y a la vida un sabor tan dulce.



# La noche de los estadios

Grupo B | ESPAÑA

**L**as personas no nacen avenida y tampoco nacen estadio. A veces, por no decir siempre, la gente olvida ese detalle y no se hace preguntas, porque cuestionarse dejó de ser atractivo y el gato terminó matando la curiosidad. Por las noches, cuando el país duerme, las canchas de España reflexionan, dialogan y se cuentan sus historias para que no sean olvidadas. La luz de la luna baña sus gradas y las estrellas brillan en el cielo oscuro, todo está listo para recibir a una nueva integrante.

A los estadios, el ritual de bienvenida les encanta porque pueden repetir todo aquello que los demás ya saben sin recibir ninguna queja por ser reiterativos. Abren sus puertas para escucharse atentamente, en ocasiones sacan los regadores porque algunas historias les provocan lágrimas y prenden sus luces cuando se sorprenden con las variaciones en la narrativa, porque lo cierto es que se saben los discursos de memoria.

El orden de presentación varía, pero quien toma la iniciativa suele ser el Santiago Bernabéu, la cancha del Real Madrid, el equipo de camisetas blancas, orgullosas y pulcras. Aquella noche no fue la excepción, quería sorprender con su grandeza porque la primera impresión es muy importante para el Merengue. Su narrativa es grandilocuente y su voz, producto de un aforo de 81.000 personas, intimida a cualquier equipo que se atreva a pisar su césped.

El Santiago Bernabéu esgrime con altanería que su nombre proviene de un exjugador y expresidente del club. Con la

pelota en los pies participó de 78 partidos oficiales y anotó 68 goles. Con la elegancia de Cristiano Ronaldo cuando hace un enganche con el taco, baja su voz y exagera lo polifuncional de Don Santiago Bernabéu de Yeste: empezó como arquero, después decidió que le agradaba más reventar el arco a botinazos y, en otras ocasiones, elegía meterse en el medio campo.

Los estadios saben que esa no es la mejor parte. El Bernabéu lo cuenta como dato de color, porque lo que en realidad le importa, que es lo que le dio su nombre en 1955, es que fue el presidente más grandioso y longevo que tuvo el club. La nueva integrante dejó las luces prendidas un rato largo cuando, con el orgullo de tener todas sus gradas ocupadas, la cancha Merengue dijo: “Fiché al mejor jugador de todos los tiempos, Alfredo Di Stéfano”.

El más tímido de los estadios, pero también el más monstruoso en términos arquitectónicos, olvidó su posición de resguardo y soltó una carcajada, similar al temblor que provoca un grito de gol, y replicó: “No digáis gilipolladas, tío, que para mi Barcelona jugó Diego Armando Maradona, Lionel Messi que continúa haciendo jugaditas de la hostia y Lieke Martens sí que mola”. Las canchas se sorprendieron con su reacción. A pesar de ser el más grande de toda Europa, se avergüenza por tener un nombre tan neutral como Camp Nou y suele mantener un perfil bajo.

Siempre saca sus regadores cuando le toca hablar de Joan Gamper, el fundador del club. Como le duele no tener tal nombre, el resto de los estadios –que son conscientes de ello– encienden sus focos con baja tensión, para que sepa que está acompañado. El llanto de 99.354 personas podría provocar un tsunami que derrumbaría sus paredes de casi 50 metros de altura. Pero por suerte la herida cicatriza cuando aprovecha la voz de los parlantes para contar que su denominación fue decisión de sus socios.

“Vale tío, sabeis que te acompaño en esta”, le dijo el Wanda Metropolitano desde el Barrio de las Rosas. Se llama así por

una cuestión de patrocinio y el Camp Nou le sirvió de psicólogo al estadio del Atlético de Madrid. Porque, originalmente, los Colchoneros jugaban en el Vicente Calderón, que está moribundo, a punto de ser demolido, y perder el nombre es una tragedia griega. A pesar de su condición clínica, el grupo elige, cada tanto, darle la oportunidad de hablar unos minutos, en especial en esta ocasión, porque es menester que la nueva lo conozca antes de que se convierta en escombros.

Tosió con un crujir de sus gradas y empezó por lo más importante: Calderón fue 21 años presidente y, en el mandato del empresario, se terminaron de construir sus obras y el barrio de Manzanares fue un poco más bello. Escupe unos ladrillos y a pesar del dolor hace un gran esfuerzo por prender sus luces y contar lo que él cree como el mayor logro obtenido por los Colchoneros bajo la dirigencia del español. En 1974, con Vicente a cargo de la institución, el Atlético alcanzó la cima del mundo mundial cuando derrotaron a Independiente de Argentina en una final Intercontinental.

Desde Madrid, entre sollozos, un estadio lo calló y le dijo que ese no era su más grande logro. La cancha Amelia del Castillo recuerda con un canto de su hinchada la ayuda que recibió del Vicente Calderón cuando ella le pidió un pase y él la dejó mano a mano con la arquera. Allá por 1963, Amelia estaba sola solísima. Quería ser jugadora y no podía. Quería ser delegada y no podía. Quería ser entrenadora y tampoco podía. No la dejaban porque era mujer. Pero la pasión puede llevar a la locura, y la locura a la picardía: en ningún lado decía que no podía ser presidenta. Y este dato dejó flipada a la novata: decidió fundar el Atlético Pinto.

El estadio bajó sus luces al mínimo cuando se acordó del cansancio que le generaba ser entrenadora, delegada y la primera presidenta de un club de España, todo al mismo tiempo. Necesitaba pesetas o más bien patrocinadores porque no podía resolver la economía de la institución. El equipo organizó

una rifa cuyo premio era una cámara de fotos. Amelia, atrevida como una enganche, le mandó una carta a Vicente Calderón pidiéndole que le comprase algunas para ayudarla. Y en este punto, la emoción que genera la salida del equipo al césped se le nota en sus paredes: el presidente de los Colchoneros le compró todas, la invitó a su despacho y le brindó servicios médicos y colaboró con la financiación de su equipo.

“Pues coño tía, no te olvidéis de mí”, abucheó el Estadio Teresa Rivero. Su Rayo Vallecano también la había ayudado con su humilde club. Con el vapor de las duchas de sus vestuarios simuló estar fumando para captar aún más la atención del resto. Y contó que, a pesar de ser empresaria y la primera mujer en presidir un club de primera división, su gestión económica no fue del todo limpia. Su voz se apagó, como el final del “uuuuh” de una hinchada que se lamenta porque el bombazo de la jugadora dio en el travesaño, y dijo: “Espero que no borren mi nombre en los siete años que pasaré en la cárcel por evasión fiscal”.

—A tomar por culo, no permitiré eso.

Los estadios encendieron las luces al punto tal de que la noche ya no parecía noche. Desde Compostela, la nueva, la cancha Vero Boquete, se hizo escuchar con el poder de su capacidad para 12.000 personas. El campo Amelia del Castillo curvó sus arcos, porque sabe que para cambiar la historia se requiere esa valentía. El resto abrió aún más sus puertas para que las palabras de la novata entren con mayor facilidad. ¿Quién era esa chiquilla?

De pequeña no tiene nada. Sabe que es la nueva, pero su historia tiene la fuerza del himno de la Champions League en el Camp Nou. “Soy jugadora, fui capitana de la Selección española, hago muchos goles, amo el juego con locura y soy pionera de la profesionalización del fútbol femenino”, dijo, contundente como un silbatazo inicial. El Bernabéu se dio cuenta al instante de que podía aprender mucho acerca de buenas primeras impresiones y posó todos sus focos en dirección a Compostela.

“Me llamo así porque me lo gané. Algunas personas dicen que soy de las mejores españolas de la historia. Soy la primera en ser nominada a un balón de oro y la primera en ganar una final de la Champions League”, dijo y Compostela tembló. Y lo bien que hizo en sacudirse, porque Vero tuvo sus trabas en aquellas tierras: empezó a jugar a los 6 años y el equipo en el que se inició le permitía entrenar, pero no participar del torneo los fines de semana. Con los regadores empapó los bancos, enojada porque por aquel entonces los conocía de memoria.

El estadio Vero Boquete los sacudió a todos. Les dijo que por suerte como cancha permanecería quieta, porque sus reclamos por el profesionalismo la convirtieron en nómada. Y así el mundo entero supo quién era. España, Estados Unidos, Rusia, Suecia, Alemania, China y el Mundial de Canadá 2015 propagaron el nombre de la número nueve. Hizo un paneo general con sus luces e interpeló a los más grandes: “Vosotros tenéis vuestro holograma en el FIFA, el juego de Playstation. Y nosotras ni siquiera tenemos a nuestras jugadoras. O no las teníamos, porque con la ayuda de 47.376 personas, firmamos un petición que comencé en redes y nos dieron lugar en el juego electrónico”. Los estadios bien saben que el fútbol es más que fútbol y que muchas veces se ven metidos en conflictos que exceden a la pelota.

Y el más viejo de todos bien lo sabe. Los estadios ven transcurrir la historia y transforman las ciudades. El San Mamés escuchó al Vero Boquete atento y sabio. Fue fundado en 1913 y demolido en 2013, pero como santo que es resucitó con el mismo nombre y la Catedral del fútbol no desapareció. Bien sabe de estar solo porque quedó huérfano de muy pequeño. Fue acogido por una viuda de gran poderío económico de la cual heredó sus riquezas, se despojó de sus bienes materiales y los repartió entre las personas más necesitadas.

El amanecer acechaba. El San Mamés, que no se había presentado, paró en seco las palabras de la nueva, porque como

## Grupo B

es viejo habla despacio y no quería quedarse sin tiempo. Bufó levantando polvo de sus gradas y le dijo: “Llevo mucho tiempo esperando por vos, por ustedes”. Parsimonioso, la Catedral los miró a todos y les contó que, en 2019, 48.121 espectadores ocuparon sus gradas para ver un partido de fútbol femenino. Las canchas se agitaron eufóricas, como la hinchada en un gol en la final del Mundial porque nunca habían hospedado un evento de tal magnitud. El veterano volvió a posar sus focos en la novata, señaló al Camp Nou y el Bernabéu y bramó: “Maestra, bienvenida seas. Como te escuché decir, había que hacer girar la rueda. Algún día serás físicamente tan grande como aquellos, pero de grandeza a vosotras no les podemos hablar. Que se piren las personas que no lo entiendan, pero ha llegado la hora: con su fútbol revolucionarán el mundo”.



# Presagios de una taza de café

Grupo B | SUDÁFRICA

Una luz tenue y rojiza bañaba el cuarto. Dos mujeres, una de 14 años y otra que pasaba los 60, se encontraban a punto de realizar cafeomancia, el arte de leer a las personas a través del café. La señora puso en un parlante con volumen bajo canciones del compositor italiano Ludovico Einaudi. La nena, sin entender mucho por qué la madre la había mandado allí, veía calentar la sustancia en una cafetera de bronce. Ambas estaban atentas, porque si el líquido hervía, el ritual se arruinaba. Estaban sentadas en el piso, una mesa las separaba y unas cortinas alrededor de sus cabezas generaban una especie de domo fantástico.

Janine, la nena, cada tanto miraba a la que leería la borra del café, que además era vidente. La nariz puntiaguda iba para abajo como las arrugas de su cara. El maquillaje estaba completamente corrido. Se notaba que la señora fumaba mucho, su voz sonó áspera como papel de lija cuando le dio la bienvenida. La cantidad de piercings que ornamentaban sus orejas y rostro hacían música cada vez que hablaba. Los profundos ojos verdes de la vieja la transportaban a través del humo de los sahumerios, lograban que estuviese en pleno estado de relajación. La jovencita poco sabía de cafeomancia, pero mucho de lo que le encantaba el café.

Por eso había aceptado. Y porque tenía una inseguridad muy grande: ¿cuál es el destino de una chica sudafricana que quiere

jugar al fútbol? Pero estaba confundida. El café, que la acompañaría el resto de su vida, no podía ser tan complejo. Ella se levantaba, lo tomaba y era feliz. Los secretos detrás de la bebida marrón agitaron al bichito de la curiosidad. Además, en caso de que no la convenciese lo que iba a escuchar, se iría con la pancita calentita y satisfecha: tenía una doña taza en frente. Boca ancha y bien redonda, paredes rectas y blanquísima por dentro.

Antes de retirar la cafetera del fuego, Baba —así se había presentado— le dijo a Janine que debería concentrarse intensamente en aquello que quería saber de sí para que toda su esencia sea transferida a la taza. Qué problema, no tenía idea. Sin embargo, lo solucionó rápido y con la misma determinación con la que rechaza las pelotas cuando juega de defensora: el fútbol. Quería saber de ella y este deporte que tanto ama. Mientras pensaba en la pelota, la vieja sirvió lentamente el café, la jovencita lo vio en cámara lenta. Le acercó el plato para apoyar la taza y le dijo que tenía que tomar despacio, agarrando el cuenco solo con la mano derecha.

Baba comenzó a narrarle la historia de la cafeomancia para no aburrirse mientras ella tomaba. Le contó que estaba bebiendo café turco, el ideal, pero que podría usar cualquiera que fuese molido y —aquí su voz se volvió siniestra— le aclaró que jamás de los jamases debía intentar el ritual con café instantáneo, porque no surtiría efecto. Janine posó sus labios en la taza mientras la vieja le decía que estaba presenciando una práctica que surgió en el siglo XVII proveniente de muchos lugares y sin definir, ya que viajeros, comerciantes y mercaderes la difundieron por Líbano, Armenia, Turquía y otros países europeos.

Pero Janine solo prestó atención hasta el momento en el que la vieja le dijo que ella aprendió la cafeomancia porque era una tradición familiar. Estaba demasiado enfocada en la pelota. Un sorbo y se acordó de que no tenía amigas jugadoras. Otro sorbo y se vio en el recreo rodeada de varones. Otro sorbo y vio las tribunas vacías. Uno más y no se pudo imaginar como futbo-

lista vistiendo la camiseta de la Selección nacional de Sudáfrica. Sentía que su boca se fundía con la taza y que toda la angustia y nostalgia se transfería a la porcelana. Las preguntas que la atormentaban cada vez que jugaba al fútbol aparecieron: ¿Por qué veía los partidos desde el banco si se moría por entrar? ¿Por qué la miraban mal cuando ella jugaba? ¿Por qué se negaban a patear con ella? Por qué, por qué, por qué.

De golpe Baba la hizo volver al cuarto y al olor horrendo a sahumeros. Le pidió que dejase de tomar justo cuando le faltaba un poco para terminarlo, porque tenía que tirarle polvo de café para seguir con el ritual. Janine miró con detenimiento cómo movía los dedos para dejarlo caer, completamente sumida en lo que las manos arrugadas hacían. La señora puso el asa de frente a la jovencita, inclinó la taza y le dio tres lentísimas vueltas en sentido antihorario para que los residuos del líquido mancharan las paredes blancas y se formasen las primeras figuras. Por último, acostó el cacharro y permitió que lo poco que quedaba bañase el plato.

Baba le había dicho a Janine que lo más importante era la primera impresión, que no le preguntase demasiado y no le cuestionase lo que veía porque no serviría de nada y la llevaría a malinterpretar las figuras que se presentaban. También le advirtió que había muchas opciones: animales, letras, números, partes del cuerpo, fechas, y que todas tenían significados distintos de acuerdo a la persona. A su lado tenía un cuaderno donde dibujaría las cosas que veía. El fondo de la taza indicaba pasado, las paredes presente y los bordes futuro. Lo primero no estaba demasiado manchado porque Janine era joven, pero a medida que ascendía por la cerámica los dibujos que cada vez eran más claros.

Primero con el lápiz garabateó un águila que significaba que aquella niña oriunda de Alberton estaba a punto de despegar y que lo que diga y haga la llevaría a cumplir sus sueños. Al lado del ave, Baba distinguió una espada, que indicaba que Janine

era y debía ser valiente y osada para hacerle frente a todos los obstáculos que se le presentarían en el camino. Una fecha difusa aparecía en uno de los bordes. “2005”, llegó a dilucidar la vieja. Como no era tan clara podría significar algo malo, pero como además de lectora Baba era vidente usó sus cualidades y le dijo con una sonrisa: “¿Por qué no me contaste que en cuatro años vas a debutar con las *Banyana Banyana*?”. Janine se quedó muda. La vieja continuó.

Dibujó un lobo. La presencia de ese bicho en el café definía a Janine como una chica con una fuerza y un valor inigualable. “Bueno, después de todo así tengo que ser como defensora”, pensó. Y para complementar, Baba reconoció un hueso en el borde de la taza que le avisaba a la jovencita que debía estar lista, porque muchas personas contarían con ella para liderarlas en un futuro.

–Mmm, en uno o dos Juegos Olímpicos quizás– le dijo Baba.

–Cafeomancia vieja, chistes no, que las *Banyana Banyana* nunca en la vida jugamos semejante cosa– replicó Janine.

–¿Conocés Londres y Río de Janeiro?– preguntó la anciana.

Janine no le contestó y Baba soltó una carcajada, porque sabía que esa parte del cuento se cumpliría. La jovencita tampoco le respondió cuando le dijo que las letras “H” y “D” eran las iniciales del Houston Dash, un equipo de Estados Unidos, por lo cual ella sería la primera sudafricana de la historia en jugar en la *National Women’s Soccer League*. No se la creía, para nada. Una taza de café no podía decir tanto, aunque dudó cuando la mujer arrugada dibujó un cinco, su número favorito y el que estampaba en todas sus camisetas. Encima estaba acompañado de una “C”: capitana. Hace instantes le había dicho que debería estar preparada para liderar. ¿El café le estaba diciendo que sería la cabeza del seleccionado sudafricano?

Baba dibujó una escuela y le preguntó si alguna vez se le había pasado por la cabeza la idea de crear su propio equipo

de fútbol para ayudar a las niñas de Sudáfrica que querían dedicarse a la pelota, dándoles una liga y la posibilidad de formarse desde chiquitas mientras estudian. Janine desconfiaba todavía más, eso ya le parecía ridículo, pero la vieja ante cada mueca de vacilación se le reía en la cara. Y cada vez que intentó ver el interior de la taza, Baba no se lo permitió, era secreto entre lectora y café.

Janine empezaba a cansarse porque le parecía absurdo lo que le contaba. Era café, solo eso. Baba plasmó dos últimas cosas en el cuaderno. Un 150 acompañado de un signo más y la fecha 27 de noviembre de 2018. No le explicó ninguno de los dos significados, pero le dijo que algún día se daría cuenta de qué era y que además estaban acompañados de una estrella de mar, que presagiaba que le sucedería algo excepcional. La vieja dio por finalizado el ritual y se despidieron.

Desde ese momento, Janine no deja de tomar café para ver si las figuras se le aparecen, pero para ella sigue siendo, a pesar de que lo adora, solo café. Sin embargo, con el correr de los años, las premoniciones de la vieja Baba comenzaron a cumplirse. A medida que se acercaba la fecha vaticinada, Janine se ponía más ansiosa. ¿Qué se le venía? Ya había alcanzado los 100 partidos con las *Banyana Banyana* y era la capitana. Usaba la cinco. Tomaba y tomaba y las figuras seguían sin aparecer.

Y llegó el día. Semifinales de la Copa de África contra Malí. Minuto 81 y Sudáfrica está 2-0 arriba en el marcador. Falta nada para la gloria, pero para Janine ni cuando Baba movió sus dedos el tiempo corrió tan lento en sus treinta años de vida. 27 de noviembre, Ghana. La número cinco alzó la cabeza y miró el reloj. Bajó la vista y en la grada vio una vieja toda arrugada que la miraba fijamente con una sonrisa diabólica. En el banco estaban sus compañeras agazapadas, listas para saltar a celebrar. En el campo las jugadoras la miraban, esperando las indicaciones de su capitana. Respiró profundo, le quedaba poco aire. Un olor a sahumero insoportable le inundó los pulmo-

## Grupo B

nes y cerró los ojos. Los abrió de golpe cuando sus orejas sintieron el sonido del pitido final. Volvió a mirar las tribunas y Baba ya no estaba.

Miró la cancha, sus compañeras se dirigían a abrazarse todas juntas. Empezó a correr y sintió un gustito a café en la boca. Allí estaba. Janine Van Wyk, la jugadora con más apariciones con la camiseta de Sudáfrica de cualquier género, capitana de las *Banyana Banyana*, las que acaban de clasificarse, por primera vez en su historia, a un Mundial de Fútbol.

Australia  
Italia  
Brasil  
Jamaica



Grupo C





# Goleadora canguro

Grupo C | AUSTRALIA

La superpoblación de canguros en Australia tiene una razón de ser: buscar talentos. La *Agencia Nacional Kanghuru* (ANK) contrata marsupiales de todo el país para ojear seres humanos dispuestos a disputar el partido de fútbol entre la raza roja y gris, un show al nivel del *Super Bowl*, pero con colas y una pelota redonda. Cada equipo tiene la obligación de criar una persona que participará del encuentro que se disputa cuando los mamíferos saltadores cumplen 15 años, tres menos que su esperanza de vida, para que se lleven el recuerdo de una gesta épica al edén.

Durante varios años los canguros se encargan de comer el poco pasto de las áridas tierras australianas y le dan forma a su cancha de fútbol. Con el agua que retienen en su cuerpo riegan el piso para que no se parta por el calor y hacen profundas líneas con sus largas patas en sustitución de la cal que suele delimitar el campo de los humanos. Para armar los arcos les piden ayuda —por única vez— a las águilas audaces, sus predadores pero a sus vez amantes del buen fútbol. Con su visión aérea les es más sencillo encontrar árboles que sirvan de postes y que funcionarán como su palco cuando la hora llegue. Ni siquiera los dingos se oponen al balón. Por el temor que infunden, los canguros consideraron que serían excelentes jueces y firmaron un contrato para que se encarguen de arbitrar en vez de devorarlos —aunque sea por un rato.

La raza roja es la más canchera y son los marsupiales más grandes que existen. Son los más fornidos, llegan al metro sesenta y sus colas alcanzan los 120 centímetros, lo que les permite impactar con mucha más potencia la pelota. Históricamente derrotaron a los grises que son más pequeños, pero ágiles y tienen mucha más hinchada, conocida como la *Fuliginosus Imperialis*. La desventaja física la suplen con su mente avispada y una gran calidad técnica facilitada por su cola notoriamente más corta. Estos partidos son muy atractivos y si bien mantienen estilos diferentes de juego, ambos frentes se caracterizan por su extrema verticalidad: sus patas al estilo Bob Patiño no les permiten ir hacia atrás.

Aunque los rojos llevan la delantera en el historial, los grises se enorgullecen de haber realizado el mejor fichaje de todos los tiempos: Sam Kerr. El marsupial Rasti la encontró en Perth cuando tenía apenas 5 años y con su pequeña cabeza y sus ojos redondos entendió que aquella niña estaba destinada a ser una proeza futbolística. Los canguros son más activos de noche, ese fue el momento en el cual entrenaron a Kerr. Sienna, la directora técnica grisácea de entonces, la colocaba en la bolsa embrionaria donde se desarrollan las crías y la llevaba a las tierras áridas para enseñarle la milenaria técnica de jugar al fútbol dando saltos, lo que Samantha tradujo como volar al jugar.

Fue una apuesta a futuro, Rasti no pudo disfrutar de ella en su partido, pero el deseo de ganarle a los rojos lo llevó a pensar a la larga. Además, es difícil adaptar a una pequeña a los casi 70 kilómetros por hora que pueden alcanzar los canguros, o los saltos de tres metros de alto y diez de largo. Pero Kerr es especial y había que aprovecharlo. Rasti estaba emocionadísimo con los progresos de su niña. ¿Cómo explicarle al mundo marsupial que tendrían en sus líneas a una jugadora que con 15 años debutó en la Selección de Australia? Y que un año después haría el gol en la Final de la Copa de Asia ante Corea del

Norte para ir a los penales y salir campeona por primera vez en la historia de la competencia.

Sam es la más joven en debutar en un partido de canguros y en la *W-League* Australiana: con humanos lo hizo a los 15 años y 45 días. 43 soles después, anotó su primer gol para el Perth Glory. Los marsupiales idearon un sistema de transmisión satelital para ver sus partidos y organizaron un asalto a una tienda de deportes para abastecerse de camisetas con el número 20 de las Matildas. El fanatismo es tal porque la encuentran similar a ellos. Ni siquiera habían sentido esa pasión por Tim Cahill, que cuando hace goles boxea en el córner, parecido a los joeys (los canguros pequeños) que se pelean para hacer nuevas amistades. Pasa que la niña, cuando anota, en ocasiones pega saltos altísimos o hace un *backflip*, pirueta que Rasti presume haberle enseñado.

Los canguros son muy astutos, tanto que hacen predicciones con poco margen de error. Cuando Rasti presentó a Sam en la ANK, les aseguró que algún día sería la histórica goleadora de dos ligas diferentes: la *National Women's Soccer League* de los Estados Unidos y de la *W-League*, galardón con el que cuenta a sus 25 años. Dudó acerca de que se convertiría en la anotadora suprema de las Matildas porque Lisa De Vanna posee el récord más alto y le lleva ventaja. Los dirigentes quedaron asombrados con las expectativas de Rasti y la baba se les caía de tan sólo imaginarse que esas premoniciones eran únicamente el comienzo. ¿Qué seguía después? ¿hasta dónde llegaría? ¿qué pasaría si otra jugadora la superase o aunque sea lo intentase? Estaban enloquecidos, tendrían en su súper partido a una futbolista rápida, ágil, inteligente, entendedora del juego y con la capacidad de marcar goles en cantidades industriales. Eran las características idóneas para enseñarle los secretos del fútbol al estilo marsupial.

Willow fue la canguro encargada de transmitirle sus conocimientos y lo supo desde que estuvo en la bolsa de su madre

Sienna. La idea era que Samantha pudiese participar del partido a sus 17 años, uno antes de la muerte de su primera entrenadora canguro y mucho antes de convertirse en la capitana de las Matildas, luego de que disputara su primer Mundial en Alemania 2011 y antes de Canadá 2015. Los marsupiales suponían que en esa etapa de su carrera dispondría de muchísimo menos tiempo para dedicarle a los entrenamientos nocturnos con la escuadra de pelaje grisáceo.

Sam la tenía complicada, era más lenta y menos fuerte que la mayoría de los canguros. Willow le explicó que para superar esas falencias debía ser rápida mentalmente y le contó cómo las canguros manejan los tiempos de la vida, es decir, el fútbol. Si el clima no es propicio tienen la capacidad de parar el embarazo hasta que las condiciones sean óptimas. Le estaba exigiendo a la jugadora ser una buscadora de oportunidades y que, cuando las tuviese, las aprovechara al máximo, porque de eso está hecha una goleadora. También le contó que cuando era cría y estaba en la bolsa, sus pulmones no estaban del todo desarrollados y debía respirar por la piel. Para posicionarse bien, Sam debía olfatear el gol con todo su cuerpo e ir a buscarlo como los canguros a las amapolas.

De ahí también aprendió a ser paciente y relajarse. Las amapolas se utilizan en Australia para producir opio de consumo legal. Por eso los canguros muchas veces están drogados durante el día y paran de saltar porque no sirve de nada estar corriendo en todo momento, a veces basta con desplazarse de la manera correcta y, además, en el fútbol siempre hay apoyo. Los marsupiales usan su cola como trípode para no perder el equilibrio. Sam, carente de esa extremidad, aprendió que el equipo siempre va a estar junto a ella para ayudarla y que sola no puede, alguien la debe asistir en sus goles. En el fútbol, como en la vida, nada se hace separada del resto.

Para aprovechar las oportunidades debe estar atenta. Willow la hizo meditar por largas horas hasta que logró rotar, aunque

sea un poquito, sus orejas para percibir hasta el más mínimo ruido, como los canguros. También tuvo que desarrollar ojos en la espalda, o bien saber qué hacer antes de recibir, porque de otra manera no podría igualar la visión de 300 grados de los marsupiales. Sam aprendió los tiempos del salto, la clave de una gran cabeceadora. No alcanza los tres metros ni de cerca, pero cuando Willow le explicó que no debía correr, sino saltar cortito, empezó a anticipar a los marsupiales con movimientos ágiles de sus piernas que consiguieron la aceleración que disfrutaban las Matildas y sufren sus rivales.

Con Sam en cancha, los canguros rojos dejaron de ser tan cancheros por un rato y los emú tuvieron más ganas de volar que nunca. Los cocodrilos marinos, los más grandes del mundo, se estancaron en los bordes de la cancha para aprender de la número 20 y cazar a sus presas con mayor eficacia. Los koalas dejaron de ser perezosos y quisieron ser bellos como los movimientos de la jugadora para exhibirse con soberbia en las ramas de los árboles, aunque hubiesen preferido hacerle de mochila y descansar en la espalda de la futbolista. Las águilas se distrajeron con las picardías que aplicó contra las defensas. En aquella edición del súper partido, Kerr hizo tres goles, igual que a Japón en 2017 en el Torneo de las Naciones.

Tras el juego, Rasti fue elevado de la tumba a Ojeador de Honor de la ANK, que tiene un cuadro suyo en sus instalaciones. Willow Kangaroo es el nombre de la clínica de pequeñas entrenadoras que busca formar nuevas estrellas, en honor a la maestra de la número 20. Los marsupiales recuerdan ese partido como el mejor nunca antes visto por la fauna animal del país continente y establecieron una Ley que dictamina que hay que narrarles la historia a las crías como cuento de buenas noches. Así que, si un día están por Australia y los canguros se les acercan, no se asusten, no les canten, no les griten, no los abracen. Posiblemente estén ahí porque les vieron algo, una pizca de talento por explotar para jugar el clásico más increíble del

## Grupo C

planeta. O, quizás, porque la extrañan, quieran entrar con ustedes a la cancha de Perth Glory, para ver, aunque sea una vez más, a Sam Kerr haciendo cosas de Sam Kerr.

# Deseos de crudo y queso

Grupo C | ITALIA

**E**ra el mejor sánduche de jamón crudo y queso que había comido en sus 27 años de vida. Acababa de caminar tres horas seguidas por Roma, la ciudad museo. La exagerada cantidad de personas y piezas históricas lo habían abrumado. Su estómago le hacía tanto ruido como el pueblo romano cuando le pedía al César que subiese el pulgar en su palco del Coliseo. Las gotas de sudor le caían del pelo y se acumulaban en su frondosa barba. El problema es que el sol estaba demasiado alto, pegaba fuerte y en la *Fontana Di Trevi* no hay techo que haga sombra.

La temperatura no le importaba, el hambre y el cansancio de sus piernas eran más fuertes y hacían que se olvide del calor. El agua de la fuente más increíble, imponente y pintoresca de Italia lo refrescaba. Sentado en el borde con la mochila entre los pies, un jugo de naranja helado al costado y 23 centímetros de sánduche de otro planeta en la mano, Alessandro era feliz.

Abrió la boca como cuando una persona quiere gritar algo que calló demasiado tiempo y atacó el sánduche de jamón crudo y queso que había comprado en un local ubicado en diagonal a la fuente. Le llamó la atención lo escondido que estaba y que era mucho más grande de lo que imaginaba antes de entrar. Una vidriera en forma de “L” que exponía fiambres que ni siquiera había oído mencionar, panes multiformes, patas de cerdo colgando del techo, vinos que lo entonaron de solo verlos y precios sumamente seductores, todo enmarcado en una

construcción de madera, las características que conquistaron su corazón y su panza.

Las esculturas lo miraban con envidia, por eso comía medio encorvado, para evitar que los rocosos ojos le arrebatasen su tesoro. La corteza del pan era crocante, cuando la quebraba emitía un sonido suave y relajante. No era dura, por lo cual no lograba lastimar el paladar y se deshacía en su boca, permitiendo que el queso y el jamón crudo exploten al máximo su potencial. El gusto a sal estaba destinado a permanecer varias horas más y le agregaba más sabor al próximo bocado.

El jugo de naranja fue de las mejores decisiones que tomó en su vida, iba perfecto con el sánduche. Lo mantenía fresco y lo salado jugaba perfectamente con la humedad que dejaba la pulpa. La bebida manejaba los tiempos: frenaba sus ansiosas ganas de devorar toda su comida para que la disfrutase un ratito más.

Se sentía a punto de patear un penal: él y el sánduche, el sánduche y él, solos, ignorando el bullicio del estadio, a punto de batallar uno de los duelos más complicados de la existencia humana. Cada mordisco era un gol de esos que son eternos. Éxtasis total.

—No me estás escuchando.

Alessandro se acordó de que estaba en Roma. Lo arrancaron del paraíso porcino, recibió un cachetazo que lo sacó de su trance gastronómico. Al sánduche le quedaba un último bocado, el jugo de naranja no duraría más de un sorbo y Francesco lo miró con ganas de ahogarlo en la fuente. Los últimos 15 minutos se los había perdido, no tenía idea del tópico del monólogo que había hecho su novio. Odiaba que no lo escuchase, le pasaba seguido, pero no era a propósito, a veces tenía la necesidad de escaparse del mundo.

—¿Qué decías? Estaba muerto de hambre, no podía pensar en otra cosa— le contestó.

—Te estaba hablando de Barbara Bonansea, tonto— le dijo Francesco con algo de pudor.



–*Porco dio*, ¿Otra vez?– dijo y empezó a reír.

Hacía meses que no le paraba de contar historias de la extremo italiana. Habían acordado que Francesco sólo tenía permitidos 30 minutos del día para mencionarla, el resto del tiempo era la innombrable, pero no era una regla estricta. Encima cumplían cinco años en pareja, ni siquiera ese día se olvidó de ella. Alessandro disfrutaba el fútbol, le encantaba, pero el fanatismo lo ponía loco. Aunque, como venía de su novio, le divertía y lo enamoraba un poquito más.

Todo había empezado el 30 de septiembre de 2017 cuando se les ocurrió visitar el *Stadio comunale di Mozzanica* en Bérgamo para ver a la Juventus de Turín contra el Atalanta Mozzanica. 3-0 ganaron, Bonansea hizo dos goles, entre ellos el 1-0, que fue el primer gol en la historia de las *bianconeri* en la Serie A, porque la temporada 2017/2018 fue el debut del equipo.

Francesco ese partido estuvo insoportable. Es de esas personas que entiende al resto con pocos elementos, como las que creen resolver el enigma del otro a través de una carta astral. Ese día se superó: Barbara Bonansea ni siquiera había recibido el primer pase, que empezó a bombardear a Alessandro con halagos a la número once de la Vecchia Signora. Cada dos minutos le decía: “La de vincha, mirá la de vincha”.

Bonansea eludía jugadoras con la misma simpleza del movimiento que hizo la máquina de cortar fiambre mientras rebanaba el jamón crudo y el queso. La fascinación emanaba de los ojos de Francesco y enamoraban a Alessandro, que no se imaginaba qué tan pesado podía ponerse su novio. Para el entretiempo ya había googleado que Barbara había nacido en Pinerolo el 13 de junio de 1991 y que antes de formar parte de la escuadra *bianconeri* había jugado para el Torino y el Brescia, y que, además, era parte de la selección italiana.

Cuando empezó el segundo tiempo, Francesco se calmó un poco y prefirió ver. Alessandro recuerda lo satisfactorio que fue aquel silencio y cómo se rompió al minuto 87 de partido.

Bonansea empezó a correr unos pasos antes de mitad de cancha, tiró un autopase para pasar a su marcadora, y comenzó a tomar cada vez más velocidad. Las rivales no la podían agarrar y sus compañeras no le podían seguir el ritmo a la jugada. Llegó casi al punto del penal y de zurda —es diestra— la clavó arriba y en el ángulo izquierdo de la arquera que se limitó a desparramarse por el piso.

Francesco tenía la necesidad de contarle sobre Bonansea tantas veces porque Alessandro no escuchaba. Su motivo: llegaba un punto de la charla en el que las palabras no tenían sonido, el mundo dejaba de hacer ruido y se concentraba únicamente en los gestos y movimientos de su novio, porque cuando le hablan desde el enamoramiento y la fascinación, le llama más la atención el cómo que el qué. No lo ignora, escucha menos, pero aprende más. Su cabeza retiene lo esencial. A veces, incluso, le dice que no recuerda para que el ritual se repita.

—No sé qué me estabas contando pero, ¿te acordás cómo fue el gol que le hizo al Atalanta la vez que la conocimos?— le preguntó con una sonrisa burlona.

Francesco le devolvió el pliegue de los labios con una risita cómplice, se paró y empezó a gambetear. Alessandro miró cómo hacía pasar de largo a las personas y cómo corría estático en su lugar. Perdió una costilla cuando no pudo contener las carcajadas que le produjo que su novio se hiciese un rodeo para arriba como el de Bonansea e improvisase una vincha con su collar.

Cuando estaba por definir, Alessandro se paró y le cortó la jugada con un beso. Fue breve, porque Francesco lo empujó, fastidiado porque no pudo meter el gol y porque sintió el ruido de la panza de su novio. No podía ser que tuviese hambre de nuevo. O sí, porque el sol se estaba apagando. Les pasó lo de siempre: como Bonansea, el tiempo juntos vuela.

—El año que viene va a jugar un Mundial, sería un sueño cumplido verla hacer un gol en una Copa del Mundo— dijo Francesco.

—¿Por qué no aprovechás la *Fontana Di Trevi* para desearlo?

Dicen que para volver a Roma, la Ciudad eterna, hay que tirar una moneda de espaldas y con los ojos cerrados a la fuente. Quizás sea allí donde nació la costumbre de pedir un deseo y llenar las aguas de aquel objeto metálico. Francesco cumplió el ritual a la perfección. Tomó aire, respiró profundamente, como si acabase de entregarse a la suerte, y volvió a mirar. Alessandro lo estaba esperando con una sonrisa únicamente superada por el Guasón y dos boletos de avión con destino a Francia, donde se desarrollaría el campeonato.

—No sé qué habrás deseado, pero supongo que una parte ya se cumplió. La otra ya no depende de mí— dijo Alessandro.

Francesco sintió unas ganas viscerales de besar a Alessandro. Esta vez fue más largo, Bonansea no lo pudo interrumpir y el crujido de la panza no pareció un sismo. Se volvieron a hacer dos personas y Francesco le preguntó por qué él no aprovechaba y pedía un deseo. Alessandro agarró una moneda, cerró los ojos y la lanzó. Volvió con su novio que no tenía nada para él.

—¿Qué pediste Ale? ¿Puedo hacer algo para cumplirlo?

—Sí, se me antojó otro sánguche de jamón crudo y queso.



# Naranjas

Grupo C | BRASIL

**U**n calor inaguantable golpeaba el mercadito de frutas de Dois Riachos, una ciudad ubicada al este de Brasil donde no pasa absolutamente nada. Los habitantes son alrededor de 11 mil, todos transpiran. Shaira se dirige ahogada en sudor a su puestito para vender frutas: maracuyá, papaya, guayaba, mango, açai y naranjas redondas como pelotas de fútbol.

Shaira adora los colores del mercado. Llegaba alrededor de las ocho de la mañana y se iba cuando caía el sol y las frutas no brillaban más. No faltaba ni cuando llovía, porque le encantaba ver el agua que embellece las figuras de sus productos. Y tenía asistencia perfecta porque disfrutaba de ver a los niños y las niñas correteando por las veredas.

Aquel día de 1991 llegó más temprano que de costumbre y acomodó todos los cajones al ritmo alegre de la música brasileña. Ni siquiera se dio cuenta. Al darse vuelta, pegó un salto y se le cayeron un par de mangos que pensaba desayunar. Una niña, bajita, con cara de 5 años y descalza, le extendía la mano en dirección a las naranjas con una sonrisa que no le entraba en el rostro.

Shaira entendió el mensaje y eligió la más esférica de todas. Estiró el brazo para darle la naranja y, cuando la soltó para que cayese en la mano de la nena, esta corrió el brazo y la dominó con los pies. La sonrisa era aún más grande que antes. Ahora era la pequeña la que bailaba al ritmo de las maracas y tambores.

Recorrió todo el mercado con la naranja en los pies. Era zurda, pero la derecha no era mero apoyo y también aportaba lo suyo. Entre venta y venta Shaira no le sacaba la vista de encima, estaba maravillada, pero no tardó en darse cuenta de que la única que observaba era ella. Las personas, indiferentes, no la miraban. O peor: ponían cara de haber visto un bicho raro. O, aún peor, hacían como si no existiese. Sin embargo, nada borraba la sonrisa de la nena que les pasaba la naranja entre las piernas, bicicleteaba, se las tiraba por arriba de sus cabezas y salía para donde menos se lo esperaban.

El sol comenzó a irse. Shaira no entendía cómo hizo la pequeña para no parar de correr en todo el día. De repente, la sonrisa se le borró. Un grupo de chicos que decían ser sus hermanos la comenzó a perseguir por todo el mercado para llevarla de vuelta a casa. La niña se puso seria y sin perder la elegancia eludió cada manotazo desesperado de los muchachos. Era más rápida y ágil. Cuando se dieron por vencidos, la niña rió, comió su naranja y los acompañó.

Shaira estaba fascinada. Pero también preocupada. La niña jugaba al fútbol con naranjas en un país donde la pelota había estado prohibida para las mujeres hasta 1979, tan solo 12 años atrás. Esa fruta fue, quizás, el primer acercamiento físico que había tenido la nena a un deporte que —a simple vista era obvio— practicaba muy bien.

Los días, meses y años siguientes, la niña siguió pidiéndole naranjas a Shaira. Fueron tiempos increíbles. La frutera la veía hacer cosas que ni la más grande de las diosas de la pelota hubiese imaginado jamás. Se había armado un grupito de chicos para divertirse con la redonda —porque otras nenas no había— en la calle que bordeaba el mercado. Ella podría jugar para siempre, pero a veces los muchachos la echaban porque era notoriamente mejor que ellos. Entonces la sonrisa de la niña se borraba y un semblante serio se apoderaba de su rostro para pelear por lo que era de ella.

También había niños que disfrutaban jugar con la pequeña. Cuando los chicos elegían, la nena era la primera en ser seleccionada. Con ventaja o sin ventaja, con los más pataduras o los más habilidosos, la chica ganaba. Podía hacer todos los goles sola, dominaba desde una naranja hasta cada centímetro de la calle.

El fútbol terminaba cuando la venían a buscar. O bien cuando se cansaba –rara vez– y se sentaba abrazada a la naranja a leer los diarios que las personas dejaban en los puestitos. A Shaira le parecía extraño que no fuese a la escuela. Un día le preguntó y la niña, avergonzada, le dijo que no podía ir porque no tenían mucho dinero y entonces había decidido aprender a leer y escribir sola. Pero a sus 9 años, haciendo jueguitos con la naranja fue y le dijo a su proveedora de balones que había podido empezar a estudiar y que, en efecto, estaba más adelantada que sus compañeritas.

No hablaba demasiado la niña. Shaira ni siquiera sabía su nombre, pero le encantaba verla jugar. Lo que más le llamaba la atención era su fortaleza: ¿cómo podía ser posible que estuviese sonriendo tanto? No la miraban. La echaban. Le decían que no era para mujeres, que vuelva con las muñecas. Los hermanos querían ocultar su zurda a los vecinos.

Y por eso Shaira descubrió que detrás de esa sonrisa, la niña lloraba. Porque el juego es divertido, pero la sociedad es cruel. Porque no importaba que la pequeña hiciese goles todos los días. No importaba que no le pudiesen sacar ni la naranja, ni la de papel, ni la de trapo. Siempre tenía que demostrar más y más. Gambetear a los prejuicios es, quizás, el partido más difícil.

La niña no se rindió. Todos los días iba en busca de su naranja y Shaira se la daba con gusto y la desafiaba: se la tiraba a la cabeza, al pecho, a las espaldas, a los hombros y siempre, pero siempre, la dominaba. La vendedora se maravilló nuevamente después un millón de veces cuando la niña rompió con cualquier cosa que hubiese visto antes.

Le lanzó la fruta al piso para que pique justo cuando un hombre se acercaba, como si la estuviese marcando. La pequeña la levantó con la derecha, miró para atrás y con la izquierda le pasó la pelota por un costado a su perseguidor. Con un giro copernicano rodeó al señor por el otro lateral. Con la naranja dominada, tiró al piso de una finta a un niño que le quiso arrebatar la fruta. Entre ella y el cajón que hacía de arco se interponía un hombre que compraba maracuyá. Ni se inmutó. El cítrico entró perfecto entre las maderas.

Shaira no paraba de pensar en la nena. Y un día nublado, en la ciudad donde nada pasaba, la niña se le acercó y no le pidió una naranja. Tenía una mochilita armada. Los pies calzados. Le dijo que se iba a Río de Janeiro. La habían invitado a una prueba para entrar a un club profesional. Tenía tres días de viaje en micro porque no podía pagar un pasaje de avión para recorrer los 2000 kilómetros de distancia. Le dio un beso, le agradeció por tanta fruta vivida, la abrazó muy pero muy fuerte y le dijo que se llamaba Marta.

Pasaron tres días. Shaira supuso que habría llegado a la prueba. Pasaron otros tres días. Y otros tres. Y otros tres. Y otros tres. Y pasaron tres años y Shaira no supo nada más de la pequeña. Empezó a sufrir ir al mercado. Como si la nena se hubiese llevado todas las alegrías.

Shaira sabía que la niña no se iba a rendir nunca. Por eso seguía yendo a vender frutas. Quizás algún día aparecería de vuelta y le pediría otra naranja. Sin embargo, nada. La tristeza crecía, la extrañaba mucho. La imaginaba haciendo jugadas inimaginables entre las personas del mercado. El sol no había caído y ya estaba volviendo a su casa. Ni siquiera se acordaba cuántos años habían pasado. Cerró la puerta de la casa. Un fuerte ruido a partido transmitido por televisión la perturbó. De curiosa, pegó la oreja a la pared del vecino y el relator apagó su voz que fue reemplazada por los gritos del Maracaná. Lo escuchó nítidamente, como cuando se lo dijo la nena: “MARTA, MARTA, MARTA”, rugían las gradas.



No se pudo dormir y, cuando decidió por lo menos intentarlo, el despertador sonó. El reloj indicaba las siete de la mañana, debía salir a vender. Llegó al mercado y preparó los cajones de frutas. Agarró dos mangos para desayunar que se le cayeron al piso del susto. Cuando se dio vuelta, un niño le estaba mostrando la tapa de un diario. Al parecer, una tal Marta era considerada la mejor jugadora de todos los tiempos. Incluso Pelé, el astro brasileño, la había llamado “Pelé de Saias”, aunque Shaira bien sabía que ese apodo le quedaba chico.

Le dio los dos mangos al nene y empezó a leer. Su pequeña niña había sido elegida cinco veces como la mejor jugadora del mundo y era goleadora de cada cancha que pisaba. Promediaba más de un gol por partido como en el mercado y había estado en Suecia, donde le enseñó al planeta cómo improvisar y cómo expresarse con una pelota. Era la número 10 de la Selección de Brasil y no solo eso: goleadora histórica de las *verdeamarelas* y ya llevaba 15 naranjazos en los Mundiales, competencia en la que logró un subcampeonato.

Ahora sí la veían.

Mientras leía soltaba una lágrima por cada caracter. Antes de que una manito le doblase el diario, alcanzó a leer que Marta Viera da Silva había sido nombrada embajadora de la ONU para luchar por la igualdad de género y empujar a cada niña a combatir contra los prejuicios guiadas por sus ambiciones para así lograr sus sueños. Quería seguir, pero eligió alzar la vista para ver de dónde provenía el manotazo. Una niña se encontraba señalando las naranjas.

Shaira secó sus lágrimas, tomó la mano de la nena, agarró una naranja y le pidió que la acompañe antes de entregarle la fruta. Caminaron unos metros hasta un muro de piedra gris. La vendedora agarró una piedra y talló en la pared: “Acá nació la mejor del mundo”. La nena miró, sonrió y le dijo que sabía de quién estaba hablando, pero que no sabía por qué alguien podía llegar a ser la mejor de las mejores.

## Grupo C

Entonces Shaira le dio la naranja y antes de soltarla le dijo:  
–Porque Marta con cada gol, cada gambeta, cada caño y con una pasión incalculable, luchó por sus sueños y allanó el camino para que a vos te sea más fácil vivir los tuyos.

# Patear fuerte

Grupo C | JAMAICA

**T**eo Cox es jamaicano nacido en Kingston y se encuentra en el Aeropuerto Internacional Norman Manley a punto de embarcar en un avión que lo llevará a Londres. El pasaje es solo de ida. Tiene 19 años y con su familia acordaron que lo mejor para él era ir a buscar suerte a Inglaterra. Buscar y no probar, porque no tiene nada definido, excepto una habitación del amigo de un pariente lejano al cual no conoce y una recomendación como mesero para algún bar o restaurant que pueda encontrar por *King's Cross*.

En un principio dudó, pero luego de analizarlo en profundidad se dio cuenta de que quería escapar de Jamaica. Estaba aburrido de la rutina diaria que llevaba: levantarse temprano para ir a la universidad y estudiar una profesión que no lo convencía, después trabajaba en un bar que no solía tener clientes y atendía solo, el sol comenzaba a caer y tocaban las clases de español con su padre, que no era un gran docente, y a la noche veía programas de fútbol y escuchaba música, lo único que disfrutaba de su cotidianidad.

Fue la primera vez que realizó un *check-in* y pasó migraciones en su vida. Pero no será la primera vez que viajará por el mundo. A diferencia de las otras ocasiones, está algo asustado. Esta vez no será tan fácil como ponerse los auriculares o sumergirse en un partido de fútbol como espectador, jugador o hincha. Se va a subir a un avión que le cambiará la vida —o eso espera.

Teo no odia Jamaica, pero se quiere ir. Se lleva consigo casi todas sus pertenencias materiales y todo lo aprendido. Nunca se va a olvidar de las enseñanzas musicales de su abuela Abbie: toca el piano con la misma facilidad con la que se lava los dientes y conoce tantos artistas y géneros como la cantidad de pelos enrolados en sus rastas. Tampoco podría olvidarse de las clases de fútbol que le dio su madre Kaliyah: es diestro, se enamoró del rol del número cinco, disfruta con locura ir a la cancha, analiza videos e idolatra jugadoras sin la necesidad de colocarlas en el pedestal de las –inexistentes– personas impolutas.

En sus auriculares suena *Three Little Birds* de Bob Marley que le dice que no se preocupe por nada que todo va a estar bien. De 64 gigas de memoria que tiene su teléfono, 40 son ocupados por Spotify. Otros 12 pertenecen a videos de fútbol, series de deportistas descargadas de Netflix y pdfs con cuentos e historias mundialistas. Para Teo la música y la pelota tienen el poder de sustraerlo de la realidad por largos ratos. Y por eso le gusta tanto.

Encuentra explicaciones a su vida en cada nota y cada jugada. Entiende al fútbol y a la música como herramientas para contar la realidad y transformarla. No podría vivir sin ritmo ni futbolistas, sentiría un vacío enorme que no sabría cómo llenar. La pelota, las canciones y los conciertos son los lugares en donde encuentra refugio y se siente comprendido. Está tan concentrado en la letra de *Zombie* de The Cranberries, que no escuchó el anuncio del retraso de su vuelo y no pudo maldecir por ello.

Sí insultó cuando el aleatorio de Spotify decidió que la siguiente canción sería la del Mundial de Francia 1998, que le recordaba a una de las mayores frustraciones de su vida. Un autocastigo absurdo, dado que no pudo hacer nada para evitarlo. Para esa época su madre ni siquiera sabía que estaba embarazada y su padre Louis no tenía idea de que tendría un hijo al que enseñarle español. Teo se perdió la primera y última participación de los *Reggae Boyz* en una Copa del Mundo. Siempre

dice que su tremendo llanto al nacer fue un grito de guerra que celebró los dos goles de Theodore Whitmore a Japón, la única victoria jamaicana en la historia de los Mundiales.

Spotify lo traicionó nuevamente: *Apologize* de One Republic empezó a sonar. Teo asocia la música a estados de ánimo y experiencias de vida. De acuerdo a cómo se encuentre decide a qué darle play. El sentimiento de culpa recorrió cada lugar de su cuerpo y el miedo por lo que estaba por dejar atrás volvió. En su cabeza, acompañado por el triste piano de la canción, apareció la voz de su hermanita Maeve que le decía: “¿Te vas para siempre?”

Dejó su posición de pensador, alzó la cabeza para limpiarse las lágrimas y descubrió que su vuelo estaba demorado. Creía que si tardaba un poco más en salir, correría aterrado de vuelta a su casa. Para que el aleatorio no aumente sus temores, agregó una canción a la cola: era una pieza de un concierto de la pianista Valentina Lisitsa en el cual interpreta una obra compuesta por el ruso Serguéi Vasilievich Rajmáninov. En la mitad del tema, cuando el piano y la orquesta se combinan para generar una abrumadora tensión, Teo tiene la sensación de estar mecándose en un barco y el cuerpo se le relaja completamente.

Tuvo que pensarlo muchísimo. Fue la decisión más difícil de su vida. Cuando subiese al avión ya no habría vuelta atrás y él se habría tirado de clavado desde un trampolín de 47 metros de altura sin saber si había agua esperando abajo. Se iba a convertir en un extranjero en una ciudad que únicamente conocía por su fútbol. Había leído historias acerca de las *Dick, Kerr Ladies F.C.*, el primer equipo de jugadoras en recorrer el mundo y conocía a Fran Kirby, la futbolista del Chelsea que logró que se interesara por el *Stamford Bridge* a pesar de que ella hiciese de local en el *Imperial Fields*. Le gustaba el fútbol de las *Lionesses* y planeaba ser capaz de recorrer la ciudad con el mismo despliegue con que la marcadora de punta Lucy Bronze recorre el lateral.

Las historias sobre jugadoras le dan fuerza y lo ayudan a combatir su miedo a despegar. Todas la tuvieron difícil y absolutamente todas lucharon para jugar al fútbol. Muchas de ellas debieron emigrar. ¿Cómo no se iba a animar a volar si pensaba en futbolistas? Spotify, que lo venía pinchando, le dio un pase gol: *Strike Hard (Reggae Girlz)* interpretado por Cedella, Stephen y Damian Marley se metió en su lista de reproducción.

Esa canción le traía recuerdos hermosos: el año anterior las *Reggae Girlz* habían clasificado al Mundial de Francia. Son las primeras caribeñas en participar de una Copa del Mundo y debutarán en las tierras galas, lo cual redujo notablemente la frustración de Teo por no poder haber visto a los *Reggae Boyz*. Y lo invitaba a soñar, porque de estar al borde de la disolución del equipo en 2014 pasaron a quedar terceras en la Concacaf y asegurarse el boleto de avión al campeonato del mundo. El casi final, fue el comienzo, ¿y él no se iba a arriesgar?

El movedido ritmo de la canción lo lleva siempre a las tribunas del *Toyota Stadium* de Texas, junto a su hermana. El 17 de octubre de 2018, Jamaica jugó contra Panamá por el tercer puesto para decidir quién clasificaba directo y quién debería jugar el repechaje con Argentina para ir a Francia. Teo no olvidará nunca el consejo que le dio la pequeña Maeve: “Mirá a la número 10, se llama Jody Brown y tiene 16 años. Es diestra y muy rápida. Antes corría hasta la meta como Usain Bolt, pero eligió el fútbol y cambió la pista por los goles”. ¿Y él le tenía terror a la decisión de cambiar su vida? Capaz le sale tan bien como a Brown.

Maeve no se equivocaba. La diez fue elegida como la mejor jugadora joven del torneo y terminó como la goleadora de las *Reggae Girlz*. Aquella tarde, Jody Brown la rompió. En el primer tiempo desbordó y tiró un centro para Khadija *Bunny* Shaw, que cabeceó con fuerza y puso el 1-0. A los 74 minutos, la panameña Natalia Mills empató el partido y forzó el alargue. Las jamaicanas estaban a punto de hacer historia y Maeve

lo sabía: “Acordate, prestale atención a la diez”. No había terminado de decirlo que Brown puso un derechazo al primer palo por debajo de la arquera Yenith Bailey, que se quedó tirada como cuando terminó la tanda de penales, igual de triste, porque Jamaica se llevó el bronce y porque el gol que había hecho Lineth Cedeño a los 115 para empatar el partido sólo sirvió para extender el doloroso final.

Jody Brown, como la canción indica, había pateado fuerte. Todo el camino de vuelta a casa se lo pasó preguntándole a Maeve acerca de la diez. Su hermanita, divertida, le contó que no sabía mucho, pero que seguro se fascinaría con los tres goles que le hizo a Cuba aquel torneo o con los cuatro que le convirtió a los 12 años a Anguilla. Es la primera jugadora en anotar un Póker en un campeonato Concacaf sub-15.

La canción le encantaba, pero el recuerdo de su hermana lo ponía algo triste. Maeve era de las pocas personas con las cuales podía abrirse del todo y la dejaría atrás. Pero aparece Jody Brown para eludir las penas, porque se acuerda de que su hermanita, también aquella tarde y bajo la lluvia, le contó que la joven jamaicana había jugado en el equipo de su colegio primario. Ella era la mejor jugadora y la única mujer. ¿Y él se iba a sentir solo y extraño entre los ingleses? No, debía ser fuerte como Jody.

Maeve lo había ayudado a tomar la decisión a pesar de no querer que se vaya. Era su pequeña Jody Brown. A veces las personas necesitan un impulso para animarse a vivir nuevas experiencias porque lo desconocido aterriza y lo nuevo incomoda. La canción de los hijos de Bob Marley terminó. Teo se sacó los auriculares porque le pareció haber escuchado el llamado de abordaje. Miró una última vez hacia atrás, pero la vuelta a su casa no lo atrajo. Aprovechó el empujón de su hermana y le entregó el pasaje de avión a la azafata. El partido de su vida cambiaría radicalmente, pero estará listo para definir como Jody Brown: abajo y a la derecha, sin olvidarse jamás de patear fuerte.







Inglaterra  
Escocia  
Argentina  
Japón



Grupo D



# Las hijas de Nettie Honeyball

Grupo D | INGLATERRA

**E**n invierno la lluvia de Londres es molesta. No diluvia, pero tampoco llueve poco. Y llueve seguido. Sale el sol, se nubla, llueve, vuelve a salir el sol, se nubla, llueve. Hace mucho tiempo dejó de ser impedimento para que cada uno siga haciendo lo suyo. Los londinenses son al paraguas lo que los uruguayos al termo. Los planes no se cancelan, la pelota sigue rodando.

Ese domingo llovía, clima propicio para una batalla épica: la pelea por la cancha. Once varones contra once mujeres, ambos lados promediaban los 14 años. El equipo victorioso ganaba el horario, el espacio y el respeto. Estaban llenos de barro, las pibas con la camiseta blanca de Inglaterra y los pibes con una bordó del West Ham. La pelota corría rapidísima, las habilidosas patinaban con cada filigrana, los arqueros derrapaban con sus atajadas, las delanteras no podían patear con firmeza y los volantes no podían ver bien el pase con el agua que empañaba sus ojos. La árbitra estaba cegada y era permisiva, excepto con el reloj.

Los pibes hicieron un gol y se metieron atrás. No paraban de bajar a las chicas en cada situación de peligro. Los tiros libres no querían entrar. Palo, travesaño, volada espectacular del arquero. La once de las mujeres golpeaba el piso, frustrada. La siete se miraba los botines para que se afirmen en cada gambeta. La arquera insultaba para arriba por el pique defectuoso del remate del ocho de ellos que terminó en gol. La número cinco cal-

culaba los minutos que faltaban para ir al descanso y regular su despliegue. La directora técnica pensaba, analizaba, no se inmutaba ante las burlas del entrenador rival, su hermano, que toda la vida había tenido un complejo de superioridad en lo futbolístico.

Él era empresario, verborrágico, adulator, burlón, extrovertido y le gustaba este deporte. Ella, exjugadora, entrenadora recibida, sencilla, estratega, pensadora y rigurosa. Nunca le interesaron los comentarios ridículos, pero surgió el desafío y la cancha era importante para sus alumnas porque tenían que poder entrenar en la semana y jugar los domingos con una tribuna para que las pudiesen ver. Estaba tranquila a pesar del mal resultado porque sabía exactamente qué decirles a sus dirigidas en el descanso, su hermano se confiaría con la mínima y perdería el partido. Tenía una carta secreta, una historia que solía contar maravillada en su casa, la que la llevó a ser futbolista y la que ninguna había escuchado nunca. Ella, como Fara Williams, se había escapado de su hogar para dedicarse a la pelota.

El pitazo de la árbitra indicó el cierre de la primera mitad y dio lugar al comentario burlón del hermano. Las chicas miraban el piso, tenían las piernas golpeadas sin poder identificar si era barro o moretón, la camiseta ya no era blanca y se quejaban de sus pelos revueltos y desordenados. Donde ellas veían nubes y lluvia, la entrenadora solo podía ver sol y cielo celeste. Las nenas estaban desorientadas, no entendían qué pretendía aquella mujer.

—¿Y esas caras? Si ya ganaron el partido, ¿por qué tan tristes?— preguntó sonriendo.

La número siete miró a la diez, que miró a la dos, que miró a la tres, que miró a la ocho, que miró a la cinco, que las miró a todas preguntándose a qué se refería. Estaban perdiendo, la pelota parecía estar embobada con los pibes, hasta la árbitra tenía casaca bordó. La arquera capitana se adelantó a las palabras mudas de sus compañeras y dijo: “Pero profe, ¿usted también nos va a hacer burla?”.

La risa que soltó fue tan fuerte que paralizó al hermano que, acto seguido, clavó los ojos en la nuca de su hermana. No le gustaba esa confianza, entonces fue a encararla para desanimarla.

—¿Qué pasa?, ¿ya no sabés qué hacer? Dale que hay que salir a jugar— dijo mientras los purretes lo aplaudían.

—Primero que nada no podés estar acá, estoy hablando de táctica y fútbol. Segundo, me quedan diez minutos para contarles una historia a mis chicas. Por favor, volvé para allá.

Las nenas se dieron la pera contra el piso, los pibes se rieron más aún y el entrenador se sonrojó, volvió de donde había venido y llenó de insultos a sus jugadores que no lo habían defendido. Las chicas esbozaron sonrisas y enderezaron su postura. Los chicos se tragaron la curva de sus labios y se encorvaron del susto.

—¿Qué nos va a contar, profe?— preguntó la once, la más atrevida.

—Que ustedes ya ganaron porque son las hijas de Nettie Honeyball, son luchadoras de la vida. Miren sus pelos revueltos, son leonas con melena. Y allá van las cebras que no saben si son blancas con rayas negras o negras con rayas blancas. Ustedes los van a cazar.

—¿Tenemos dos mamás?— preguntó la dos, la más cuestionadora.

—Desde el momento en que eligieron ser jugadoras tomaron el camino de las guerreras, porque siempre van a tener que pelear. Cada vez contra menos obstáculos y con más facilidades, pero siempre anteponiendo la pasión ante cualquier cosa y eso, queridas, es lo más importante. A mí me lo enseñó Nettie Honeyball, la mujer que en 1895 organizó el primer partido de fútbol de mujeres de la historia en la cancha del *Crouch End Athletic*.

La número siete miró a la diez, que miró a la dos, que miró a la tres, que miró a la ocho, que miró a la cinco, que las miró a todas y comprobó que cada una estaba mirando a su entre-

nadora, al acecho de lo que se venía. Ni habían nacido que esa demente creó el *British Ladies Football Club*, el primer equipo de futbolistas mujeres del mundo mundial. Y qué atrevida esta Honeyball, que publicó un anuncio en un diario para convocar jugadoras y 30 se presentaron.

—Profe, profe, ¿qué ropa usaban?, ¿era tan linda como nuestra camiseta de Inglaterra?— preguntó la nueve, que le gustaba vestirse bonito.

—¿Te pusiste a hacer jueguitos con sombrero alguna vez? Bueno, ellas tenían que correr con la pelota y evitar que se les caiga, porque si no se paraba el juego. No tenían botines, usaron botas. Ese shorcito que tenés ahí tenía forma de pollera y la camiseta era una blusa como tu pijama.

—¿Pero es verdad esto, profe?, ¿somos sus hijas? A ella le iba bien y nosotras estamos perdiendo— dijo la número tres.

—De a poco. A Nettie y las suyas no les iba siempre bien. El equipo se desarmó porque no tenían más plata para financiarse y nadie las apoyaba. El dinero de Lady Dixie, que era su sponsor de la realeza se agotó. Hicieron una gira por el Reino Unido. Y viajar no fue siempre alegría, porque lugar al que iban lugar en el que las desestimaban. ¿Una mujer jugando al fútbol? Imposible. La lucha contra los prejuicios es la más difícil de todas y ustedes la están batallando hace mucho. Lo más lindo es que lo hacen por amor y pasión al deporte y eso es más fuerte que cualquier resultado desfavorable que enfrenten.

—Pero profe, la pelota no quiere entrar. Entendí la parte de que somos luchadoras, ¡pero no podemos contra todo! Nos pegan terribles patadas, nos burlan, la árbitra nos cobr...

La número dos no pudo terminar porque la mirada de la entrenadora la mató, pero con la velocidad de un amago de cintura, la dureza se volvió ternura y con los ojos vidriosos replicó:

—Ustedes tienen la habilidad de cambiar el mundo.

Nadie dijo más nada, excepto la jueza que llamó a los equipos al campo. Los pibes salieron relajados y confiados, pero las

chicas estaban diferentes. Las piernas ya no les dolían, las miradas eran desafiantes, la espalda derecha y la frente en alto, los botines bien apretados, la lluvia rebotaba en sus cuerpitos creando un efecto aureola. Se habían hecho gigantes.

La número dos se quedó atrás, simulaba estar atándose los cordones porque tenía una pregunta más que le corroía la cabeza:

–Profe, ¿cómo salió el primer partido de mujeres?

–No te lo voy a decir porque lo vas a descubrir ahora, pero te voy a dar una pista: si hoy fuese aquel 23 de marzo de 1895, estaría empezando el segundo tiempo.

La número dos volvió a entender y pegó un rugido que hizo temblar el Big Ben. No la pasaron ni una vez, ni las veían los contrarios. El hermano no podía ni burlarse. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete goles y el pitido final. Los chicos se miraron y coincidieron: saludaron a cada jugadora, las felicitaron, les pidieron jugar más seguido y las aplaudieron hasta que les salieron cayos.

El cielo comenzó a despejarse y el sol agrandó la figura de la entrenadora que, con una sonrisa, recibió a su hermano. Él, derrotado, le preguntó qué era lo que les había contado. Ella orgullosa de sus jugadoras, lo miró fijo y con tono burlesco le preguntó:

–¿Vos pretendías ganarles a las hijas de Nettie Honeyball?

*Verita entró a mi cuarto mientras yo escribía y me dijo que también había escrito algo. Tenía dudas, si quedaba mejor en primera o en tercera persona. Le pedí que me lo lea: había investigado sobre Escocia y se mandó ella solita a hacer un cuento. No tenía ideas sobre este país. Me empezó a leer y se me mojaron un poco los ojos. El primer acto de valentía es escribir, el segundo es compartirlo: seguro le hayan molestado algunas de las observaciones que hice. Las charlamos, agarró la compu y magia de vuelta. Vera es arquera, de esas locas que no le tienen miedo a nada, ¿vieron? Es de esas arqueras que te enseñan a volar bien alto.*



# Las niñas perdidas

Grupo D | ESCOCIA

Por Vera Lorenz

**L**a niña se encontraba leyendo en el sofá con los pies sobre la pelota. Se llegaba a visualizar un Peter Pan en la tapa del libro y por cómo movía las páginas parecía no ser la primera vez que lo leía. Efectivamente, era la séptima. Aunque no se detenía a ver las imágenes, Effie puso el meñique sobre una y meditó: “Ser un niño perdido también puede significar no ser encontrado”. Cerró el libro y recorrió con el dedo las doscientas y pico de hojas por las que hacía poco rato caminaba con la mirada. Sintió cada papel rozar su yema y sonrió mientras su cabeza permanecía pensando.

Abrió su computadora y miró su fondo de pantalla. Sus dientes relucieron de alegría. Apreciaba a sus guerreras corriendo por la cancha albanesa festejando su victoria mientras pensaba lo contenta que la ponía recordar que habían clasificado al Mundial de Francia. Parecían niñas, como ella. Parecían niñas, como Peter. Suspiró. Miró su tarea sin hacer. Bufó. Se acostó y cerró los ojos. Roncó. Hay muchas formas de exhalar el aire.

Despertó al día siguiente con un grito de su madre. Tenía una excursión y había que levantarse más temprano de lo habitual. Tiró un par de palabrotas al aire y se tropezó. Se llevó puesta la pelota. Más palabrotas. Se arrastró escaleras abajo mientras reía y pensaba que mientras sus idolas conducen el balón, desequilibran, meten goles y se alejan sacándose la camiseta; a ella el balón la desestabilizaba, corre cuando se viste

y está a punto de matarse por no llegar tarde al micro. Lo que pueden llegar a ser los detalles.

El viaje la aburría, entonces agarró su celular y empezó a ver videos. Su compañero Ewan estaba un poco molesto porque no estaba prestándole mucha atención, pero le divertía ver sus reacciones. Observaba cómo abría mucho los ojos, separaba sus labios y con la mano derecha se tomaba la cabeza. Miraba cómo soltaba suspiros consecuentes a maravillas futbolísticas, porque sí, obvio que estaba mirando jugar a las escocesas.

“Faaa, mirá ese caño. Mirá cómo la pisa por favor, NAAAA PERO MIRÁ DÓNDE LA COLGÓ”, exclamaba la niña. Se cayó del asiento. “Bueno, cosas que pasan”, pensó mientras agarraba la mano que le tendía su compañero entre risas. No paraba de ver esas jugadas que le brindaba su pésima conexión porque, obviamente, las imágenes se detenían justo cuando la magia iba a suceder. Tal vez Peter Pan le diría que faltaba polvo de hadas, pero ahí sobra. Pensaba en que hay muchas formas de volar porque Gemma Fay, por ejemplo, lleva volando más de 200 partidos de un palo al otro con 37 años.

En un momento ya ni los videos arrancaban, entonces Ewan le dio su celular y siguió viéndolos con ella. Después de que él se cayera al piso también, este le confesó que nunca había visto fútbol femenino y que estaba muy sorprendido. Effie nuevamente abrió muy grandes los ojos y empezó a mostrarle todo, fue una catarata de imágenes recopilando jugadas, caños, goles y lujos de sus favoritas. Le contó que la selección escocesa había clasificado a Francia. Le contó cómo Jane Ross faltando pocos minutos para la finalización del partido metió el gol que las clasificó y cómo ella se llenó de orgullo.

Llegaron poco después del deleite. Dieron un par de vueltas por la ciudad y entraron al Museo Nacional de Escocia. Muchos estaban enojados porque, como iban con el profesor de educación física, se ahorran toda la sección de robótica. Otros se enojaron porque les parecía un desperdicio tener el Holyrood

Park tan cerca y ni siquiera visitarlo, decían que era como ir a la Torre Eiffel y no al Arco del Triunfo. A Effie no parecía importarle mucho, la verdad. En ese momento estaba concentrada en que la pelota que había llevado Ewan a escondidas pasara entre las piernas de la gente que caminaba por la senda. El museo podía esperar. Además, ya lo conocía bastante bien.

Resultó ser que el guía Lawrie sabía mucho y lo volvía más interesante. Hasta se rieron. Quién lo diría. Al final sí pasaron por la sección de robótica, pero era aburridísima. Por suerte para los niños fue muy rápido, casi ni estuvieron ahí. Lo que sí les gustó fue el pasillo donde exponían algunos trofeos, y el hombre les comentó que existía una organización que premiaba a los deportistas más distinguidos del país y los invitó a ver a los ganadores.

Nuevamente dependía de internet ya que todo se encontraba en el sitio web. Por suerte le prestaron un celular porque, si no, se perdía todo. En la página principal llegó a ver a Sir Chris Hoy y a Kenny Cairns. Pero a medida que investigaba se iba entristeciendo. Veía que sus compañeros encontraban a muchos de sus ídolos, que también eran los suyos, pero ¿y las suyas? Apenas llegó a ver una cara conocida, y ni siquiera. Era Rose Reilly, una de las leyendas del fútbol femenino. Pero ya no jugaba más. Faltaba, faltaba mucho. “Les falta mucho”, se dijo para sus adentros.

Lawrie le contó que ella era la única futbolista reconocida por esa organización. Al ver la indignación de la niña, le tocó el hombro y le dijo que podía nominar a quien quisiese para darle una oportunidad. Nuevamente Effie abrió mucho los ojos. Agarró el celular y empezó a escribir. Sí que lo hizo. Iba a hacer encontrar a sus niñas perdidas e iba a hacer volar a todos del asombro. ¿Cómo no iban a conocer a Kim Little?, si es considerada una de las mejores jugadoras del mundo. ¿Y a Julie Fleeting tampoco la conocen?, es la goleadora histórica de Escocia, convirtió 116 goles en 121 partidos y sigue, ¿les parece

poco? Estaba furiosa, no paraba de escribir. Puso a cada una de las jugadoras que pasaron por la selección y recordaba, estuvo un largo rato anotando todo lo posible hasta que el profesor la llamó. Al final puso a su estrella, a Erin Cuthbert.

Ella. Ay ella. Tenía apenas 7 años más que Effie y ya jugaba en la Selección. Era una de las promesas del Chelsea y metió el primer gol de Escocia en un torneo femenino de categoría absoluta. La elogiadísima entrenadora de la selección, Shelley Kerr, la eligió abanderada para su primer Mundial femenino ya que creía que, además de destacar futbolísticamente, tenía esencia pura escocesa. “Y es que sí, a esa chica la hicieron con cardos, muchos Peters Panes, algunos Conan Doyles y la tejieron con tartanes. Seguro le metía caños a Nessie, el Monstruo del lago Ness”, pensó. Es que cualquiera miraba a Erin y entendía su enamoramiento. Esa chica bailaba con la pelota, jugaba.

En el viaje de vuelta se las nombró todas a Ewan que la escuchaba. Lo disfrazó de Campanita, su compañía estrella para recolectarlas. Él también le contó que había puesto en el museo a una futbolista que conocía y jugaron un rato largo a adivinar quién era. Effie casi muere en el intento. En un principio, porque no podía creer que se estuviera olvidando de alguien; pero después, cuando Ewan le dijo que era una chica de 13 años llamada Effie Glenn, falleció de la vergüenza.

Ese día podría decirse que volvió a casa feliz. Abrió la puerta, pasó por la cocina, dobló en el pasillo, observó su pijama tirado, pateó la pelota que la había hecho caer y se tiró en la cama. Abrió su computadora, miró el fondo, sonrió y les dijo: “Bienvenidas a *Nunca Jamás*. Nunca jamás van a estar perdidas de nuevo”.

# La diez no baila sola

Grupo D | ARGENTINA

**E**l ruido que hizo la lamparita al romperse fue terrible, se hizo añicos como la alegría de Ayelén. La nena de nueve años tuvo que bajar de la cima: en la soledad de su cuarto, su estadio de fútbol, había recortado de derecha al centro a su osito de peluche, gambeteado a sus cuadernos de la escuela en dirección a la medialuna de la alfombra que hacía de área y, cuando su mochila estuvo a punto de sacársela, en el último segundo la dejó atrás con un quiebre de cintura y sacó un remate potente que dio en el marco de la cama, el ángulo del segundo palo. Nadie agarró el rebote y la redonda de trapo fue a parar al velador. Pasó de la euforia de haber desparramado a tres rivales, al miedo intenso por el reto que estaba por recibir de Julieta, su mamá.

Julieta no sabía que Ayelén jugaba. Es más, ni sus amigas lo sabían. No se lo contaba a nadie porque tenía miedo. Las cosas que le iban a decir si se enteraban. No, no podían saber. Ella gambeteaba en su cuarto y en secreto. Le dolía estar sola pero era feliz con su pelotita.

Empezó a escuchar los pasos de la madre que subía por las escaleras para ver qué había pasado y se paralizó. Cuando mamá abrió la puerta, se encontró con una Ayelén agachada y con los brazos que tapaban su cara y orejas, una pelota de trapo y con un caos que, al cabo de unos segundos, entendió que tenía un propósito.

Ayelén, luego de unos eternos minutos en su posición de defensa, notó que no le dolían los oídos por el grito que nunca llegó. Tímidamente y aún con miedo al reproche, empezó a correr los brazos y por la rendija vio que los cristales de la lamparita ya estaban en el tacho de basura. Sorprendida, terminó de abrir la guardia y se encontró con que su mamá la estaba esperando sentada en el marco donde había rebotado la pelota, con una especie de artículos en la mano. Se acercó y Julieta le empezó a mostrar: eran noticias de jugadoras de fútbol. El mundo se le dio vuelta.

En 1971, unas futbolistas como ella habían ido a jugar un Mundial sin médico, sin preparador físico y ¡sin entrenador! Fue en México y el estadio no era una habitación, se llamaba Azteca, era una bestia arquitectónica y las locas que allí veía con camiseta a rayas habían jugado un partido contra Inglaterra frente a más de 100.000 personas que lo hicieron temblar y parecía que se derrumbaba ahí no más.

Y ella sola, en su cuarto.

También notó que aquel 21 de agosto Argentina había ganado 4-1 con cuatro goles de Elba Selva a quien, como le explicó su mamá, le decían *La Maestra* por la calidad que tenía en los pies. Siguió leyendo nombres: Ofelia Feito, María Ponce, Susana Lopreito, María Fiorelli, Marta Soler, Angélica Cardozo, Zunilda Troncoso, María Cáceres, Virginia Andrada, Betty García, Blanca Bruccoli, Eva Lembessis, Marta Andrada, Virginia Catanio, Zulma Gómez y Teresa Suárez. ¡Eran un montón!

—¿Por qué nunca supe de las jugadoras de fútbol, mami? Pensé que yo era la única.

—Porque lo que no se nombra no existe, Aye.

—Y estas mujeres ya no juegan, deben ser grandes, ¿se extinguieron las futbolistas?— preguntó al borde del llanto.

Julieta estalló de la risa y le respondió:

—No Aye, ellas empezaron todo. Vos, por ejemplo, sos su sucesora. ¿Sabés que vamos a hacer? Te voy a llevar a ver jugar a

la Selección y, por el desparrame de cosas que veo acá, te recomiendo no sacarle el ojo de encima a la número diez.

—¿Esa quién es? ¿Por qué? ¿Qué hace?

Y Julieta le empezó a contar que Estefanía Banini era una chica como ella, que también, desde chiquita, lleva la pasión en sus pies; que en Mendoza empezó a gambetear, pero con varones, y recién cuando fue adolescente se metió en un equipo de pibas, Las Pumas de Mendoza; que jugó en Chile, Estados Unidos y hoy lo hace en España; que con su casi metro sesenta se las ingenia para ganarles a las jugadoras más grandes en tamaño y que, además, es una atrevida porque les pisa la pelota en la cara y no se la pueden sacar.

Ayelén abría los ojos más y más. La curiosidad la mataba, no paraba de preguntar. Al rato mamá se cansó, le dijo que el 8 de noviembre iban a ir a la cancha de Arsenal de Sarandí para ver a Argentina jugar contra Panamá y le dio un último consejo: “Si algún día jugás contra ella, no la dejes patear, tiene una derecha increíble”.

Dos semanas faltaban. Ayelén no perdió tiempo y siguió gambeteando en la soledad de su cuarto con la cabeza puesta en Banini y el partido. Estaba contentísima. Además mamá le había prometido buscar donde jugar, pero había que esperar hasta después del partido porque Julieta sostenía que Aye todavía no había aprendido lo más importante del fútbol y la primera enseñanza de la pelota.

La cancha estaba repleta. Ayelén no entendía nada: jugadoras, gritos, aplausos, cantitos, árbitras, bancos, pelotas, banderas, muchas, pero muchas personas. Explotaba el lugar. Eso era un estadio. Al momento de cantar el himno la vio: allí en la fila, bajita, el número diez en la espalda y la cinta de capitana en el brazo abrochada bien firme. El pecho de todas estaba inflado, algunas incluso no podían contener las lágrimas. Era un día especial.

Le encantaba estar en la grada, le temblaban las piernas, quería jugar, quería estar con todas ellas, con la diez. No podía de-

jar de mirar a Estefanía. Y eso que ella tenía muchas ganas de ver la escena completa. Pasa que la mendocina jugaba a algo distinto, la tenía cautivada. Sin posición determinada, se movía ágil y libre por el mediocampo, trataba de tocarla siempre, aunque cuando podía gambeteaba y se perfilaba para la diestra. Aye sentía que la muchacha buscaba estar un paso adelante del resto para edificar las jugadas y dejar a sus compañeras en condiciones óptimas.

El pase a las compañeras Ayelén no lo conocía. Bah, directamente no tenía noción acerca de tener compañeras. En su cuarto siempre gambeteaba, gambeteaba y gambeteaba todo lo que tenía delante, pero, ¿pasarla? ¿A quién? Ella jugaba sola. Tenía una sensación extraña. Ya cuando la diez erró el penal y dos futbolistas que no eran ella habían hecho dos goles para que Argentina estuviese ganando se le hizo un nudo en la garganta. ¿Qué era eso? Algo quería decir, no sabía qué.

En el minuto 48 del segundo tiempo, el nudo empezó a aflojar. Estefanía había levantado el nivel. El partido reposaba, cada tanto un destello de la diestra. Panamá tenía una jugadora menos, la diez gambeteaba más libre por el campo y el arco se hacía más grande, las once de Argentina no perdían la pelota, estaban agrandadas. Y le llegó un pase a la enana.

La jugada empezó con Banini recostada por la izquierda, cerca del área. Tenía una panameña en frente, hizo un recorte de derecha hacia el centro y apareció otra de rojo: la gambeteó en dirección a la medialuna del área. Ayelén, en la tribuna, imitaba sus movimientos como si estuviese en su cuarto. Se desesperó porque cuando apareció la tercera rival, Aye ya había quebrado la cintura, un segundo antes de que lo hiciese la diez. Ya sabía lo que iba a hacer, sabía como terminaría: con el velador roto. De todas formas pateó. La pelota subió, pasó por encima de la arquera y dio en el ángulo del segundo palo. Ayelén soltó una lágrima cuando la vio rebotar en el travesaño, picar y salir. Cerró los ojos y esperó escuchar el ruido del cristal rompiéndose.



Pero no hubo ruido a velador roto. Se hizo silencio y empezó a escuchar un alarido de gol *in crescendo*. Se unió al coro y gritó tan pero tan fuerte que sacudió la tribuna y varias de las personas que saltaban y alentaban la miraron alarmadas. Estaba eufórica, no entendía qué había pasado y le pidió a la mamá que le explique. Tras el pique, Amancay Urbani había agarrado la pelota, pateó pero la arquera la atajó y, en el rebote, apareció Yamila Rodríguez que la empujó al fondo de la red. La diez no estaba sola. Tenía compañeras, tenía en quien apoyarse, porque para dar un pase necesitas a la otra y ella te va a devolver la pared siempre y cuando estés ahí para recibirla.

Ayelén sintió como el nudo se iba por completo, la miró a Julieta y le dijo:

–Mamá, quiero jugar a la pelota para siempre, porque creo que ahí nunca más voy a estar sola.



# Llorar no es olvidar

Grupo D | JAPÓN

*Japón, 11 de marzo de 2011. 2.46 pm.*

**L**os nipones comenzaron a sufrir el terremoto más fuerte y trágico de su historia: 9.0 grados Richter, más de dos minutos de duración. Se originó a 10 kilómetros de profundidad, a 125 kilómetros de la costa oriental del país y a 380 kilómetros de la capital Tokio, que también tembló. 30 millones de habitantes corrieron por miedo a la muerte a pesar de ser uno de los países mejor preparados para los sismos. Shinjuku, una de las estaciones de tren más transitada del planeta, se llenó de seres humanos con desesperadas ganas de retornar a sus hogares, como si, por llegar a sus casas, pudiesen escapar del sentimiento que les devoraba el cuerpo.

El terremoto fue acompañado por un tsunami que golpeó las costas de la región de Tōhoku, ubicada en Honshu, una de las islas principales de Japón. Por la fuerza del movimiento, el territorio se desplazó aproximadamente dos metros y medio y los días nipones se acortaron en microsegundos. Las olas de hasta diez metros de altura dañaron viviendas, dejaron casi destruidas a otras tantas y el resto convertidas en escombros. Los barcos terminaron arriba de los edificios. Las calles del norte se inundaron. Más de 15 mil personas murieron y más de 2500 desaparecieron. La marea también provocó incendios en varias zonas de Tōhoku, tales como Iwate, Miyagi y Fukushima.

Esas dos últimas fueron las áreas más damnificadas por el desastre natural. Al terremoto y al tsunami se le sumó un estado

de emergencia producto de daños en plantas nucleares. El terror a que ocurra una catástrofe similar a la de Chernóbil en 1986 provocó que el estado japonés ordenara evacuar las ciudades.

Los funerales fueron masivos.

*Tokio, 15 de marzo de 2011. 5.33 pm.*

El tsunami se llevó a Yoruichi Uchiha. La familia de la mujer rodeaba el ataúd y lloraba como si fuese la última oportunidad de dejar caer lágrimas. Dos días antes habían ido a Ibaraki, de la región Kantō, con la esperanza de hallarla con vida. Yoruichi había viajado para pasar dos semanas con una tía muy querida de esa zona de la costa. No sabía que la esperaba una catástrofe.

Querían despedirla de manera apropiada y realizaron el *Nokan*, una práctica shintoísta de los japoneses que creen en que cuando se deja el mundo de los vivos hay tres opciones: el cuerpo se dirige a los confines del mar, a un lugar llamado *Nirai Kanai* en dialecto Okinawa, a la cima de una montaña que se pueda divisar desde el campo más cercano o el destino que eligió la familia Uchiha, que consiste en una tierra oscura y contaminada, llamada *Yomi No Kuni*.

La catarata de lágrimas de los Uchiha comenzó a caer más lento, en sintonía con los suaves movimientos del *Nokanshi*, la persona encargada de realizar el ritual. Vistió de blanco a Yoruichi, la maquilló y lavó. Había que purificar el cuerpo que se dirigía a un lugar lleno de impurezas. Entre las pertenencias que llevaría consigo, su novia Rukia Hatake había implorado que esté la camiseta número diez de Japón.

Rukia era la única que no lloraba. Compartía una creencia budista que piensa en la transitoriedad de la existencia humana. Pensaba que Yoruichi iría a un lugar mejor y ella, durante los cinco años que estuvieron en pareja, había querido el bien para su novia. Y sinceramente no compartía la idea de la fami-

lia Uchiha, porque una persona tan hermosa e increíble como Yoruichi no podía ir al putrefacto *Yomi No Kuni*.

No podía llorar. No lo hizo ni cuando se enteró de la noticia, ni en el funeral y no pensaba hacerlo nunca porque creía que la olvidaría. Había escuchado por ahí que la mejor forma de recordar a un ser querido era pensar en todas las cosas buenas que habían vivido. No iba a sentirse mal, Yoruichi estaría mejor cuidada por Amida, una forma de buda, en el Paraíso Occidental. Y su novia la cuidaría a ella en su forma espiritual, la vida continuaría normal.

La quería muchísimo. Se conocieron en 2007 en Alemania, tenían 20 años. Los profundos ojos negros de Rukia escanearon a Yoruichi de arriba abajo, de abajo arriba. Sintió un profundo impulso que la llevó a sentarse a su lado y descubrirla en aquel bar de Berlín. No sabía que la muchacha de pelo negro con flecos blancos también la había mirado.

Nunca recuerda en detalle de qué hablaron, quizás por el alcohol o quizás porque la temática no le interesaba. Ella le mintió por primera y única vez a Yoruichi cuando le respondió que sí a la pregunta que le había lanzado con voz juguetona: “¿Te gusta el fútbol?”. No podía decirle que no, cortaría el clima de confianza que habían generado y peligraría su vuelta juntas al hotel. Sin embargo, el profundo amor desde el cual le habló Yoruichi, la cautivó. Ese año en China se estaba disputando un Mundial y había charla de sobra. Le contó cómo Alemania ganó el Mundial en 2003, por qué ella creía que lo haría nuevamente ese año y cómo ansiaba ver campeona del mundo a Japón. Y también la pinchó por primera vez, porque le dijo que estaba enamorada de Homare Sawa. Yoruichi, desde entonces, no paraba de molestarla, se daba cuenta de que a Rukia un poco de celos le provocaba la jugadora.

Ya de vuelta en Tokio, la primera juntada consistió en ver jugar a las Nadeshiko, puntualmente a la diez y capitana Sawa. Metro sesenta y cinco de altura de puro fútbol. Yoruichi le

bombardeó la cabeza con información. Que era el pasado, presente y futuro de Japón, que ella creía que llegaría a jugar seis Mundiales y hasta ganar uno, que pasaría los 200 partidos con la camiseta azul y que seguramente estaría cerca de los 90 goles cuando deje el seleccionado. Tan buena era que debutó a los 12 años en la primera liga japonesa, a los 13 en Japón y a los 17 en un Mundial, Suecia 1995.

El fútbol era el refugio de Yoruichi y lo había compartido con Rukia, que se encariñó con la pelota por haberse enamorado en Berlín. No podía no llevarse la diez de Homare Sawa, tenía que contarle su historia a Amida en el paraíso.

*Tokio, 27 de junio de 2011. 4.45 am.*

En Alemania todavía es 26 de junio, son las 8.45 pm y, en el *Cup Stadium de Frankfurt*, casi 49 mil espectadores escuchan el pitido inicial que da comienzo a la final de la séptima edición de la Copa del Mundo en la que juegan Japón y la bicampeona Estados Unidos.

Sin dormir, Rukia se sentó en su cama con su taza de té negro como en cada encuentro de la Copa. No la había llorado nunca. Rukia la extrañaba mucho. Justo ese año las Nadeshiko tenían que llegar a la final habiendo ganado todos los partidos salvo uno y encima en Alemania.

El Mundial no la había enloquecido, pero la final era distinta, era el sueño de Yoruichi. Paulatinamente el pulso se le aceleraba, los minutos se hacían interminables y cada jugada peligrosa era un sobresalto. De los nervios se comió las uñas y no había dado ni un sorbo al té. Al minuto 69 se paró el corazón: Megan Rapinoe puso un bochazo para Alex Morgan que definió cruzado para el 0-1. Los ojos se le aguaron un poco.

Se acercaba el final y la tristeza crecía, hasta que Haya Miyama hizo el gol del empate en el minuto 81 y Rukia volcó

el té del salto que pegó. Revivió de golpe. Miró para el costado para encontrarse en los ojos de Yoruichi, como cada partido que vieron juntas. Pero se encontró con la pared vacía, como en cada partido de ese Mundial.

Empezó a darle cucharadas al helado a velocidades inhumanas. Miraba pasar los minutos y cada segundo pensaba en Yoruichi, en lo que hubiese sido ese partido con ella y en lo poco que le importaba el fútbol hasta conocerla. Estaba por terminar el primer tiempo de la prórroga y una de las máximas goleadoras nivel selecciones, Abby Wambach, recibió un centro de Alex Morgan y cabeceó para poner el partido 1-2.

Quedaban 15 minutos. Rukia estaba angustiada, cansada, agotada. Tenía que ganar Japón. No por ella, por Yoruichi. Sentía ganas de llorar, pero las reprimió como cada día desde que dejó de escuchar la voz de su novia. Tres minutos quedaban. Córner para Japón. “Es esta”, pensó. Las estadounidenses eran altas y ellas bien bajitas, pero no era imposible. Empezó a temblar y partió el centro al primer palo. Tardó un año en llegar la pelota de Miyama, le pareció que quedaba corta y lo dio todo por perdido. El desinterés por el fútbol volvía a nacer porque la había decepcionado como impartidor de justicia. Sin embargo, gol.

Fue un instante, si parpadeaba se lo perdía. Una jugadora de azul había corrido al primer palo y la pelota terminó adentro. Le había dado con el borde externo del pie, casi que con el taco y la arquera ni siquiera la vio pasar. En el festejo identificó a Homare Sawa como la autora de la proeza y entonces sí, Rukia estalló en llanto.

Lo había guardado por mucho tiempo. Se sentía horrible, quería sacar todo el dolor que tenía encima en esas lágrimas. La extrañaba mucho. Los meses previos al Mundial habían sido una tortura y ella intentó continuar como si nada, pero no podía. Quería fundirse en un abrazo, en un beso, en un grito de gol con Yoruichi.

## Grupo D

La noche ya era oscura en Alemania, el sol salía en Japón y el pitido que indicaba los penales sonó. Estaba aliviada, lista para afrontar lo que venía y se sobresaltó. Sintió que unos brazos la rodeaban. Se dejó envolver por esa sensación y cerró los ojos para abrir paso al sueño. Una mujer, a lo lejos, comenzó a caminar hacia su dirección. No se le veía el rostro, pero la identificó por el perfume de rosas cuando se le acercó a su oído y con voz juguetona le dijo: “¿Por qué tanto miedo a llorar? Sentirse mal, ayuda a sanar. Por suerte está Homare, que te va a cuidar mientras yo no estoy”.

Abrió los ojos desesperada. Buscó a Yoruichi con la mirada y sus ojos negros se encontraron con los de Homare Sawa, que levantaba la Copa del Mundo bajo una lluvia de papel dorado.





Canadá  
Camerún  
Nueva Zelanda  
Países Bajos



Grupo <sup>2</sup>E



# Jugadora perenne

Grupo E | CANADÁ

*A Fernet*

–Metí un cabezazo a lo Christine Sinclair, chabón.

–Gordo, ¿qué boludez estás diciendo?– acotó Pitu, el enano.

–No, otra vez no, la concha de la lora– exclamó Lautaro.

–No te soportamos más. En Twitter, en Instagram. Paré un poco con el fútbol femenino– rogó Seba con tono burlón.

–¿Dónde está el vino?– preguntó la Leyenda.

–Bue loco, amigos de la gorra, ¿no les puedo contar nada?– se defendió el Gordo.

–Es verdad que metió tremendo cabezazo hoy, déjenlo hablar. ¿Quién es esa?– preguntó Mateo.

Era de noche y estaban como de costumbre en la terraza de la casa de Lautaro. Hacía calor, una humareda no dejaba que se vean los rostros colorados por el vino y la cerveza. Las panzas estaban llenas después del asado, pero empezaron a hacerse lugar para comer algo más en unas horas. Había un molesto olor a matamosquitos. Javier, iluminado por las lamparitas que colgaban de pared a pared, estaba sentado en una esquina tratando de tocar la guitarra mientras Ian, el primo del Gordo, le pedía que por favor conectase el celu al parlante y pusiese algún tema porque le estaba asesinando las orejas en su intento de hacer música. Esos dos ni siquiera se percataron de que se venía una historia de fútbol femenino ni de que Ariel, el Capi, se había ausentado a la noche ritual post ganar la promoción y

defender la categoría porque tenía, nuevamente, un cumpleaños vaya a saber uno de quién.

—Es una jugadora como mi cabezazo: perenne— dijo orgulloso el gordo.

Lautaro estalló en una carcajada, la Leyenda se volcó el vino encima, Seba golpeó la mesa con bronca y se sacó la remera, Javier le gritó que era un vendehumo, Ian subió el volumen del parlante y Rex, el perro de la casa, gastó uno de los pocos ladridos que le quedaban para preguntar qué pasaba. Pitu, nuevamente, acotó:

—Ya dijo una pelotudez.

—Contá, contá— pidió Mateo, fastidiado porque no sabía qué significaba esa palabra, pero divertido por la reacción de los chicos.

El Gordo no necesitaba nada más, con que uno lo aprobase le bastaba para contar una historia. Le pidió a su primo que baje el volumen o mínimo pusiese una canción que acompañe su narrativa. Anticipó varias veces lo increíble que era esta jugadora, lo que produjo risas de sus amigos porque, a pesar de haber cabeceado al mismísimo ángulo, él era un perro, por lo cual la analogía era incompatible.

Los chicos se asombraron cuando les contó que Sinclair debutó a los 16 años en la Selección de Canadá, en la Algarve Cup del 2000. Hicieron cuentas y quedaron atónitos: el tiempo que la jugadora llevaba en su equipo nacional equivalía a sus años de vida. Hace casi 20 años que es jugadora de las *Canucks*. Aparte venía practicando, no es como el *Big Bang* que sucedió y listo, que apareció la goleadora y ya. La muchacha había arrancado a los cuatro años a patear la pelota y también a batearla: como su hermano jugaba al béisbol, ella se sintió atraída y decidió probar.

—¿Y bateaba fuerte?— preguntó la Leyenda con el cadáver de la botella de vino agarrado como si fuese un bate de béisbol apuntando en dirección a la cabeza de Javier.

–Como Pitu cuando rompió el cajón peruano de un saque– respondió el Gordo.

Cruzaron miradas y coincidieron en que debía tener mucha potencia. Y el Gordo, consciente de que los había atrapado, les contó que por suerte había optado por el fútbol, porque si no el mundo se hubiese perdido a una de las mejores goleadoras de la historia.

–Pará Gordo, ¿quién sos, boludito?– sorprendió Mateo, que no siempre le da risa cuando su nueve se agranda.

Y sí. ¿Quién carajo era el Gordo para compararse con Sinclair? La jugadora con más presencias y más goles de las *Canucks*, que además, le pisa los talones a Abby Wambach, la más goleadora del mundo mundial en selecciones de mujeres y hombres. “Pero la estadounidense se retiró y la número 12 de Canadá puede romper el récord”, aclaró mientras Pitu pedía un encendedor. Aprovechó y le explicó al enano que él también tenía algo en común con la crack: ambos eran capitanes de sus equipos.

–Ah, pero si tiene algo en común conmigo entonces es tremenda bestia– dedujo Pitu.

–Bue, andá a cagar. Contando el Mundial de Francia, lleva cinco Copas del Mundo y tres Juegos Olímpicos. Y escuchá: en 2002, en el Sub-20 que se jugó en Edmonton, clavó diez goles. O sea, fue la goleadora y todavía no le rompieron el récord. Se mandó otro ahí también, le metió cinco a Inglaterra en cuartos de final. Quedaron segundas. ¿Vos qué hiciste aparte de comerte tres expulsiones en cuatro fechas?– replicó el Gordo.

–Ay, el periodista, mirá cómo sabe– lo burló la Leyenda.

–Ah, pechacha, como el fresco de Messi– le dijo Mateo, que sabía que se iba a calentar.

Lejos de enojarse, el Gordo les contó que en la semifinal de los Juegos Olímpicos de Londres 2012, le hizo tres a Estados Unidos, pero que las yanquis, que son animales, les hicieron cuatro a Canadá y perdieron. Pero que a él no le importaba por-

que Sinclair era una crack y en ese torneo de doce goles de las *Canucks* ella había hecho seis. “Ese año, además, se convirtió en la primera futbolista, incluso antes que los varones, en ser premiada con el *Lou Marsh Award* como la atleta canadiense del año”, agregó el narrador.

–Pero, ¿a dónde querés llegar con esto, Gordo?– preguntó Javier.

Antes de continuar con el relato, esbozó una sonrisa porque habían picado el anzuelo.

–Lo interesante, chicos, es que a esta jugadora le dedicaron un himno antes del 1900– dijo el Gordo.

–Otra vez, dijo una pelotudez– gritó Pitu y alegó con sus brazos que cerrasen todo mientras el resto de los chicos intentaba recuperar el aire perdido por haberse reído tanto. ¿1900? Pero si estaban en el 2019. Imposible.

–Uh, claro, yo escuché una vez algo así. En realidad me lo dijo un conocido amigo de un amigo de mi tío, vieron que yo soy un tipo del mund...

–¡Callate, Seba!– gritaron al unísono.

Sabían que iba a decir cualquier invento y querían que el Gordo terminase de contar la historia de una vez por todas. Se acomodó en su silla, respiró hondo y les dijo que todo había comenzado en la llamada *Guerra de los Siete Años*, que se desarrolló desde 1756 hasta 1763. Inglaterra y Francia estaban emulando una especie de T.E.G, donde se disputaban la supremacía del mundo conocido, pero de juego de mesa no tenía nada y el tablero era considerablemente más grande. “¿Y qué carajo tiene que ver Canadá en todo esto?”, preguntó la Leyenda. El país de los arces tiene el inglés y el francés como lenguas oficiales, y fue en aquella guerra cuando la Canadá británica derrotó una ciudad importante de la Canadá francesa: Quebec.

Esa batalla, entre otras tantas, inspiró al poeta, profesor y compositor canadiense Alexander Muir. Una tarde cami-

naba por Canadá con su amigo George Leslie, al que le cayó una hoja de arce en el hombro. Muir estaba encascado hacía varios días con que quería escribir un poema bien, pero bien patriótico, de esos que hacen hervir la sangre de los más termos nacionalistas. “Tu poema tiene que estar basado en la hoja de arce, *ma friend*, ¿no ves que estamos repletos de estos arbolitos?”, le dijo Leslie. Contento y entre copas de vinos decidió tomar el consejo de su amigo y llamó a su canción *The Maple Leaf Forever*.

—O sea, la hoja de arce por siempre— aclaró el Gordo para los que no sabían inglés.

—¿Y pero Sinclair qué tiene que ver?— preguntó Seba, ansioso.

El Gordo les explicó todo el lío que se armó porque la canción fue considerada demasiado pro-británica y que por eso no llegó a ser himno nacional. Pero que para él eran unos boludos, porque no pudieron entender que Muir había tenido una epifanía y había hablado de la jugadora perenne, la goleadora que hace goles dulces como el sirope, la misma cuyo nombre está inscripto en el Paseo de la Fama Canadiense, la gran Christine Sinclair. Y que en realidad James Wolfe, el intrépido héroe que ayudó a conquistar Quebec, era una metáfora de la número 12 que algún día conquistaría el fútbol. Que, además, la hoja de arce que está en la bandera de Canadá representa la fortaleza de sus habitantes para superar conflictos, como Sinclair con las defensoras.

—Hay una parte del coro que no se entiende un carajo, ahí Muir intentó representar lo que es un grito de gol, porque por aquel entonces no había canchas. Él lo visualizó en su epifanía y lo imaginó como un grito de guerra, que es más o menos lo mismo.

—Pero, ¿para qué mierda nos contas esto?— preguntó Pitu.

Al Gordo siempre le gustó el suspenso, entonces decidió callarse por unos segundos y ver las caras expectantes de sus amigos. Esperó que Lautaro dejase de toser y bancó a Seba que

## Grupo E

estaba buscando un encendedor. Se preparó para recibir gastadas y dijo:

–Porque, boludo, ustedes son como Christine Sinclair, la jugadora perenne. Son como la hoja de arce, un símbolo nacional. Y porque son como la hoja de arce de la canción de Alexander Muir. Ustedes son para siempre, loco.



# Ojos que no ven, corazón que sí siente

Grupo E | CAMERÚN

¿Ojos que no ven, corazón que no siente? ¿Quién dijo esa ridiculez? Pobres los ciegos, que los privaron de sentir. La persona que la formuló por primera vez seguramente no haya escuchado hablar de la la vieja Najdela, una mujer de 105 años que nació y vive en Camerún. Ella es la hinchita número uno de Christine Manie, la capitana de la Selección. La vieja perdió la vista y aprendió a contar historias que hacen estremecer a los más chicos, en especial a su querido Kofi.

La vieja bruja, como la llama el pequeño, quedó ciega cuando tenía 19 años. Estaba jugando al fútbol en las calles de Garua, fue a cabecear un centro, tropezó con una piedra y se dio un fuerte golpe en la cabeza. Se levantó en un hospital y lo único que vio fue oscuridad. Los médicos le explicaron que había perdido la visión y que por una casualidad la pelota había terminado en gol, como para alivianar las penas.

Fue duro para Najdela. Los colores se apagaron, las letras de los libros se hicieron relieve, todos los días era de noche, no volvió a jugar al fútbol, la universidad fue un infierno y no pudo ir más. Estuvo mucho tiempo sin salir de la casa porque no quería chocarse con nada y se negaba a usar bastón. Hasta dejó de ir a la cancha, una actividad que le encantaba: gritar los goles del Coton Sport la ponía como loca.

Pero dejó de ir al Estadio Roudé Adjia. En vez de eso empezó a escuchar los partidos por radio, porque con los años

aprendió a ver con las orejas. Kofi llegó a su vida de casualidad cuando ella estaba por alcanzar el siglo de existencia: meditaba en la puerta de su casa y un pelotazo impactó cerca suyo. Tímidamente un chico se acercó, miró un rato su piel de acordeón, le pidió la pelota y le preguntó: “¿Para qué son esos anteojos negros si no hay sol?”. Y ella le contó que eran para tapar sus ojos, que no le servían porque había conseguido ver con los sentidos del cuerpo.

Kofi le dijo que eso era imposible. La vieja le prometió que si la iba a visitar de vez en cuando, ella le contaría por qué estaba equivocado y le probaría que no le hacía falta la vista para ver. El chico se fue a jugar al fútbol un rato más y, cuando su madre lo llamó para volver a casa, fue a donde estaba Najdela y se despidió con un “hasta mañana”. La abuela, que sabe generar interés, le pidió que se acerque y le palpó la cara para no olvidarse de su rostro: “Tenés ojos celestes y piel de catorce años”. El nene se quedó paralizado, saludó nuevamente y se fue duro como una baldosa. Lo que no sabía es que la bruja había escuchado durante el día las cosas que comentaban sus amigos entre ellos.

14 horas después, volvió a la casa de la vieja dispuesto a aprender sobre sentir y no ver. Najdela le palpó la cara y le dijo que no se había bañado porque olfateó el olor a mugre ni bien la saludó. Kofi le confesó que se lo había hecho a propósito porque su madre le había contado que cuando una persona pierde la visión es probable que sus otros órganos sensoriales se agudicen. La bruja rió y le dijo: “Yo aprendí a ver con mis sentidos cuando descubrí a Christine Manie, la defensora de Camerún”.

Kofi no la conocía. Curioso como todo niño le hizo la pregunta más importante: “¿Por qué?”. Najdela respiró profundo y se dispuso a narrar la primera vez que le temblaron hasta los órganos después de perder sus ojos. La número dos del seleccionado ya había hecho algo importante para la vieja. Las Leonas Indomables clasificaron a los Juegos Olímpicos de Londres 2012. Fue la primera vez en la historia que las camerunesas par-

participaron de esa competencia. Manie, una defensora que disfruta del gol, había convertido de penal en el partido de vuelta de la última ronda clasificatoria ante Nigeria, la más ganadora de la Copa de África. Ese tanto les permitió ir a la definición desde los 12 pasos y sacar el boleto para Inglaterra.

Pero ese fue un antecedente, porque lo que la abuela no le para de agradecer a la defensora es que con uno de sus goles le permitió sentir lo que es que las mujeres de su país participen de un Mundial de Fútbol. Era 2014, Costa de Marfil y Camerún empataban 1-1 en el Estadio Sam Nujoma de Namibia. El que ganaba clasificaba a la final de la Copa de África, pasaje directo al Mundial de Canadá. Najdela estaba comiendo *ndelé*, un estofado de verduras, mariscos y cerdo, a velocidades exorbitantes producto de la ansiedad. Un tanto y estaban, no quería ir a penales porque le podía dar un infarto. Y entonces córner.

Paró de comer y alzó las orejas. El bullicio del estadio se apagó y escuchó el remate seco de la lanzadora. Percibió perfectamente los pasos de la defensora: uno, dos, tres y dejó de oír. Había saltado. El ruido de los hinchas presentes se apagó de nuevo y el sonido del testazo la dejó sorda. Minuto 118: golazo de Manie. Y la vieja lo había visto completo con sus oídos y saltó con sus decrepitos músculos ayudada por la defensora. El plato a cualquier lado, Camerún al Mundial. El cuerpo casi se le rompe de la emoción.

“¿Pero qué me estás contando, vieja bruja?”, le replicó Kofi, con sorpresa pero emocionado por lo que le acababan de narrar. ¿Cómo iba a enterarlo? Si ya sabía de eso, los varones jugaron siete Mundiales, no iba a dimensionar lo que significaba para ella. Cuando perdió la vista lo importante pasó a ser sentir y, por eso, nunca dejó el fútbol, porque está lleno de emociones fuertísimas y el Mundial es el clímax, el momento cúlmine de los momentos cúlmnes. Camerún llegó a octavos y Najdela hasta el infinito. Cuando pasaron de grupo, la vieja casi se muere de un ataque al corazón.

Kofi no estaba tan seguro de poder ver sin ojos y de que sea posible sentir tanto como la anciana. Pasaron los días y la vieja le seguía contando cómo aprendió: se apoyó en la música, pedía que le leyeran libros y que la lleven a pasear mientras le describen el camino. Escuchar, escuchar y escuchar. Pero Najdela no podía sacar al chico del ver para creer e ingresarlo en el creer para ver y sentir. Sin embargo, seguía visitándola porque era una experta del oído, materia importante para aprender de la vida a través de las personas.

Un día Kofi llegó y le preguntó por qué le gustaba tanto Manie. Najdela le explicó que en parte se sentía como ella porque la defensora también había dejado la escuela. No la podía pagar y se entregó al fútbol, así como ella abrazó la ceguera. Se instaló en Rumania para dedicarse a la pelota y ella se quedó en su país para aprender a ver sin ojos. La sentía cercana. Sentía, eso era. El muchacho, que ya estaba por cumplir 18 años, esperó a que terminase y le dijo: “La verdad que yo todavía no te creo. Mirá si la vas a haber visto cabecear. Vos sabes que yo necesito ver para creer. Compré estas entradas para el tercer puesto de la Copa África, creo que si ganamos vamos al próximo Mundial”. La vieja bruja tanteó los tickets y se puso a llorar. Se abrazó al muchacho y le pidió perdón, porque tuvo que palpar para creer y no confió en su verdad.

Hacía décadas que no iba a la cancha. Se convenció de su no condición de saco de huesos y viajó con Kofi a Ghana para ver el partido. Llegaron al Estadio de Deportes de Costa de Cabo y el chico se sorprendió cuando la vieja bruja le señaló quién era Manie. También le dijo que la cancha no estaba repleta porque escuchaba con excesiva claridad los movimientos de la dos. Y terminó de sorprenderse cuando la abuela recorrió las gradas sin su ayuda y sin chocarse y se sentó sin problemas.

Najdela recordó por qué era tan feliz en una cancha. Los olores, los gritos, la adrenalina palpable en el aire, los latidos acelerados de los corazones, el llanto, los ruidos a pelota. Kofi

la miraba hacer muecas en las jugadas de peligro, reír en los fi-ruletes y enojarse con un mal pase. A la vieja el cuerpo se le sacudía constantemente, se comía las uñas, se paraba, cantaba y tosía cuando la voz le raspaba la garganta. Era como si toda la energía de la cancha estuviese concentrada en esa señora, a punto de explotar.

Con los dos primeros goles de Camerún la vio describir a la perfección cómo habían sido las jugadas, en dónde empezaban y cómo terminaban. Cuando Kofi le preguntaba cómo lo hacía, ella se limitaba a responder: “Escucho todo”. El movimiento de sus aritos ayudaba al muchacho a entender hacia donde apuntaba las orejas y se daba cuenta qué sonido le interesaba más. Casi se cae del asiento cuando Najdela dejó quieto todo el cuerpo para volver a empezar a sentir, como cuando sacás del medio. El tema es que lo hizo antes de que descuente Malí y repitió la hazaña previo al gol en contra de Aurelle Awona que puso el partido 2-2.

Cuando Gabrielle Onguene puso el partido 3-2, la vieja volvió a agitarse, ansiosa, como si todavía faltase algo. El muchacho cada tanto tocaba a la vieja y sentía correr la sangre por el cuerpo desgastado, vibraba esa señora. Cada vez que Las Leonas Indomables se acercaban al área los músculos se le tensaban y las venas de un azul más oscuro que su piel negra se le marcaban en el cuello, como si fuesen a estallar. Najdela emanaba sensaciones.

Al minuto 90, una jugadora de Malí hizo una falta apenas unos pasos delante de mitad de cancha y Manie se paró como para patear. Najdela le agarró la mano a Kofi y le dijo: “Cerra los ojos así lo vemos juntos”. La vieja bruja le iba dando indicaciones. “Imaginá”, le dijo. La delantera agarró la pelota. “Hacé silencio y escuchá su respiración, está agitada”, le indicó. La jugadora se acomodó, besó balón y sonó el silbato. “Sentí cómo llena de aire los pulmones para darle fuerte”, le comentó. El remate lo sacudió como un cañonazo. La anciana lo abrazó bien

## Grupo E

fuerte, con tal vehemencia que casi le parte los huesos, lo dejó sin aire y le marcó los dedos en sus brazos. El sonido de la pelota cortando el aire era música, acelerada y flotadita, con el volumen suficiente para superar a la arquera. Gritaron gol antes de que entre, porque la habían visto venir. Enlazados con sus brazos, así como estaban, Kofi vio sin los ojos. Y a Najdela la felicidad la sobrepasó, otra vez al Mundial, otra vez Manie. Su cuerpo no aguantó la cantidad de sensaciones y su corazón, esta vez, dejó de latir.

# Sonrisas matutinas

Grupo E | NUEVA ZELANDA

—¿Alguna vez vas a dejar de sonreír?— preguntó Sebastián.

Laura estaba cocinando y el tibio sol de la mañana le pegaba en la cara que todavía no estaba del todo despierta. Los ojos risueños y un poco achinados lo miraron a Sebastián con intención asesina porque esa pregunta ya la había hecho una millonada de veces. Y la respuesta era siempre la misma: “Sonrío porque es rebeldía y lucha”. Esa mañana tuvieron un desayuno fuerte. El único ruido era el del cuchillo cortando la fruta para el licuado que acompañaría algo que su compañero todavía no había logrado dilucidar.

—Y ahora menos voy a dejar de sonreír. Estuve leyendo sobre *Work and Travel* y me crucé a una neozelandesa que se llama Ali Riley. Parece que tiene cosidos los labios a las orejas la tipa.

Era su último amanecer en Argentina y habían decidido invertir en el desayuno. Una anomalía en sus vidas cotidianas porque estaban ahorrando hacía meses para irse y no se permitían ningún gustito, las expensas los acogotaban. Sebastián le preguntaba tantas veces si algún día iba a dejar de sonreír porque él estaba siempre triste, lo echaron del trabajo y no conseguía otro, se mudaron a un departamento mucho más chico porque no podían costear el alquiler del que habitaban en Villa Crespo y en una manifestación en repudio a los aumentos del transporte, la policía había vuelto a reprimir y en el despiole

mató a su hermana. La sonrisa de Laura era de las pocas cosas que lo ayudaba a pensar en positivo.

—¿Riley? ¿Cómo llegaste a ella? ¿Qué tiene?

—Es futbolista. A las jugadoras de Nueva Zelanda les gritan “Vamos Kiwis” cuando juegan, supongo que Google asoció. Mientras dormías escuché un podcast que hace con otras jugadoras que se llama *Girls with balls*. Una genia total.

Sebastián golpeó en chiste la cabeza contra la isla y Laura soltó una risa tierna. Ella amaba demostrar sus conocimientos, pero una vez que arrancaba no paraba y si bien Sebastián disfrutaba de escucharla, todavía tenía la almohada pegada en la cara como para procesar mucha información y sabía que ella era una devoradora de datos. No había ninguna chance de que Google la haya mandado a una futbolista, estaba seguro de que lo mínimo que había hecho era aprenderse las once titulares y en dónde vivían, sus participaciones en Mundiales, Juegos Olímpicos, en qué estado estaba el fútbol en Nueva Zelanda, qué cancha iban a tener más cerca y por el equipo que podían hinchar.

Igual estaba bien, porque se iban a recolectar kiwis y tendrían tiempo para disfrutar de las ciudades. Lo planearon por mucho tiempo y aprovecharon sus pasaportes italianos que otorgan visas ilimitadas para irse a Nueva Zelanda. Ambos estaban cansados de su vida de ciudad en Buenos Aires y querían cambiar de ambiente, probar otras cosas y quizás volver. Pero el plan era quedarse y la nostalgia los había atacado fuerte. Tampoco dejaban demasiado atrás, pero se criaron, estudiaron, lloraron, amaron, vieron campeón a Racing, todo, todo en Argentina.

Pegaditas a la puerta de la cocina estaban las valijas y sus bolsos de mano, completamente reventados, no entraba ni una birome más. Mientras Laura terminaba de cocinar lo que a Sebastián le parecieron panqueques por el olor que emanaba la olla, él se encargó de revisar más o menos veinte veces



de que no se olvidaban nada, hizo el *check-in online*, verificó absolutamente todos los documentos, puso la mesa, prendió la radio para despertarse un poco más y volvió a preguntar sobre Riley.

Laura, que estaba concentradísima en que los panqueques salieran perfectos, le hablaba y lo miraba cada tanto. Obviamente, sin dejar de sonreír. Había decidido molestarlo toda la mañana. Aparte, después de haber visto un par de videos de Riley entendió que era posible mantener la curva de forma ininterrumpida. Estaba entusiasmada con subirse al avión, la estaban pasando mal. Era saltar al vacío de alguna manera porque no sabían con qué se iban a encontrar del otro lado del mundo. Para aplacar los nervios le dijo:

—Y mirá. Nació en California la loca, pero el papá es neozelandés. Se calzó la pilcha de las *Football Ferns*, llegó a ser capitana. Se mudó varias veces encima. Dentro de Estados Unidos para estudiar en Stanford y romperla en el equipo universitario, de ahí se fue para Suecia y de los frescos esos se mandó para Londres y ahora juega en el Chelsea. Recorrió el mundo como la banda, es zurdita, marcadora de punta, pero jugó en el medio también. Crack, terrible lomo tiene para el fulbo.

La había stalkeado en Instagram durante un ratazo, leyó y escuchó entrevistas. Se había quedado con una frase: “Amo pensar en formas de ayudar a inspirar a las personas”. Y Laura se dijo: “Riley, me atrapaste”. Nunca había imaginado que una marcadora de punta la pudiera pinchar por ese lado. Pero para pasar al ataque tenés que ser valiente, la mitad de la cancha es como el horizonte y te estás mandando a terreno desconocido.

—Necesitamos tener aunque sea un poquito de la actitud de Riley. Son como 37 horas de vuelo, 18 de escala, ¿estás listo?— le dijo Laura.

—Ojo que yo también me preparé temas para hablar, no me midas que termina en una batalla campal esto. Ya bastante vamos a competir por quién junta más kiwis.

—Na, pero en competencias no tenés chances. Tres Mundiales jugó, boludo. Dos Juegos Olímpicos. La Champions League. Te paso el trapo. Hizo una asistencia sobre la hora para que en Alemania 2011 empaten con México. El primer punto de la historia de Nueva Zelanda en Copas del Mundo. Mansa kiwi recolecté.

Sebastián cedió, por esa vez, y preguntó por los panqueques, pero Laura le dijo que todavía faltaba un poco. Ella le pidió que prendiese un rato la tele para ver si daban algún partido o algún resumen del finde, le habían dicho que Messi había hecho un golazo y que las pibas del Barcelona y el Atlético de Madrid habían reventado el Wanda Metropolitano.

Faltaba poco para que venga el remis, Sebastián comenzaba a desesperarse. Laura siempre había sido la relajada de los dos, él se estresaba con cualquier situación, no estaba tranquilo nunca, siempre planificando las cosas meticulosamente. Ella lo ayudaba a dejarse llevar, tenía una especie de poder. Arrancaba a contar sus problemas, Laura lo acompañaba y cuando le hablaba era como sumergirse en un spa, pensaba con mayor claridad. En especial cuando charlaban de fútbol.

— ¿Sabés que le escuché decir también?— le preguntó Laura.

—A ver.

—Que lo que le encanta del fútbol es que le da luz a la vida de las personas. ¿Qué tul?

El fútbol y los Mundiales. Ellos se conocieron en un bar viendo un amistoso Argentina-Brasil del masculino y se miraron en toda la corrida que hizo Messi para clavarla en el ángulo. Se enteraron que ambos eran hinchas de Racing y fueron juntos a la cancha. De ahí en más la pelota nunca dejó de rodar, veían y analizaban como 15 partidos por semana, dormían poco porque en algún momento tenían que laburar. Pero como mucho trabajo no había, en el último tiempo el balompié fue su mayor felicidad. Apostaban cafés, desayunos, almuerzos y cenas dependiendo qué jugador hacía más goles o qué equipo iba a ser el ganador. Eran amantes de la competencia.

–Bueno, prepárate que se vienen los panqueques– anunció Laura.

El sol había subido un poco pero la luz la seguía iluminando, a esas horas Sebastián la veía a Laura particularmente hermosa. Empezó a caminar hacia la mesa con la bandeja que tenía dos vasos con una sustancia bordó rojiza, una torre de panqueques, cuchillo, servilletas y un frasco de miel con forma de osito. Una despedida acorde, un comienzo potente. Como para desbordar y pisar el área siendo marcadora de punta. Nunca habían comido eso y Sebastián se preguntó qué le había picado. Cuando le armó la lista de compras se sorprendió, pero ella le había dicho que se iba a lucir, que confíe y no haga preguntas.

La miró con cara de que lo estaba gastando, su primer panqueque tenía huecos que formaban una sonrisa. Laura se rió. La masa cedía sin problemas ante el cuchillo, la miel hacía brillar la comida. Era súper empalagoso, pero el licuado de banana y frutos rojos ayudaba a pasar todo perfecto, sin problemas.

–Te zarpaste, está buenísimo esto. ¿De dónde lo sacaste?– preguntó.

–Del Instagram de comidas de Ali Riley. Se llama *Love 2 eat 2 love*. También sube ejercicios porque quiere inspirar a las personas para que lleven una vida saludable comiendo riquísimo. Y muestra fotos de sus cambios físicos, terrible parrilla tiene.

Los dos se rieron muy fuerte, terminaron de comer y Sebastián levantó la mesa para ir a lavar los platos. El sol le pegaba en la cara, el agua le acariciaba las manos. Laura hizo una alabanza cuando vio el gol de Messi en la tele. Él miró por la ventana mientras frotaba y pensó en lo que estaban dejando atrás y las cosas que lo tenían mal. Pero, como Laura y Ali Riley, no podía dejar de sonreír.



# Arte de seducción

Grupo E | PAÍSES BAJOS

**S**i Sócrates, el filósofo griego, solo sabía que no sabía nada, el holandés Elías Van Nitrof solo sabía que sabía todo. Para él el arte es la vida y cree conocerla de punta a punta, en especial la Edad de Oro holandesa, allá por el Siglo XVII, y las pinceladas de Vincent Van Gogh de finales del XIX. No deja nada afuera: conoce las pinturas, las esculturas, los arquitectos, los autores de los libros y todo lo que el arte pueda llevar consigo. Es su obsesión y orgullo más grande. Y también su primer defecto.

Él cree saberlo todo. A sus 12 años entendió que su vida estaba resuelta: tuvo la suerte de nacer en una familia de clase alta y, como único hijo, heredaría todo. Vive sin otra preocupación que estudiar arte, su pasión. Le encanta monologar y sacar chapa de lo que sabe. Tanto pero tanto hay en su cabeza que no hay espacio para las historias de otros.

En esa soberbia se sumerge día tras día desde los 17 años, cuando empezó a tomar cerveza y creyó que no necesitaba aprender nada más de la vida. No falta nunca a su cita vespertina en el bar *De Twee Zwaantjes*, ubicado en Ámsterdam sobre la calle Prinsengracht, a metros del Museo del Queso y con vista al canal. Se sienta en la barra del local de madera, pide una pinta roja y coloca un cartel: “Invito al que desee saber de arte a tomar asiento”. Lo consigue: es un bar visitado por extranjeros con oídos ávidos para escuchar y conocer.

Elías tiene 23 años y es la primera opción antes de visitar una casa de turismo. Describe con tanto lujo de detalles que cree que luego de una cerveza con él no es necesario visitar lugares como el *Rijksmuseum*, la Casa de Rembrandt o el hogar *Willet-Holthuysen*, la vivienda de la pareja que tenía una obsesión profunda por el arte e hicieron de su masión un museo. “No alquilen bicicletas, tómense unas pintas con Van Nitrof”, ese es su lema.

Pero los rumores no se quedan quietos, se suben a las bicicletas y recorren cada calle y cada canal. Cuando el nombre *Elías Van Nitrof* sonó en los oídos de Tamara Spitz, lo primero que hizo fue dudar. No tenía sentido lo que escuchaba, no podía haber alguien que supiese todo y que además pensase que no tenía nada más que aprender. La intriga la dejó sin uñas y decidió que al día siguiente se pegaría una vuelta por *De Twee Zwaantjes*. Desde donde lo mirase ganaba: con 21 años ella viajó desde Barcelona para aprender sobre la cultura holandesa. No sólo cumpliría su objetivo, sino también conocería a un chico que desde el comienzo del partido le llamó la atención.

El reloj marcó las 18 en punto, Elías pidió su cerveza, colocó el cartel y esperó en la barra a alguien que quisiese escucharlo para así cumplir con su rutina. Pero lo que no sabía es que aquella persona sería Tamara, una española fanática del Barcelona, cuya pasión era jugar al fútbol y analizar jugadoras desequilibrantes, de esas que cuestionan y rompen todos los esquemas establecidos.

Tamara entró y lo reconoció al instante. Espalda erguida, pecho inflado, delgado, mirada altiva y un cartel de invitación. Pidió una cerveza, se presentó en inglés sin perder el acento y se sentó a su lado dispuesta a escucharlo.

Elías no paraba de hablar, quería sorprenderla. Con un inglés perfecto, empezó por el arco de medio punto romano y el Coliseo, siguió con las esculturas apolíneas de los griegos, la perspectiva renacentista y la cotidianidad del barroco holan-

dés. La llevó por cada recoveco de la historia del arte mientras Tamara escuchaba.

Lo paró en seco. Los dedos fríos de la culé se posaron en sus labios y tomó la palabra:

-Yo conozco una artista que vos no.

La cerveza nunca había tenido un sabor tan amargo. Clavó su mirada en los ojos verdes de ella, trató de descifrar cuál era la trampa, no era posible. Se sintió incómodo. Dos segundos tardó en entender por qué: tenía dudas, quería saber. Hacía mucho tiempo que no dudaba. Se sintió tonto, desprotegido y vulnerable.

Tamara retiró sus dedos, estaban algo húmedos por la cerveza. Era el turno de que él se maravillase con lo que ella sabía. Pero no lo haría fácil, los monólogos propios la aburren. Decidió que le daría pistas y le contó que la artista era holandesa nacida en *Nieuw-Bergen*, un pueblucho al este.

El desconcierto de Elías la volvió loca y continuó.

El chico le preguntó por su técnica, porque Tamara le dijo que la artista en cuestión tiene un rol polifuncional: es arquitecta, esculpe, pinta y escribe. La delantera usa la derecha como pierna hábil para dar pinceladas, pero nunca se olvida de la zurda a la hora de eludir otras jugadoras. Elías entendió que la cancha era el lienzo y que su vida era el fútbol, que es similar al arte, es decir, a su vida misma.

Esculpe porque cuando da latigazos con la derecha, las arqueras quedan en contraposto, petrificadas, engañadas. Es arquitecta, porque diseña y construye escenarios propicios para crear sus obras. Pinta a sus rivales cuando engancha con el taco y con su sombra genera el claroscuro del barroco; cuando amaiga para un lado y sale para el otro o cuando le tira un caño al arco de medio punto. Pero lo más importante, le dijo, es que con sus pies escribe la historia del fútbol holandés: hizo el primer gol de las naranjas en un Mundial, Canadá 2015. La parábola que describió la pelota estaba cargada de fuerza como las

pinceladas de Van Gogh. Aquel beso a la red alcanzó para que le ganasen a Nueva Zelanda: la primera victoria de Holanda en el mundo.

Elías soltó una sonrisa. En parte porque la cerveza hacía lo suyo, en parte porque Tamara lo tenía enredado en su juego y en parte porque no podía creer que con una sola obra destacada una muchacha de Barcelona la denominara artista.

Tamara decidió dribblar de nuevo su soberbia. La rompió una vez y lo haría de vuelta. El arte es pasión. Su jugadora, la número once holandesa, desborda de amor por lo que hace. A los 15 años abandonó su casa para dedicarse a la pelota y ser una delantera temible. Tampoco sabía Elías que ya llevaba diez años de fútbol con sus hermanos, frontón del jardín de su casa. Además de horas y horas de práctica sobre los trucos que veía en el canal de Youtube llamado *Joga Bonito*.

Elías volvió a sentir malestar. Quería ver. Intentó usar Google, pero Tamara frenó su avance y agarró su celular, buscó un video, tapó el nombre y lo dejó correr. Pero antes le avisó que, lo que le iba a mostrar, era la exhibición que colocó a la extremo como mejor jugadora del mundo en 2017: la Eurocopa que consiguió Holanda ese mismo año.

Si Elías se había sentido un ridículo ahora ni siquiera se atrevía a mirar a Tamara. Optó por seguir aprendiendo y se olvidó de todo lo que daba por hecho y todo lo que sabía, porque esa culé le dio a entender que si no se cuestionaba las cosas nunca iba a salir de la barra del *De Twee Zwaantjes*. Nunca iba a salir a la vida.

Vio las tres obras que hizo en la Euro. Casi cachete con cachete estaban los dos, porque Tamara estaba fascinada como la primera vez que la vio pisar una cancha. Y Elías, obnubilado con ella y la jugadora.

Una escultura perfecta de la arquera de Bélgica en fase de grupos, estática después del rebote en una compañera que no pudo quitarle belleza al gol. En cuartos rompió la simetría de



arco y de la arquera cuando de tiro libre la mandó a guardar y la sueca no hizo más que mirar. Y la más bella para el cierre: en la Final ante Dinamarca, sacó un demoledor pero sutil pince-lazo de zurda en el estadio *De Grolsch Veste* para poner su firma en el 4-2 de la victoria.

Que fácil le sacó la pelota Tamara, que fácil que impuso su juego. Los seis minutos de video terminaron. La culé agarró una servilleta y escribió algo que Elías no llegó a ver. Redactó sin poner un ojo en el papel, ya que estaba metida en la mirada celeste del holandés. Le sacó el último trago de cerveza al rival derrotado, se le acercó y lo eludió de vuelta. Rozó sus labios con los de él y recortó para su oído, le dijo que se tenía que ir, dejó el papelito, le sonrió burlona, dio media vuelta y se fue.

Elías quedó petrificado por unos minutos, en la misma posición que el doctor Gachet en su retrato hecho por Van Gogh. Recapitó y leyó, desesperado y ansioso, lo que decía la servilleta. La artista se llamaba Lieke Martens y estaba acompañada de un número de teléfono, que debajo tenía una frase que decía: “Cuando quieras, podemos seguir aprendiendo”.





Estados Unidos  
Tailandia  
Chile  
Suecia



Grupo F



# La maldición de la Calle Olvera

Grupo F | ESTADOS UNIDOS

Joaquín llegó a Los Ángeles con la inamovible idea de visitar la Calle Olvera, el lugar de nacimiento de una de las ciudades más pobladas de Estados Unidos. No le agradaba particularmente, pero su hermana Ana le había rogado que no fuese porque había escuchado que era un atractivo turístico maldito, entonces él, que no es para nada supersticioso, pero disfruta ir en dirección opuesta a los consejos de su hermana, se convenció de que quería disfrutar de aquel paseo de tradiciones mexicanas.

No le había prestado mucha atención a la advertencia de Ana, que, cuando le contó, lloraba porque un amigo suyo llamado Carlos había visitado el lugar y nunca más volvió a saber de él. Joaquín entendió algo así como que había un fantasma que te atrapaba con una historia si estabas distraído y ya no podrías dejar de escucharlo ¿O era que no lo soltaría hasta que lo ayudara a recordar un nombre? ¿O era que una vez que resolviera el acertijo se lo delegaría para que encarcelara a otra persona en su lugar? No le importó y el cubalibre no lo ayudó a retener detalles. Era una semana de viaje, su hermana no tenía de qué preocuparse y él, con 27 años, ya estaba grande como para creer en leyendas y fantasmas urbanos.

Hacía calor en Los Ángeles, el sol pegaba fuerte esa mañana mientras Joaquín caminaba por las calles ornamentadas con palmeras. Tenía toda la pinta de turista recién llegado: buzo a

los hombros por el fresco del avión, anteojos de sol, pasaporte en mano, jogging gris, remera blanca, zapatillas negras, mochila, cámara de fotos y la valija con rueditas. Llegó al hotel, se duchó, se acostó un rato en la cama luego de tomar un ibuprofeno para combatir el *jet-lag* y no perder el día, preparó un bolsito con todo lo necesario para una caminata y se fue para la Calle Olvera.

Eran las doce del mediodía y el muchacho llegó a la peatonal. Se sacó una selfie y se la mandó a su hermana. Pasado el chiste, decidió respirar profundo, sacarse los auriculares y darse cuenta de dónde estaba parado. Pisó fuerte y notó cómo raspaban su suela los granitos de ladrillo del 1800. Aspiró nuevamente y por su nariz penetró un fuerte olor a picante proveniente de los restaurantes. Cerró los ojos, escuchó cómo se mezclaban los acentos y sintió cómo la gran cantidad de gente lo rozaba y chocaba al pasar. Le gustó la variedad de máscaras de luchadores mexicanos con tantos colores que hasta le molestaban a la vista. En una parte de la Calle Olvera había una especie de árbol que hacía de techo y abastecía de sombra el lugar. Al lado, había un banquito.

Sintió un impulso por fotografiarlo. No había nadie, parecía olvidado y estaba expuesto al sol; podía percibir el calor que emanaba de la madera. Sacó la cámara y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Separó su ojo del instrumento y miró nuevamente para chequear que no hubiese nadie sentado. Su sentido anti-superstición volvió y concluyó que debía ser culpa del *jet-lag*. Sin embargo, cuando se dispuso nuevamente a tomar la foto, una mujer estaba allí, en el lugar que hace segundos permanecía vacío.

Al lado del banco había un puestito que vendía tacos. Pensó que la falta de comida y el calor le habían provocado alucinaciones. Pero cuando se acercó decidido a comer, vio una mujer sentada que miraba una fotografía. Estaba encadenada al banquito, la ropa se notaba sucia, igual que ella, como si no se

hubiese bañado por mucho tiempo. El pedacito de papel parecía su mundo. Lo observaba con ojos de ternura y con la intensidad de quien quiere recordar algo que no pasa más allá de la punta de la lengua. Joaquín era el siguiente en la fila, pero no le respondió al vendedor que le preguntó qué quería consumir. En su cabeza retumbaban otro grupo de palabras: “¿Qué son esas cadenas?”.

La mujer del banco dejó de ver la foto, levantó la cabeza y cruzó sus fríos ojos azules con los de Joaquín, que se sorprendió cuando se dio cuenta de que tenía la piel de gallina. La muchacha le pareció atractiva y ella, con un gesto de la mano, lo invitó a sentarse a su lado. El chico miró hacia todas las direcciones para chequear que se refería a él y nadie más. No escuchó el insulto del vendedor, que se enojó porque se fue sin decir palabra. A medida que se acercaba, el deseo de escuchar la voz de la mujer se hacía más fuerte.

—Me llamo Emma, encantada. ¿Y vos?— le dijo con una sonrisa.

Era más vieja de lo que pensaba. De lejos no se le notaban las arrugas de la piel. Tartamudeó un poco y respondió:

—Joaquín, me llamo Joaquín. Un gusto.

¿Qué hacía ahí? Se sintió perdido. Emma lo ayudó a sentarse y escondió la foto. Joaquín pudo sentir lo pesadas que eran las cadenas que la ataban al banco, porque se chocó con ellas. La mujer se presentó durante un rato largo en el cual él no pudo escuchar. No porque no quisiese, si no porque no entendía. No recordaba cómo se había presentado, pero tenía la sensación de que lo había hecho con una sinceridad y transparencia tal que podía ver a través de ella. Recuperó sus sentidos cuando la anciana le dijo: “No me acuerdo el nombre de mi amiga de la foto”.

Joaquín dudó de nuevo. ¿Cómo iba a saber él quién era la mujer de la foto? Le pidió que se la muestre y Emma se rió y le dijo que el juego perdería la gracia, que quería que adivi-

ne. Le daría pistas porque creía que sería capaz de descubrirla. Aparentemente era relativamente conocida. Rubia, casi metro ochenta, metro ochenta y tres si se cuentan los centímetros de melena para arriba, piernas fornidas de futbolista, figura imponente, sonrisa contagiosa y ojos apasionados por el gol. Era de California, Santa Clara, nacida en 1966. ¿Por qué la vieja no se acordaba de ella?

De algo estaba seguro: la de la foto era una jugadora. Sin embargo, vaciló cuando Emma le contó que hoy por hoy se dedica al rescate de animales, en especial de los caballos, su animal favorito. Lleva una vida campestre, cuida a los bichos como si fuesen su hijo Cody. ¿En realidad, él sabía acerca de fútbol femenino? Al parecer sí, porque le hizo un montón de preguntas para orientarse y se sorprendió con que conocía el mundo de la pelota más de lo que esperaba. Emma le contó que se trataba de una goleadora estadounidense y Joaquín empezó a sacar cuentas: Estados Unidos más *killer* igual a Abby Wambach. Pero no. Y Mia Hamm, tampoco.

Emma seguía con la sonrisa en su rostro. El sol no había aflojado y Joaquín ya no tenía hambre, estaba muy concentrado en lo que para él era un acertijo planteado por la mismísima Esfinge de Tebas. La vieja le dijo que el 18 de agosto de 1985, la mujer de la foto había hecho el primer gol de la historia de la Selección de Estados Unidos para que en su debut le ganasen 1-0 a Italia. Ese sería el número uno de los 105 tantos en 135 encuentros que marcó la jugadora. Listo, era fácil, bastaba con googlearlo. Pero el joven no pudo sacar su celular.

La sonrisa de Emma se borró y sus ojos azules se volvieron negros. Su figura se agigantó y Joaquín, por instinto, cesó su intento de agarrar el teléfono. La vieja recuperó su sonrisa y le dijo que eso sería hacer trampa, que él podía adivinarlo, pero que, como ella ya se estaba impacientando, aceleraría la situación con una catarata de información. La mujer de la foto usa-



ba la 10, número que fue retirado del equipo de la *University of Central Florida*, en donde es la goleadora máxima y donde, en 1988, fue elegida como atleta del año.

Joaquín la había oído mencionar, estaba seguro. Pero eso había sido en los comienzos de su carrera. Miró a Emma y le preguntó sobre sus logros con la camiseta de los Estados Unidos. Ahí estaba la clave, la vieja sabía que lo estaba por descubrir, la ansiedad se le notaba en el movimiento incesante de su pierna que provocaba el ruido del roce de las cadenas. El sol estaba yéndose, el mercado se despoblaba y nadie, pero nadie prestaba atención al banco. Joaquín, que estaba haciendo esfuerzos tremendos con la cabeza, no se dio cuenta en ningún momento del paso del tiempo.

“Esto es lo último que te cuento y te muestro”, anunció Emma. La mujer era bicampeona del mundo. En el primer Mundial FIFA finalizó como goleadora con diez tantos: del total, cinco se los hizo a Taiwán en un solo partido y otros dos los convirtió en la final que le ganaron a Noruega por 2-1. Finalizada esa copa, le diagnosticaron síndrome de fatiga crónica y migrañas. Durante toda su carrera convivió con un cuerpo que le pedía que pare, pero su pasión era más fuerte. Las más de 30 cirugías que tiene en su cuerpo y las pérdidas de conocimiento habituales, al igual que las defensoras, no pudieron frenarla. Joaquín empezó a respirar agitado, estaba por darse cuenta. Emma se percató y le extendió la foto.

Ahí estaba, Joaquín la conocía. Era una foto de una mujer pateando una pelota. Tenía ante sus ojos a la campeona de los Juegos Olímpicos de 1996, la jugadora del siglo, la misma que estaba en la lista de mejores futbolistas de Pelé, la misma que se entregó en cada partido a pesar de sus dolores, la líder, la motivadora, la inspiradora, la modelo a seguir, la fantástica...

—Michelle Akers.

Emma no le respondió nada. Joaquín alzó la vista y la vieja ya no estaba. Había oscurecido y no quedaba nadie. Sintió que

## Grupo F

lo tiraban para abajo. Miró y llevaba puestas unas cadenas que lo ataban al banco. Llevó nuevamente sus ojos hacia arriba y se topó con la foto de una futbolista que pateaba, que le parecía conocida y de la cual sentía que sabía su historia. Sin embargo, por más que mirase y mirase, no podía recordar su nombre.

# De tres dedos

Grupo F | TAILANDIA

**D**esde hace siete años que los sábados para Pakpao no son los mismos. Ella era pequeña y no se dio cuenta, pero una asociación de empresas había comenzado un proyecto de canchas de fútbol inusuales que revolucionó Khlong Toei, un barrio pobre y con altísima densidad de población de Bangkok. Los terrenos baldíos que se forman entre las precarias viviendas de la zona pasaron de ser basurales, depósitos o áreas de tráfico de drogas, a espacios recreativos en donde poder jugar a la pelota.

Pakpao a sus 14 años tiene que trabajar todos los días para ayudar a su familia. Su padre falleció antes de que pudiese conocerlo y su madre Ubon se hizo cargo de ella y sus tres hermanos. Cuando descubrió las canchas, los sábados se volvieron diferentes porque puede descansar de su labor en el mercado y aprovecha para jugar al fútbol con las amigas del barrio que conoció allí mismo.

El fútbol la salvó. En las canchitas del barrio recuperó el derecho a jugar, una palabra y una sensación que no conocía, pero no porque no se la hubiesen enseñado, sino porque no podía ejercer esa parte de la niñez. La pelota le enseñó a ser niña y en su gran diestra encontró el sentido de pertenencia que necesitaba para afrontar las miradas juzgadoras del resto de la ciudad, porque las personas nacen iguales, sin embargo el dónde muchas veces las limita, encasilla y baña en prejuicios absurdos difíciles de romper que las condicionan de por vida.

Pakpao sabía que ese sábado no se lo olvidaría jamás. Llovía mucho, las gotas rebotaban contra los techos de chapa y bañaban las canchas de fútbol. Iba a ser el partido más difícil de su vida porque jugaría su equipo contra las chicas más grandes. Era una disputa contra sus referentas, sus idolas, las que la llevaron a amar la pelota. Cuando tenía 7 años, fueron ellas las que le dieron el primer pase y la invitaron a formar parte.

Toda la semana trabajó en el mercado con la cabeza en el partido del sábado y la cancha con forma de “L”. Formaciones, ventajas, desventajas, estrategias, cuántas en ataque, cuántas en defensa, quién marca a quien, si convenía esperarlas o salir a buscar el encuentro, si el pelotazo estaba bien o si había que aprovechar y jugar por abajo. Eran sus referentas, las conocía y admiraba mucho, era muy difícil encontrarles defectos. Le llevó un buen tiempo darse cuenta de que podría utilizar eso como oportunidad en vez de seguir agrandándolas y colocándolas en el nivel de lo imposible. Podían ganar. Iban a ganar.

Ubon la ayudó a convencerse de eso. Su madre odiaba verla trabajar, pero detestaba aún más no tener los medios suficientes para cambiar su realidad. Cuando Pakpao descubrió el fútbol y su madre vio lo feliz que la hacía decidió que, a pesar de no tener idea del juego, buscaría la forma de ayudarla a mejorar y hacer todo lo que tuviese al alcance para que nunca dejase de disfrutar. En los pocos momentos en los que no se ocupaba de ser mesera buscó, preguntó, miró y leyó sobre el deporte. Le pidió ayuda a los hermanos, que si bien no tenían tanta voluntad para informarse, se encargaron de jugar a la pelota con Pakpao que se tomaba esa actividad como un entrenamiento.

Ubon era una excelente contadora de historias, y cuando su hija acudió a ella con las piernas temblando porque debería enfrentar a las jugadoras que admiraba, se acordó de una futbolista tailandesa a la que había leído alguna vez. Pakpao la escuchó atenta mientras tomaba una taza de té que la ayudó a bajar las revoluciones de su cabeza, pero sus cuádriceps de

niña seguían contracturados por el miedo, los nervios, la alegría y la ansiedad.

“Cuando se enteró de que jugaría contra Estados Unidos en el Mundial de Francia, a Suchawadee Nilhamrong también le temblaron las piernas”, comenzó Ubon. Pakpao preguntó de quién hablaba porque su mundo futbolístico no iba más allá de Khlong Toei. La jugadora en cuestión nació en California donde la conocen como Miranda Nild y usa la número 15 de las Golden Bears, el equipo de su universidad. Cuando la llamaron para participar de la Selección de Tailandia no vaciló, se calzó los botines, agarró un diccionario de tailandés y se puso la camiseta del país del que es oriundo su padre.

Ubon le habló de la importancia y la posibilidad de tener referentas. ¿Por qué temerles si podía enfrentarlas de igual a igual? ¿Por qué achicarse si podía aprender y enseñarles también a ellas? ¿Y si ganaba? ¿Y si sus rivales también se maravillaban con ella? Paulatinamente, los músculos de Pakpao tradujeron los nervios en energía y se tranquilizó cuando su madre le dijo que el partido todavía no se había jugado. Nild y la niña estaban en las mismas condiciones: ninguna sabía cómo terminaría el encuentro frente a sus idolatradas. Pakpao se dio cuenta de que tenía más cosas en común que diferencias con las chicas más grandes. Y esa cercanía era lo que permitía que las sienta referentas.

La lluvia no paraba y tenía que salir. Se acordó de las canchas flotantes en las que había jugado hacía cuatro años en las únicas vacaciones de su vida, al sur de Tailandia, en la Villa Flotante Paynee, donde vivía una tía. El campo estaba en el agua, la madera estaba llena de clavos y húmeda, patinaba. Se rió porque habiendo tenido esa experiencia corría con ventaja; saludó a Ubon y fue descalza, con la imagen de Miranda Nild en la cabeza, a encontrarse con sus compañeras.

Se sorprendió cuando vio que muchas personas se habían juntado para ver el partido desde los techos de chapa, el costado de la cancha y las casas que rodeaban el cemento, ubicadas

en posiciones estratégicas para que la construcción que generaba la forma de “L” no les tapase la visión. La tranquilizó volver a pensar en Miranda Nild, porque ella seguro que no se achica ante miles de espectadores. Las cinco rivales las estaban esperando sonrientes y empapadas con la pelota naranja que habían usado durante todo el torneo de barrio. Se saludaron, se abrazaron y se pusieron de acuerdo en las ya conocidas reglas para evitar futuros conflictos.

Los arcos no están enfrentados, se ubican uno en cada cola de la “L”. La línea central va desde la intersección de los dos palitos de la letra hasta el vértice de la construcción que tapa la visión de uno de los rectángulos. Esa fue la portería que le tocó a las rivales, el equipo de Pakpao estaría más desprotegido, pero la arquera rival debería estar más atenta porque podría no ver algunos remates. La lluvia amainó y consideraron que era conveniente empezar lo antes posible el partido.

Pakpao miró a sus compañeras y les dijo que jugasen tranquilas. Relejeó la cancha con la vista y vio que muchas de las que estaban presentes eran nenas que les clavaban los ojos, ansiosas por ver qué iba a pasar. Y con unas notorias ganas de estar alguna vez en su lugar. Se paró en el medio porque quería preocuparse por marcar y distribuir la pelota, pero si veía un hueco iba a patear sin dudarlo. Ubon le había dicho que Miranda tenía un arranque fenomenal y le explicó cómo jugar con el cuerpo para ser más eficaz en la gambeta. La que tuviese, la aprovecharía.

El partido estaba parejo. El equipo de Pakpao iba ganando después de que ella, con un pase parabólico por encima de la construcción, habilitase a su compañera Wattana que la paró y le dio abajo al palo derecho. La arquera rival había adivinado pero la pelota mojada se le patinó. El travesaño las salvó dos veces de las arremetidas de las más grandes que estaban incómodas con el resultado.

Faltaba muy poco para terminar y Pakpao soltó la marca de la delantera rival, la defensora no llegó al cierre y con un zurda-

zo la punta empató el partido para las grandes. Las personas de afuera gritaban entusiasmadas y pedían alargue, pero las jugadoras querían evitarlo porque la pelota casi que no se había ido y estaban hace largo rato corriendo sin parar. Quite, pase, recuperación, pase, robo, cañonazo, arquera, robo, quite, recupero. No querían compartir el balón más allá de sus compañeras, la disputa era intensa como la lluvia que volvió a golpear fuerte.

Pakpao estaba cansada, había tenido mucho trabajo. Las rivales decidieron retroceder unos pasos y ella se acercó a su arquera para jugar corto. Una delantera fue a presionarla y la niña recortó en dirección a la pared para hacerla pasar de largo tal cual Ubon le había contado que hacía Miranda Nild. Ahí estaba la respuesta. Hizo un gesto con los brazos para que sus compañeras suban y se lleven las marcas. Se fijó que no la estuviesen persiguiendo, la pisó hacia adelante con la planta del pie y, tapada por el muro, inclinó su cuerpo para que el tres dedos tomase todo el chanfle posible.

Ni bien disparó, estiró el cuello para seguir el recorrido del viaje más largo que le había visto hacer alguna vez a la pelota. La arquera se había dirigido al segundo palo para descolgar lo que pensó que iba a ser un balón por encima de la pared, como en la asistencia del primer gol. Nunca imaginó la curva. Pakpao escuchó el silencio por primera vez, la cancha estaba muda, expectante. El remate las pasó a todas. Sus compañeras se agarraron la cabeza rogando que entre y las rivales rogando que su amiga la atajase.

La arquera se estiró y estuvo por tocarla, pero la pelota giró una vez más y se coló en el ángulo del primer palo. Golazo. No quedaba tiempo para nada más, habían ganado. La pequeña se abrazó con sus amigas, la lluvia se mezcló con su llanto de alegría y las más grandes se acercaron a felicitarla. Pakpao salió del tumulto, volvió a relojear los alrededores de la cancha y se encontró con personas vibrantes y muchas niñas, que la observaban con los mismos ojos que usa ella cuando ve a sus idolas.





# Una arquera de ensueño

Grupo F | CHILE

**J**uana creía que si soñaba algo muy, muy, muy, pero muy fuerte se haría realidad. Tenían que ser sueños nítidos, que se repitieran, que se vivan desde distintas perspectivas y que todas derivasen en la misma escena final. Disfrutaba mucho de cerrar los ojos y caminar por el limbo del mundo de los dormidos y el de los despiertos, se escapaba al son de sus gustos y necesidades.

La realidad no le gustaba y por eso soñaba mucho: quería transformarla. No se quedaba quieta si algo la molestaba, era medio quilombero. Juana se sumergía profundamente en su imaginación revolucionaria y si bien muchas veces se trataba de alegrías espontáneas, pero eternas, en muchas otras aparecía el dolor, duradero, pero con tendencia a caducar.

El fútbol era un tema recurrente en su cabeza porque le parecía que la pelota era un mundo onírico en sí, donde no hace falta dormir para que el sueño sea realidad y donde basta un gol para transformarlo todo. Juana lo amaba porque es un planeta donde se viven cosas lo suficientemente increíbles que te obligan a tener que pestañear infinidad de veces para corroborar que están ocurriendo.

Y como el fútbol es un deporte mundial, le encantaba moverse en búsqueda del balón como una enganche que toma las riendas del partido. Subirse a un auto, colectivo, subte, barco o avión y escuchar música significaba para Juana alejarse un poco de todo y volar como una arquera dispuesta a sacar una

pelota del ángulo. Los viajes le generaban los sueños más extraños y difíciles de comprender. Era como soñar dos veces y el limbo se le hacía aún más difícil de distinguir.

En noviembre de 2012, Juana soñaba en las playas de Brasil. La arena cálida y los mimos del sol en el cuerpo la obligaban a cerrar los ojos. Aprovechaba cada rayito porque en breve partiría para Nueva York, donde el otoño no es, ni por asomo, igual de caluroso que la primavera brasileña.

Las olas del mar hacían más ruidos que la cancha semi vacía con la que soñaba. Las tribunas estaban peladas y las banderas no tenían colores, las camisetas no eran lo suficientemente claras como para identificar a los equipos y ella desde donde estaba no podía distinguir del todo a las jugadoras que estaban vestidas de negro y blanco. A diferencia de la mayoría de sus sueños, este no tenía una introducción larga, iba directo al punto.

Era una definición por penales. Las jugadoras estaban en mitad de cancha, separadas por una línea imaginaria, con las cabezas a millones de revoluciones, abrazadas, paradas y arrodilladas. El silencio se podía escuchar cuando una de las futbolistas caminaba a paso lento hacia el punto del penal. La número 6 de blanco avanzaba y Juana podía sentir los nervios que recorrían las piernas de la muchacha, como si estuviese por patear el que podía ser el último penal.

La pelota y una arquera vestida de amarillo que le pareció muy alta esperaban a la pateadora. A ojo calculó que medía aproximadamente un metro ochenta. El arco parecía chiquitito al lado de la gigante. Sonó el silbato y una ola rompió cerca suyo y la mojó toda. La marea había subido y el sol estaba al caer. Juana insultó y agradeció por la refrescada. Estaba muy acalorada, pero quería saber cómo terminaba el sueño. Se propuso como nuevo desafío recuperar esa historia, soñar iba a ser divertido por aquellos días.

Abandonó la playa, pidió una caipirinha y volvió al hotel. Se bañó para sacarse los restos de arena del cuerpo que la ola no

había eliminado mientras pensaba en esa arquera: “¿Existirá? ¿Quién podrá ser? ¿Fue gol?”. Ya seca, sin más bebida y con la toalla hecha turbante, llamó a recepción y pidió una cerveza para disfrutar mientras buscaba arqueras en youtube. Quizás vería en sus próximos sueños los movimientos de la guardiana del arco y podría identificarla.

Los días siguientes en Brasil se los pasó en aquel estadio. La siesta de la tarde en la playa se volvió un ritual y cada vez aparecían más detalles: la cancha, según pudo identificar, era de la ciudad de Pernambuco y se llamaba Estadio Municipal Severino Cândido Carneiro y se trataba de la final de la Copa Libertadores, que esperaba ser levantada por uno de los dos equipos: unas de blanco y otras de negro.

Pero todavía no sabía cómo terminaba el penal. Siempre pasaba algo que no la dejaba ver, como si fuese muy temprano para saberlo. Tenía miedo de no poder recuperarlo si llegaba la hora de volar y la sensación del solcito dejaba de estar.

El día anterior a viajar a Nueva York soñó con todos los penales salvo, obviamente, el último. Sin embargo, sonrió gigante porque entendió por qué la número 6 estaba muy nerviosa. Si erraba perdían la Copa. Las de negro habían metido todos y las de blanco dos de tres. Era el cuarto penal y la única chance de seguir en carrera era rompiendo la red, pero algo le decía a Juana que la gigante de amarillo no tenía muchas ganas de ser piadosa.

Subió al avión, lista para afrontar las casi nueve horas que requería recorrer los casi 8 mil kilómetros que separan el aeropuerto de San Pablo y la ciudad de Nueva York. Estaba ansiosa y dispuesta a soñar. Empezó a jugar con la pantalla del avión y, al no encontrar películas interesantes, se puso los auriculares y empezó a mirar para dentro de sí.

La 6 avanzaba. La arquera la provocaba, se la notaba sumamente confiada abajo de los tres palos, como si no hubiese espacio por donde pudiese pasar la pelota. No había posibilidad

alguna de que la serie continuase. Las de negro eran campeonas. Sonó el silbato y escuchó a la azafata que le preguntó: “¿Pollo o pasta?”. Juana la asesinó con sus ojos marrones, se sacó los auriculares y optó por los raviolos y un jugo de naranja.

Los primeros días en Nueva York estaba enojadísima. Había llegado hace una semana y no había vuelto a soñar con la arquera. Ni el clima festivo por la proximidad de Acción de Gracias la alegraba. Es más, no tuvo ningún sueño. La realidad la aburría y le parecía un asco, no tenía ni ganas de caminar por el Central Park y recorrer la ciudad que se conocía casi de memoria.

La música tampoco la hacía volar y con el fútbol estaba enojada. Pero como no le gustaba quedarse quieta sin hacer nada, decidió ir a un *Rooftop Bar* a tomar cerveza y alegrarse un poco en aquel otoño neoyorquino. Una, dos, tres, cuatro pintas y la cabeza le dio mil vueltas. Tambaleando volvió al hotel y se acostó. No se durmió, se suspendió en tiempo y espacio, entregándose completamente al mundo de los sueños.

La 6 volvió a aparecer. La camiseta que llevaba era del Foz Cataratas de Brasil y las rivales eran las jugadoras del Colo Colo de Chile. Se paró como diestra. El nerviosismo se le había ido y las piernas estaban firmes, dispuesta a perforar la red. La arquera, aún con la cara borrosa, la esperaba dando saltitos cortos, casi sin despegarse del piso, lista para despegar. El duelo de miradas duró una eternidad, pero la arquera parecía más segura. Una aficionada que se encontraba al lado suyo en la tribuna le dijo que creía que lo atajaría porque para la gigante estaba como en el patio de la casa: cuando era pequeña, su hermano jugaba con ella a los penales en el jardín. A Juana la divirtió el dato y creyó aún más en la uno cuando un hincha le dijo que tenía nacionalidad alemana.

Sonó el silbato y la 6 hizo tres zancadas laterales a su izquierda, alejándose por segunda vez de la pelota y con la intención de aparentar un remate fortísimo. Hizo una carrera rápida de pasos cortos, abrió el pie y disparó suave hacia la derecha de

la arquera, no tan esquinado. La tierra tembló con el salto de la golera por la potencia que puso en sus piernas. No tuvo que elevarse demasiado porque el balón iba a la altura de su cabeza. Puso las manos y se despegó del suelo. La pelota rebotó en sus guantes, volvió al piso y salió.

El grito que pegaron la arquera y las jugadoras de Colo Colo la despertaron y se encontró a ella misma gritando fuerte. Estaba demasiado feliz como para que la resaca la molestase y decidió ir a caminar, aliviada por haber descubierto el final, feliz por la arquera que metió una corrida terrible para abrazar a las de negro y triste por la de blanco que se fue cabizbaja a sumergirse en un mundo donde nadie la pudiese encontrar.

Era 27 de noviembre y caminaba alegre. El sol amenazaba con salir, el clima era propicio para un jean, bufandita liviana y un saquito para combatir el viento. Estaba por llegar al puente colgante de Williamsburg y decidió tomarse un tiempo antes de cruzar el East River para observar Manhattan desde la costa de Brooklyn. La vista le pareció bellísima y decidió agarrar el teléfono para fotografíarla. Se preparó para subir la imagen a sus redes y, cuando abrió Twitter, paseó con el dedo por el inicio y encontró un video que le pareció conocido. El pie decía: “Colo Colo, primeras campeonas chilenas de la Copa Libertadores”.

Abrió el video y vio la volada exactamente como la había soñado. Se puso a mirar las respuestas que le seguían al Tweet y se encontró con que la arquera vivía hace un tiempo en Florida, allí en Estados Unidos. Aprovechó los días que tenía de vacaciones para participar de la semifinal y final de la Copa. Colo Colo le había pagado los pasajes para irse a Brasil. La arquera se llamaba Christiane Endler, era chilena y amante profunda de los deportes y, también, soñadora como ella.



# 30 segundos

Grupo F | SUECIA

¿Qué podrían significar 30 segundos para las 14 mil personas que colmaron el *New Plaza Stadium* de China el 19 de noviembre de 1991? 19.45, la hora establecida para que Suecia y Japón se enfrenten en su segundo encuentro por el Grupo B del primer Mundial de fútbol femenino organizado por la FIFA.

Vivir un Mundial sin expectativas de grandes acontecimientos es el equivalente a ver jugar a Lotta Schelin y no fantasear con sus goles. ¿Pero qué se puede esperar en tan solo 30 segundos? El cuerpo de las jugadoras recién está asimilando la entrada en calor. Las suplentes ni siquiera se terminaron de acomodar en el banco. Unas hinchas todavía no ingresaron al estadio porque no pudieron estacionar el auto. El árbitro nepalí Gyann Shrestha sigue aturdido por el silbatazo que pegó para que arranque el juego.

El mundo aguarda ansioso, pero no espera un acontecimiento tan precoz. Quizás por eso 30 segundos podrían significar algo extraordinario.

Tanto en el fútbol como en la vida, 30 segundos es un montón. 30 segundos duró ese beso de despedida. 30 segundos duró el abrazo de reencuentro. En 30 segundos el corazón latió aproximadamente 30 veces. Y podría hacerlo muchas más si las jugadoras de tu equipo se aproximan al arco rival. En 30 segundos muchos corazones pueden dejar de latir para siempre. O por un rato, cuando faltando 30 segundos para terminar, una compañera haga un gol agónico.

La vida son momentos que pueden ocurrir en 30 segundos y perdurar para siempre. Ese primer beso con la persona que te atrae. Los tres últimos párrafos del libro que te hace llorar. Una corrida hacia el arco vacío para definir un campeonato. La decisión de decirle que sí a una aventura. Sostener una mirada cómplice o una seductora. Agarrarse de las manos con tu pareja en una cancha de fútbol. La felicidad es un estado que puede durar 30 segundos.

Y como 30 segundos es muchísimo, hay que vivir prestando atención. En cuanto uno se distrae, perdió. Habría que preguntarle a la arquera de las Nadeshiko de esa noche, Masae Suzuki, si no le hubiese gustado estar más concentrada. Quizás si le contaban que en 2018 Huang Junkai lograría saltar en 30 segundos 135 veces la sogu con la metodología *double touch*, las suecas no la hubiesen tomado por sorpresa. Porque hubiese sabido que en 30 segundos pueden pasar un montón de cosas.

En 30 segundos las personas que colmaron las tribunas respiraron, posiblemente, alrededor de ocho veces. Seguramente hayan parpadeado aproximadamente en siete ocasiones. Aunque podrían ser muchas menos. Los ojos sin duda deben haber permanecido abiertos, porque las suecas se acercaban a grandes velocidades al área nipona. Y con la pelota dominada.

Nueve fanáticas japonesas podrían pensar en cómo sería el mundo visto a través de una burbuja durante 30 segundos. Si tan solo supieran que eso sería posible en 2019 y en Londres. *Eran The Bubble Man*, oriundo del Reino Unido y maestro en el arte de hacer pompas de jabón, les podría haber cumplido el sueño.

En las proximidades de aquel estadio de Foshan, a 30 segundos de distancia, un niño pasa hambre. Descansa sus ojos durante 30 segundos mientras imagina un plato de comida. Si supiera que el alemán André Ortolf ingirió 266 gramos de puré en 30 segundos, seguramente se pasaría los siguientes 30 segundos llorando y pensando en cómo hubiese racionado las



porciones para poder comer en los días siguientes, porque no sabría cuándo volvería a conseguir comida. Desprendería más lágrimas de sus ojos en los siguientes 30 segundos si se enterase de que la ingesta del germano es un récord mundial. Seguiría lagrimeando por otros 30 segundos si supiese que se atragantó con esa cantidad para romper su récord anterior.

En 30 segundos la número nueve sueca, Helen Johansson, no lograría llegar a pisar el área chica japonesa y levantaría los brazos por encima de la cabeza sin poder creer lo que acababa de ocurrir. También se hubiese sorprendido 16 años después si hubiese visto los 30 segundos que aguantó el joven australiano Tom Buchanan en una caja. Únicamente en boxer. Con 125 arañas seda de oro caminándole sobre el cuerpo.

Esos 30 segundos sí que fueron largos para Tom. Como los 30 segundos de plancha isométrica que podría haber estado haciendo una persona en un gimnasio en otra parte del globo. Como los 30 segundos finales de la última clase que tenés en el día. Como los 30 segundos que tardó en salir la persona que estaba en el baño cuando ya no te aguantás más las ganas de hacer pis.

En 30 segundos la afición podría haber imaginado que bastaban al menos 700 personas del estadio para realizar una marca superior a la que quebraron en 2017 los ciudadanos de Epecuén. Los mismos 30 segundos que tardó la jueza colombiana Natalia Ramírez Talero, enviada por la Organización Internacional Guinness, en definir que aquel pueblo de Buenos Aires había establecido un nuevo récord mundial después de que más de 700 ciudadanos aguantasen 30 segundos haciendo la plancha en el agua tomadas de la mano.

Gritando y con la boca abierta se encontró una niña sueca a los 30 segundos de empezado el partido. Podría haber aprovechado y jugar con una pelotita de Ping Pong, lanzarla con la boca hacia alguna pared del estadio y atrapar los rebotes. Si hubiese decidido usar 30 segundos para llegar a los 35 rebotes,

Ray Reynolds no hubiese cumplido su sueño de estar en el libro de los Record Guinness del 2018 por haber escupido la bolicita de plástico en 34 ocasiones en 30 segundos.

En 30 segundos el entrenador de las Nadeshiko, Tamotsu Suzuki, cerró sus ojos e insultó por dentro. Por su cabeza podría haber pasado el prematuro fracaso de su plan táctico y un fuerte deseo de adiestrar caninos. 30 segundos fue el tiempo que tardó el perro Daifuku en saltar la pierna en movimiento de su dueño Toshiaki Kasuga, 38 veces. Al final, Tamotsu siguió dirigiendo futbolistas. Por suerte. Porque si se hubiese dedicado a los canes, hubiese perdido otra vez en 30 segundos.

A los 30 segundos de juego, Pia Sundhage se daría cuenta que su espera al acecho de un rebote fue correcta, pero innecesaria. Y un fanático se quedaría con las ganas, por el momento, de gritar un gol proveniente de la potente derecha de la que se convertiría en entrenadora de Suecia.

Michiko Matsuda, la número ocho japonesa, se quedó maravillada con el número siete azul de Pia y llegó tarde al área para tomar marcas. Cuando el cronómetro marcase 30 segundos de juego frenaría su corrida y tiraría la cabeza para atrás, con la vista puesta en el cielo en claro gesto de dolor, pensó en qué podría haber hecho ¿Qué podía hacer con sus pies si no llegaba a tiempo a las jugadas? Como el estadounidense Tyler Toney, podría romper huevos con los dedos de los pies. Y si fuese tan talentosa como él, quebraría 45 en 30 segundos.

Una fotoperiodista que estaba ubicada detrás del arco que protegía Masae Suzuki, sacó 13 fotos en 30 segundos. Su lente llegó más rápido que Sayuri Yamaguchi, la número cinco y encargada de tapar el remate de la diez sueca. A los 30 segundos de la patada inicial terminó despatarrada en el piso y abierta de brazos, con los ojos puestos en la pelota que saludó cariñosamente a la red. Se dio cuenta de que era posible fallar en 30 segundos. Pero que errar es humano y que no podía quedarse tirada en el pasto por 30 segundos más y volvió a ocupar su

posición original para que la pelota rodase nuevamente desde el medio campo. No sabía que en el minuto 70, en un lapso menor a los 30 segundos, volvería a pifiar. Un gol en contra, porque no estaba en sus planes quedarse con las ganas de anotar.

30 segundos es muchísimo. La diez de amarillo lo sabe y por eso corre decidida al punto del penal. La bocha viene bombeada. 30 segundos en el área es una barbaridad. No puede con su impaciencia y acelera el paso. Anticipa a la número cinco de las Nadeshiko con tanta elegancia y fuerza que la deja en el piso pensando en que equivocarse es humano. En simultáneo levanta la pierna derecha y calza la pelota perfectamente con el empeine. La redonda toca la red. Las gradas tiemblan. Las suecas festejan, porque 30 segundos es el tiempo que tardó Lena Videkull en romper el cero y hacer el gol más rápido en la historia de los Mundiales.



## Jugadas finales

**M**e parece que ya estamos llegando a los 90, el sol empieza a caer y el estadio quiere vaciarse, o no quiere hacerlo nunca más. Las hinchadas, expectantes, miran el césped y un marcador que no tiene resultado alguno reflejado. Pero de todas formas esperan y lo miran al diez, ¿qué va a hacer? Lo cierto es que en ese dorsal no hay nada cierto, porque con su pluma me explicó que las cosas no son, están siendo. Ese talentoso se llama Ariel Scher, la definición por excelencia de maestro, uno que me enseñó que somos porque somos con otros. Y no puedo hablar de docentes sin mencionar a quien es mi Nettie Honeyball: Luciano González, el profesor que me hizo entender que amo el periodismo y que hay que bancarlo aunque atraviese una crisis, porque si no fueron ellos ni ellas, si no somos nosotros ni nosotras, otra camada vendrá y peleará por transformar este oficio bastardeado hasta la médula.

El reloj sigue contando y en el banco Miguel Prenz se desespera, sale del corralito para gritarle a los jugadores y jugadoras que no tienen que perder el foco porque ahí sí que estaríamos definitivamente perdidos. Eso sí, siempre hay que sostenerlo con argumentos. Entonces es imprescindible no mirar al que entiende mejor que todos nosotros de qué va esa indicación. Un morocho con ojeras tatuadas tiene el número dos en la espalda, es el defensor más aguerrido de todos: el Negro Máximo, aquel que le da sentido todos los días al tridente más picante

en el periodismo, cuyos dientes son la ética, la pasión y el trabajo. Es ese crack en el que te apoyás y sabés que no la pierde ni de casualidad y siempre te da una opción para que seas más libre cuando juegues.

Suele pasársela a Tatiana Milani, la mejor número cinco que conozco. Se sumó al partido, analizó el contexto, tiró paredes con cada una de las participantes de este libro y cuando llegó al borde del área la clavó al ángulo, mejor dicho al prólogo. En la complejidad de sus pensamientos está su juego, pero en su simpleza para limpiar las jugadas encuentro su mayor virtud. Y con el criterio de quien lleva años en este partido, la abre para el Robin de Quilmes, de esos volantes que no sabés cómo pero aparecen y te transforman todo. Sí, vos, Joaquín Grasso, el pibe que combina lo más gedito de Zona Sur con la tranquilidad de Villa Crespo para seguir peleándola en su búsqueda por la palabra perfecta.

Obvio, la pierde porque eso no existe. Y aparecen las voces cuestionadoras del estilo “¿merece continuar en su puesto?” Pero la más criteriosa de las voces cuestionadoras está al fondo fondo, porque así de profundos son sus pensamientos. No sé en qué lugar de la cancha lo pararía, pero Joaquín Méndez o simplemente el Melli, un lector fiel, empático y ese narrador omnisciente de la vida, me enseñó que preguntarse puede ser muy insoportable, pero que nos hace crecer de forma única.

El petiso que corre por la otra banda debería crecer en altura. Es único en su puesto: vive en Temperley pero es hincha de Estudiantes y ortodoxo bilardista. El tipo juega tranquilo, porque sabe que si planteás bien la estrategia las cosas se escriben solas. Y en eso de las tácticas, un entrenador complicadísimo de descifrar es Francisco Di Giusto, que te obliga necesariamente a girar la tuerca una y otra y otra y otra vez.

Vos sí que le das rosca a las cosas, Luky. A esta no le hacen un gol ni en pedo. Encima te ataja con una sola mano, porque en la otra tiene el mate. Y me cebó un montón mien-

tras me enseñó a ver el fútbol de otra manera. Me empapó de historias maravillosas, me devolvió una pasión que creía perdida porque sólo sentía ese picor por el fútbol cuando la tocaba Messi. Pero me contó de Elba Selva, Betty García, Teresa Suárez, Marta Soler, Virginia Andrada y absolutamente todas las mundialistas. Pioneras, me hicieron soñar con sus jugadas, que nunca vi pero que hoy recuerdo con la alegría de Marina Martínez.

Suena una campana que confunde el partido porque parece el silbato, pero todavía no, faltan cinco y queda tiempo para unas jugaditas más. Ya saben que eso, en realidad, es un llamado a comer juntos. Jueguen ustedes también: mamá, papá, Vera, Anita, escribí un libro. Me enseñaron el valor del trabajo y el esfuerzo, cualidades óbice para la gambeta. Y la vida, me parece.

Si gambeteamos es a alguien. Van a ir en el equipo rival porque yo veo en el oponente una forma de crecer. El dos del otro equipo sos vos, Juan Cellerino, más conocido como el Patria. Mi primer ídolo de verdad en el periodismo. Un tipo que quiere salir jugando pero lo tienta el pelotazo. Y ahí va para la nueve, la mata cerca de la medialuna Juana García Berro (J.G.B), que ya tiene el arco en la cabeza. Gira, pateo y me enseña que antes del “pero” va coma y que la jugada individual, o bien la escritura en primera persona, es la más fuerte y la que más nos enseña. Perdón, Juanita, pero en esta historia se va afuera el remate.

Y el resto se agarra la cabeza, medio que acostumbrados a que yo la tire bien por arriba del travesaño y medio frustrados porque no se nos da y la suerte no quiere ser nuestra amiga. Sí, ustedes, los de Fernet con Guaymallén, el equipo de mi vida. ¿Los volví locos, no? Desde que empezó el partido siguieron todas las jugadas, una marca personal engorrosa. Cada vez que escribo, lo hago acompañado. De todo ese quilombo de jugadores, te tengo que destacar a vos Seba, sos un crack. No sabés parar una pelota y te hacés nudos con los pies, pero qué bien que entendés lo que quiere el lector. No sabés todo lo que me

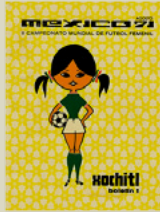
enseñaste en este partido. El resto, manga de giles, no se pongan celosos, el problema es que queda poquito tiempo y termina.

Porque vieron que el fútbol hasta las últimas no te suelta. Pobre Ajax y gracias, Tottenham, me mostraron una vez más que siempre nos va a quedar una jugada final. Sin futbolistas no hay partido, y si hay alguien a quien tengo que agradecerle es a las jugadoras, me hicieron jugar de forma tal que atravesé desde el llanto hasta la risa. Jugué para entenderlas, conocerlas y darlas a conocer. Son jugadoras mundiales y de la vida, porque nuestros maestros están en todos lados, el aula queda chiquitita.

No sé si hay gol a los 90. No sé quién ganó tampoco. Ni siquiera sé si la suma da once contra once. A esta altura lo único que quiero es agradecerles, este libro es de ustedes, es nuestro. Soy por ustedes y espero que siempre, pero siempre de todos los siempres, el fútbol, o bien la vida, nos encuentre jugando.







# DESEOS DE CRUDO Y QUESO



Y otros cuentos de jugadoras mundiales

